

AA7

99

⊕ Protección para los des-
amparados, huérfanos, en-
fermos y encarcelados. ⊕

**Antología de Santos Padres
de la Iglesia Griega**

Versión española del Dr. Traveset

FA
222

⊕ Cultura y arte para
todas las edades, sexos
y condiciones sociales. ⊕

WILHELM GREENBERG

Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante

Signatura



R. 8-2751

PA 6222

ANTOLOGÍA DE SANTOS PADRES
DE LA IGLESIA GRIEGA

12700H

FA
6.222

JOYAS DE LA LITERATURA HELÉNICO-CRISTIANA

ANTOLOGÍA
DE
Santos Padres de la Iglesia Griega

(VULGARIZACIÓN LITERARIA)

VERSIÓN ESPAÑOLA, DIRECTA DEL GRIEGO
POR EL DOCTOR

D. José Ventura Traveset

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD
DE VALENCIA

—
Con las debidas Licencias
—

VALENCIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «LA GUTENBERG»

c. Salvador Giner, 19

MR-13.579
~~Traveset~~

Esta obrita está seleccionada del extenso original de imprenta que presentó el traductor al Real Consejo de Instrucción Pública y por cuyo trabajo lingüístico-crítico obtuvo un premio de *mil pesetas*, según Orden del Sr. Ministro del ramo de 9 de Diciembre de 1909.



*A la veneranda memoria de la
esposa, padres y padres polí-
ticos del traductor, que ya sal-
varon la cumbre de la vida.*

LUX PERPETUÀ LUCEANT EIS.

Es propiedad del traductor, quien
concederá permiso para reimprimir
a quien lo solicite, siempre que sea
para un fin humanitario, a juicio del
otorgante.

AL QUE LEYERE

SUFICIENTEMENTE divulgados en castellano en ediciones económicas se hallan hoy día los principales escritores profanos de la literatura helénica, desde Homero y Píndaro hasta Plutarco y Luciano; sólo los Padres de la Iglesia Griega no han merecido los honores de una traducción, siendo por ello casi desconocidos sus escritos aún de los hombres de letras. Contrasta tan censurable olvido con las modernas reimpressiones que han alcanzado otros autores similares latinos, como Tertuliano y San Agustín.—Ahora bien: ¿cuáles pueden ser las causas de tan injusta preterición? A dos pueden reducirse, en nuestro sentir: al decadente helenismo de estos insignes escritores, y a su fondo marcadamente religioso, tan distante de los modernos gustos literarios. Si lo primero ¿no merecen ser conocidos estos notables oradores griegos, que eran los pensadores de su época, que detuvieron hasta donde les fué posible la total ruina de la lengua griega en el siglo IV después de J. C.? Y si lo segundo ¿puede estimarse única norma caleológica el carácter sagrado o profano del fondo de las obras artísticas, desmereciendo acaso las apocalípticas notas de Las Siete Palabras

de Haydn o el sombrío Cristo crucificado de Velázquez de las majestuosas overturas de Mozart o del sugestivo lienzo de Las hilanderas del gran pintor español?—A subsanar en parte esta laguna literaria y a volver por los fueros de las bellas letras helénico-cristianas va encaminada la presente ANTOLOGÍA a la que deseamos que concedas una benévola acogida.—VALE.

Valencia, 1913.

SAN BASILIO EL GRANDE

HOMILÍA A LOS JÓVENES SOBRE LA UTILIDAD QUE PUEDEN
SACAR DE LA LECTURA DE LOS AUTORES PROFANOS. (1)

MIJOS míos, numerosos son los motivos que me inducen a daros consejos que estimo excelentes y que os aprovecharán mucho, según creo, si sois dóciles. La edad en que ya he entrado, las pruebas innumerables que ya he sufrido, el largo hábito de vicisitudes fecundas en enseñanzas me han proporcionado suficiente experiencia en las cosas humanas para que pueda mostrar el camino más seguro a los que acaban de entrar en la vida. Además, por los vínculos de la naturaleza, ocupó el primer lugar después de vuestros padres, y el afecto que os testimonio no es menor que el de aquéllos; vosotros mismos, si no abuso de vuestros sentimientos, no os doléis, cuando me dirigís vuestras miradas, en la ausencia de los autores de vuestros días. Si seguís mis admoniciones con entusiasmo, seréis, aunque en orden inferior, de los del número que alaba Hesíodo; si no (y no querría deciros nada que os molestase) recordaréis aquellas palabras del Profeta: «El más perfecto de los hombres es el que ve por sí mismo que es prudente; hay también otros meritorios: los que se conforman con los consejos de los demás; pero el

(1) Se ignora en qué época y en qué circunstancias pronunció San Basilio este bello discurso; Fremión supone, por una frase del exordio, que el orador se dirigía a sus sobrinos, pero sin duda alude el Padre de la Iglesia a ese parentesco espiritual que le daba derecho a hablar así.

Puede leerse con fruto, después de esta primorosa homilía, el interesante libro de Plutarco «Sobre la lectura de los poetas» en que coinciden en los mismos pensamientos el autor pagano y el cristiano. a saber: el no menospreciar la doble utilidad que ofrecen las obras de los autores profanos, ya por la perfección de su forma cuanto por los excelentes consejos morales que encierran sus páginas.

SAN BASILIO EL GRANDE

« que no es capaz ni de lo uno ni de lo otro, ese no sirve para « nada. » No os sorprendáis, vosotros los que recibís a diario la enseñanza de un maestro y que vivís en consorcio con los antiguos sabios, gracias a los escritos que han dejado, si pretendo haber descubierto por mí mismo preceptos aún más útiles que los de aquéllos. Lo que quiero aconsejaros precisamente es que no pongáis sin reserva en vuestras manos el gobernalle de vuestra alma, semejante a un navío, para abandonaros a donde éstos quieran llevaros; es menester, aceptando cuanto útil os ofrezcan, saber también lo que debéis apartar a un lado. ¿Cómo se ha de hacer esto y cómo se ha de ejercitar esta selección? Esto es lo que quiero enseñaros sin demora.

Nosotros, hijos míos, estimamos la vida humana como negocio baladí; no la consideramos como un bien ni damos este nombre a una cosa cuya utilidad se reduce a los negocios terrenales, así el brillo de la cuna, la fuerza, la belleza, la alta estatura del cuerpo, los homenajes de la tierra entera, la realeza misma, todas las ventajas, en fin, de este mundo que pudieran enumerarse, no presentan nada grande a nuestros ojos, nada que sea digno de nuestros desvelos; no miramos con envidia a los que poseen estos dones: nuestras esperanzas van más lejos, y no nos agitamos sino para prepararnos a la otra vida. Debemos, pues, amar y anhelar con todo nuestro empeño cuanto puede servirnos a este fin; cuanto no tenga esta finalidad es cosa fútil y no merece sino desprecio. Cuál sea esta vida, cuál nuestra naturaleza y nuestra última morada son cuestiones muy vastas para abordarlas en esta plática y que reclamarían un auditorio de más años. Con todo, una sola palabra podrá acaso daros una idea suficiente: si se pudieran sumar y reunir en el pensamiento todos los goces que el hombre ha disfrutado desde que existe, resultaría que esta suma no iguala a la milésima parte de la felicidad de la otra vida, y que los bienes terrenos, todos reunidos, están también muy lejanos del menor de los bienes del otro mundo, cuya sombra y suposición no son aún la realidad. O mejor dicho, para servirme de una comparación más propia: tan superior es el alma al cuerpo cuanto una de estas dos vidas es superior a la otra. Las Sagradas Escrituras nos conducen a esta otra vida por la enseñanza de los misterios. Pero como nuestra edad se opone a que penetremos en la profundidad de su sentido, con ayuda de otros libros, cuyo espíritu no les es enteramente opuesto, ejercitamos en

cierto modo la visión de nuestra alma sobre sombras y sobre espejos; imitémos en esta práctica a los que se ejercitan en la profesión de las armas y que, después de llegar a estar adiestrados en los movimientos y en las danzas, recogen el día del combate el fruto de sus juegos. Debemos también creer que una lucha, la más grande de todas, nos está concertada, y que para prepararnos a ella nos es necesario endurecernos en las fatigas, según nuestras fuerzas, frecuentar los poetas, los historiadores, los oradores, todos cuantos hombres pueden sernos útiles para el cultivo de nuestra alma. Del mismo modo que los tintoreros preparan con antelación, por medio de ciertas operaciones, la tela que debe recibir el tinte y luego la bañan en la púrpura ó en otro cualquier color, así también nosotros, si queremos que quede indeleble la imagen de la virtud en nuestras almas, nos iniciaremos en estudios exteriores antes de oír las sagradas y misteriosas enseñanzas, y luego que estemos habituados en cierto modo a ver el sol en las aguas, fijaremos nuestra mirada en la purísima luz.

Si hay alguna afinidad entre las dos literaturas, el conocimiento de ambas puede sernos útil; y en último caso su comparación, haciéndonos ver sus diferencias, nos será una modesta ayuda para afirmarnos en el amor de la que sea la mejor. ¿Dónde encontrar una imagen que nos dé una idea bastante clara de esto? Hela aquí: la virtud propia del árbol es la de cubrirse de frutos en el estío, pero además recibe una especie de adorno de hojas que se agitan en sus ramas; del mismo modo el fruto esencial del alma es la verdad, pero al mismo tiempo la sabiduría exterior es para ésta una envoltura que no carece de gracia, como aquellas hojas que ofrecen abrigo al fruto y aspecto agradable a la vista. Así el gran Moisés, cuya sabiduría es tan reconocida entre todos los hombres, ejercitó desde luego su genio en las ciencias del Egipto antes de llegar a la contemplación del Ser Supremo: como él, siglos después, el sabio Daniel profundizó en Babilonia la ciencia de los caldeos antes de acometer el estudio de las ciencias divinas.

Que los estudios profanos no son inútiles al alma, queda ya suficientemente demostrado. Pero ¿cómo debemos adquirirlos? esto es lo que voy a decir. Principiando por los poetas que nos refieren asuntos de todas clases, guardaos de oír del mismo modo cuanto os dicen: cuando elogian las palabras o los hechos de hombres recomendables, amad a sus héroes, imitad-

les, esforzaos en parecerles; pero cuando ponen bajo vuestra vista a personajes viciosos, huid y tapaos los oídos, como dicen que hizo Ulises para evitar el canto de las sirenas. La costumbre de oír palabras malas conduce a malos actos. Por esto hay que velar por nuestra alma con extremada vigilancia, por el temor de que, seducidos por las galas del lenguaje, tomemos sin apercibirnos algún principio perverso y nos parezcamos a los que toman veneno con miel. No alabemos tampoco a los poetas cuando injurian, cuando se burlan, cuando nos presentan hombres entregados al vino o al amor, cuando hacen consistir la felicidad en una mesa cubierta de manjares o en cantos lascivos. Oigamos menos aún lo que nos cuentan de sus divindades, sobre todo cuando nos hablan de muchos dioses discordantes entre sí. En efecto, nos presentan al hermano en hostilidad con el hermano, al padre con los hijos, y a los hijos haciendo guerra implacable contra los que le dieron el ser. Dejemos a los histriones los adulterios de los dioses, sus amores y sus públicos comercios [carnales], sobre todo los de ese Júpiter, el jefe y el más preeminente de todos, según ellos mismos le llaman, relatos que enrojecerían aún a las mismas bestias. Otro tanto digo de los historiadores, sobre todo cuando forjan cuentos para entretener a sus lectores. No imitemos tampoco a aquellos oradores que son habilísimos en la mentira, pues no debemos mentir ni ante los tribunales ni en ninguna circunstancia de la vida, nosotros los que hemos elegido el camino recto y verdadero, nosotros a quienes nuestra ley nos prohíbe las querellas. Recojamos, por el contrario, cuanto nos dicen esos autores ya en alabanza de la virtud, ya en desprestigio del vicio. Mientras los demás animales gozan solamente del perfume o del color de las flores, la abeja sabe además sacar de allí la miel: lo mismo el que no busca sino esparcimiento y placer en las obras de este género puede también hallar riquezas útiles al alma. Debemos, pues, proceder imitando exactamente á la abeja; ésta vuela indistintamente sobre todas las flores y no intenta sacarlo todo de aquellas sobre que se ha posado, sino que extrae únicamente el jugo necesario a su trabajo y abandona lo demás. Así nosotros, si somos prudentes, sacaremos de estos libros lo que pueda convenirnos, lo que sea conforme a la verdad, y pasaremos por alto lo demás. Cuando cogemos la flor del rosal apartamos las espinas: así recogeremos de los escritos profanos lo que nos ofrecen saludable, y

nos guardaremos de cuanto funesto ofrecen. Es necesario, por último, examinar de cerca cada uno de nuestros estudios, ponerlos en armonía con el fin que nos proponemos, y, como dice el proverbio dórico, «alinear la piedra con el cordel».

Y puesto que la virtud es la que debe guiarnos a esa vida que esperamos y su elogio se encuentra con frecuencia entre los poetas, a menudo también entre los historiadores pero mucho más a menudo entre los filósofos, a los escritos de esta naturaleza debemos inclinarnos. No es poca ventaja habituarse a la idea de la virtud y familiarizarse con ella las almas juveniles; las nociones que se reciben en esta edad son imborrables, pues se imprimen profundamente en los espíritus aún más tiernos. Creemos que Hesíodo no tuvo otra mira que excitar a la adolescencia a la virtud cuando escribía aquellos versos que todos repetan y cuyo sentido es este: «El escarpado camino que conduce á la virtud parece al principio rudo y difícil de escalar, « fecundo en penas y en sudores; no es dado, pues, a todo el mundo entrar en él ¡tan empinado es!, ni aún a aquellos que « llegan cómodamente a la cumbre. Y después, una vez llegado « a ésta, se puede ver cuán bello y uniforme es, cuán dulce y « fácil, cuánto más agradable que aquel otro camino que conduce al vicio y que los hombres siguen en tropel—continúa « el poeta—por la brevedad del recorrido». Por lo que a mí toca, pienso que Hesíodo, hablando así, no tuvo otro fin que exhortarnos al bien, inclinarnos a todos a ser buenos, e impedir que las dificultades que nos acobardan nos hagan renunciar a este objetivo. Si algún otro hiciese igual elogio de la virtud, acojámosnos a sus palabras, pues éstas encierran la finalidad que nos proponemos.

Oí decir a cierto hombre, muy hábil en interpretar el sentido de los poetas, que toda la poesía de Homero no es sino un elogio de la virtud, y que todo, excepción hecha de lo que es puro adorno, concurre a este objeto: citaba con preferencia aquel pasaje en que el poeta pinta al jefe de los cefalénios salvado del naufragio, apareciendo solo y desnudo a los ojos de la princesa e inspirándole respeto; la presencia de aquel hombre desnudo y solitario no la hace enrojecer, porque nos lo presenta cubierto con su virtud como con una capa; luego, pronto todos los feacios se forman de él una idea tan elevada que, renunciando á la molición de su vida, le admiran, le imitan, y más adelante cada uno de éstos desea ardientemente el ser

otro Ulises, Ulises salvado del naufragio. En semejantes descripciones—decía el intérprete del pensamiento del poeta—Homero parece decirnos: ¡Mortales, cultivad esta virtud que acompaña a este náufrago que se salvó a nado, y qué, aunque desnudo en la playa, le hace aparecer más digno de envidia que los opulentos feacios! Y así es en verdad: todos los demás bienes no pertenecen mejor a los que los poseen que a un advenedizo; sucede como en el juego de los dados, que pasan éstos de mano en mano; sólo la virtud es una riqueza que jamás se pierde y que nos acompaña fiel en la muerte como en la vida. Lo mismo creo que dice Solón hablando de los ricos: «No « cambiaremos nuestra virtud por sus bienes: la virtud es cons-
« tante y las riquezas humanas cambian con frecuencia de
« dueño». La misma idea expresa Teognis cuando dice que el dios (sea cualquiera el dios de que habla) hace inclinar tanto la balanza a un lado como a otro, y en tanto el hombre es rico como no posee nada.

Y el sofista de Ceos, Pródico, desenvuelve en un pasaje de sus escritos principios semejantes sobre la virtud y sobre el vicio: es uno a quien hay que oír con atención porque no es filósofo despreciable. He aquí, poco más o menos, su fondo, al menos en lo que toca al sentido, pues no retengo sus palabras y sólo recuerdo que se expresa del mismo modo que nosotros y no en verso. Dice que Hércules, muy joven aún, casi en la edad en que frisáis, meditaba qué camino debía tomar y titubeaba entre la penosa vía que conduce a la virtud y aquella otra más fácil que le presentaban sus dos mujeres: la Virtud y el Placer. Desde el principio, antes que éstas le hablasen, el exterior de las mismas denunciaba la diferencia de sus caracteres: la una, el Placer, revelaba su belleza por todos los artificios de sus adornos, languidecía en la molicie y exteriorizaba el conjunto de sus encantos, presentándolos a Hércules haciéndole promesas más dulces aún, y esforzándose por atraérselo; —la otra, la Virtud, flaca y marchita y fija la mirada, tenía un lenguaje bastante diferente, no prometía reposo ni placer, sino sudores continuos, fatigas y peligros sin cuento sobre la tierra y sobre el mar, y, como recompensa, que estaría un día en el número de los dioses (así se expresa el filósofo); este es el camino que al fin Hércules siguió.

Como todos los escritores de alguna reputación de sabios se han ocupado más o menos, según sus fuerzas, en el elogio de

la virtud; hay que oírles y procurar que nuestra vida sea la aplicación de sus principios. El que robustece en sí con la práctica esta sabiduría que los demás no ostentan sino con palabrería, este es persona sensata; los otros se agitan como vanos fantasmas. Existe casi entre éstos la misma diferencia, según creo, que entre un cuadro en que el pintor representase a un hombre de una maravillosa belleza y una persona que poseyese en realidad las perfecciones dibujadas en el cuadro. Hacer en público brillante elogio de la virtud y extenderse sobre esta materia en largos discursos mientras que en la vida privada se prefiera el placer a la templanza, la codicia a la justicia, es, me atrevo a decirlo, imitar a los que representan dramas en la escena viéndoseles aparecer de reyes y de príncipes cuando ni son príncipes ni reyes ni acaso hombres de libre condición. Un músico no consentiría voluntariamente pulsar una lira que no estuviese bien templada, ni un corifeo el dirigir un coro cuyo conjunto no fuese perfecto; así nosotros estaremos en oposición con nosotros mismos y nuestra vida desmentirá nuestras palabras; diremos con Eurípides que el juramento pronunciado por nuestros labios no está ratificado por nuestro corazón, y seguiremos más al fantasma de la virtud que a la virtud misma. Así, pues, hay que creer a Platón, que dice que el último grado de la injusticia es el querer aparecer justo no siéndolo.

Sirvámonos en provecho nuestro de todos los escritos que encierran preceptos de virtud. Y como las acciones virtuosas de los antiguos nos son conservadas por la tradición o consignadas en las obras de los poetas y de los historiadores, no olvidemos la utilidad que podemos sacar de ellas. Un hombre del pueblo insultaba a Pericles y él no hacía caso, y durante todo el día continuaron el uno prodigando injurias y el otro manifestándose indiferente. Cuando llegó la noche y la obscuridad obligó al fin a retirarse a este tal, Pericles le hizo acompañar con una antorcha para que no le ocurriese desgracia alguna a su maestro de filosofía. Otro hombre, en su cólera contra Euclides de Megara, juraba el que le haría matar; Euclides, por el contrario, hizo el juramento de apaciguar a su enemigo y extinguir su resentimiento. ¿No es cosa digna de aprecio el que vengan a nuestra memoria tales recuerdos cuando estamos poseídos de la cólera? No es preciso, en verdad, dar oídos a aquella tragedia que dice en términos concretos: «La cólera

SAN BASILIO EL GRANDE

« arma mi brazo contra mi enemigo »: mejor es no dejarse dominar de esta pasión. Pero aunque esto es difícil, hay que servirse de la razón como freno para evitar el traspasar los límites: volvamos a citar ejemplos de virtud. Un hombre abofeteaba violentamente a Sócrates, hijo de Sofronisco, y Sócrates no se resistía, antes por el contrario, dejó al furioso saciar su cólera hasta que se le hinchó y acardenaló el rostro con los golpes. Cuando se cansó de golpearle, se dice que entonces Sócrates se contentó con escribir sobre su propia frente, como un escultor sobre una estatua: « Esto es obra de fulano »: tal fué su única venganza. Tales ejemplos están muy en conformidad con nuestros principios, y es más, añadido el que deben imitarlos los jóvenes de vuestros años. El rasgó de Sócrates concuerda con el precepto que dice: « Cuando se os hiera en una mejilla, « lejos de vengaros, presentad la otra ». La conducta de Pericles y de Euclides está también conforme con aquel otro precepto: « Sufrid a los que os persiguen, conllevad su cólera con « dulzura »; y también con aquel otro: « Haced bien a vuestros « enemigos y no les maldigáis ». Los que se hayan educado anteriormente en semejantes modelos no tendrán nuestros preceptos como impracticables. No pasaré en silencio la conducta de Alejandro: cuando hizo prisioneras a las hijas de Darío, cuya maravillosa hermosura celebraba, no quiso verlas, creyendo cosa vergonzosa para él que había vencido tantos hombres dejarse vencer de las mujeres. Encontramos semejante tal conducta a aquellas palabras que dicen: « El que lance sobre « una mujer miradas de codicia, aunque en realidad no sea reo « de adulterio, no está exempto de pecado, pues dejó entrar el « deseo en su corazón ». Se hace difícil creer que la conducta de Clinias, discípulo de Pitágoras, se conformase por pura casualidad con nuestra ley, y que no tuviese intención de imitarnos. ¿Qué hace Clinias? Podía, pronunciando un juramento, evitar una multa de tres talentos, pero quiso mejor pagar que jurar, y sin embargo su juramento hubiera estado conforme con la verdad; sin duda conocía el precepto que nos prohíbe jurar.

Pero volvamos a lo que os decía al principio; no hay que tomarlo todo indistintamente, sino sólo aquello que nos es útil. Causa vergüenza, en efecto, el que mientras rechazamos los alimentos nocivos, no manifestemos discernimiento entre las ciencias que son el alimento del alma, y que, semejantes a un

torrente, engullamos con avidez cuanto se nos ofrezca. El piloto no se abandona a merced de los vientos, sino que dirige su nave al puerto; el arquero se esfuerza en dar en el blanco; el herrero y el carpintero se proponen un fin según su arte; ¿es, pues, razonable que nosotros quedemos detrás de estos artesanos y que seamos menos capaces que ellos en perseguir nuestros intereses? Si el trabajo del obrero tiene su finalidad, seguramente también la vida del hombre tiene la suya, y a este fin debemos dirigir todas nuestras acciones y todas nuestras palabras, si no queremos asemejarnos a los irracionales. Además, seríamos como esos navíos sin lastre, y, no estando sujeta la razón al gobernalle de nuestra alma, no haríamos en esta vida sino errar por todas partes al acaso. Rijámonos como en los combates gímnicos, o, si queréis más bien, como en los de la música; cada uno de estos combates, cuyo premio es una corona, tiene ejercicios que le son propios, y el que se prepara a la lucha o al pancracio no se pondrá a aprender a tocar la cítara o la flauta. Polidarnas, antes de aparecer en la liza de Olimpia, detenía los carros en su carrera y fortificaba su vigor con ejercicios. Milón se mantenía inmóvil sobre un broquel untado de aceite, y, resistiendo a todos los esfuerzos, quedaba tan inmovible como estatuas asentadas sobre su base. Para decirlo de una vez, todos los ejercicios de los atletas no consisten sino en una preparación para la lucha: si hubiesen renunciado los frigios al polvo de los gimnasios para tocar aires de Marsias o de Olimpo, ¿creéis que habrían alcanzado victoriosamente gloriosas coronas o que se habrían presentado en la arena sin correr un ridículo? Timoteo no abandonaba jamás su instrumento para pasar la vida en las palestras; sin esto no hubiera llegado a tal superioridad sobre los demás músicos sus rivales, él, cuyo arte era tan perfecto que podía a su voluntad exaltar los ánimos con una armonía viril e impetuosa, calmarlos luego y enternecerlos después con las más dulces melodías. Se cuenta de él que un día, tocando en el modo frigio a presencia de Alejandro, le hizo levantar de la mesa y correr en busca de sus armas, y que después, dulcificando sus acordes, le hizo sentar de nuevo entre sus convidados; ¡tanto poder tiene la práctica en la música como en los combates del gimnasio para conducir a un fin!

Y puesto que he hablado de atletas y de coronas, meditemos el que solamente después de haberse endurecido en mil

SAN BASILIO EL GRANDE

fatigas, aumentando su vigor con toda clase de ejercicios, soportando los trabajos y los sudores del gimnasio, recibido muchos golpes en las luchas de la academia, después de haber renunciado a los placeres para seguir el régimen severo que les imponían sus maestros, y, para abreviar, después de haber vivido siempre como si el tiempo precedente al combate debiera ser únicamente una preparación para el combate mismo, entonces, repetimos, es cuando vienen a desnudar sus miembros en el estadio para conquistar al precio de tantos esfuerzos y de tantos peligros una corona de oliva, de apio o de alguna otra planta, y para oír al heraldo proclamar su nombre. ¿Y nosotros a quienes nos están prometidas tan maravillosas recompensas, de cuyo número y extensión no puede dar idea la palabra, aspiramos a obtenerlas sin trabajos, sin esfuerzos, con una vida de negligencia y de molicie? Entonces la ociosidad sería cosa muy preciada, y el más dichoso de los hombres habría sido Sardanápalo, o, si se quiere, aquel Margitas, que no fué, según Homero (si estos versos son suyos), ni labrador, ni viñador, ni ejerció nunca profesión alguna útil a la vida. ¿No es, pues, verdad, el dicho de Pittaco de que es difícil ser virtuoso? Una existencia pasada en continuos trabajos apenas bastaría, en efecto, para hacernos alcanzar estos bienes que siempre os he dicho que no se parecen a las cosas humanas. No hay, pues, que entregarnos en brazos de la negligencia ni sacrificar nuestras más bellas esperanzas por algunos instantes de molicie, a menos que queramos quedar avergonzados y atraernos el castigo, si no aquí en este mundo terrenal (aunque esto sea terrible para un espíritu sensato), al menos en aquellos lugares de expiación que se encuentran bajo la tierra o en otra cualquier parte del universo. Dios perdonará acaso al que haya faltado involuntariamente a sus deberes, pero aquel que con deliberada intención haya preferido el mal, ese, sin excusa alguna, no escapará de un riguroso castigo.

—¿Qué debemos, pues, hacer?—me diréis.—¿Qué otra cosa sino cultivar vuestra alma y no fijar nuestra atención en lo demás? No seamos esclavos de nuestro cuerpo ni tomemos por él más que los cuidados indispensables, sino preocupémonos de lo que trae ventaja al espíritu; suavicemos con una vida cristiana esta cautividad que la obliga a compartir las pasiones del cuerpo; demos a nuestro estómago el alimento que necesita, no el que más le agrada; no imitemos a aquellos que corren des-

alentados junto a los cocineros y a los organizadores de festines, que surcan tierras y mares como si tuviesen que pagar un tributo a un amo exigente; miserables por los tormentos que se infligen y aún más miserables que los que sufren las penas del infierno, se puede decir de éstos que aventan el fuego, que echan agua en una criba, que quieren llenar un tonel sin fondo, sin hallar término a sus penas. El tener un esmero excesivo en la cabellera y en el vestido es, como decía Diógenes, ser o desgraciado o culpable. Yo añado también que el merecer y obtener el dictado de elegante debe ser cosa tan vergonzosa para los jóvenes de nuestra edad como el ser impúdico o adúltero. ¿Qué le importa al hombre sesudo llevar una túnica de fino tisú o un manto grosero con tal de que esté suficientemente protegido del frío o del calor? Lo mismo es todo lo demás: no hay que querer aquello que no reclama nuestra atención ni dar al cuerpo más preferencia que la que exija el bien del alma. El hombre, al menos el que merece el dictado de tal, debe tanto avergonzarse de ataviar y cuidar su cuerpo como de dejarse caer bajamente en cualquier vicio; dedicar todos los cuidados al bienestar corporal vale tanto como desconocerse a sí propio é ignorar aquella sabia máxima que dice que lo que se ve del hombre no es el hombre, y que tenemos necesidad de una luz superior, gracias a la cual cada uno de nosotros, sea el que fuere, puede conocerse a sí mismo. Tan imposible es el llegar a este conocimiento al que no ha purificado su alma como al que está mal de la vista el fijar la mirada en el sol. Purificar el alma es, para decirlo de una vez y de manera que os baste, menospreciar los placeres de los sentidos; no fijar los ojos en las cosas inconvenientes que os muestran los charlatanes o en los espectáculos que os dejan clavado el aguijón de los deseos; no derramar en el alma por medio de los oídos melodías corruptoras. Una música afeminada abre el alma a pasiones que engendran degradación y bajeza; busquemos mejor aquella otra música purísima cuyos efectos son muy saludables, aquella música que David, el poeta de los Salmos sagrados, empleaba, según cuentan, para hacerse el rey de las grandes virtudes. Se cuenta de Pitágoras que, encontrando a unos jóvenes ebrios que salían de una bacanal, ordenó al tocador de flauta que les acompañaba el que cambiase de música y tocase en el modo dorio; esta melodía les sentó tan bien que arrojaron sus coronas y se retiraron confusos. Otros, al son de la flauta, entran

SAN BASILIO EL GRANDE

en transportes iguales a los coribantes y a las bacantes: ¡tanta diferencia hay de oír una música honesta o licenciosa! Absteneos de la que domina en nuestros días con tanto cuidado como de las más vergonzosas acciones. En cuanto a esparcir por el aire mil olores que halaguen el olfato y a ungiros con perfumes, siento rubor de vuestra defensa. Finalmente, ¿qué diré para apartaros de buscar los festines de los palacios sino que éstos atan a los que sólo persiguen la satisfacción del vivir, como a las bestias, a las exigencias del vientre?

En una palabra, hay que despreciar absolutamente el cuerpo si no se le quiere sumergir en los deleites como en un lodazal: o más bien, hay que tener cuidado, como dice Platón, de que sólo se encuentre en él un auxiliar para el estudio de la sabiduría; este precepto está conforme con el de San Pablo, que nos exhorta a no poner atención en nuestro cuerpo con objeto de satisfacer nuestras pasiones. ¿Qué diferencia habría entre un hombre que no pensara sino en el bienestar corporal, dejando desdeñosamente en el olvido a esta alma de la cual el cuerpo no debe ser sino instrumento, y el que quisiese procurarse herramientas sin estudiar el arte para que aquéllas sirven? Muy por el contrario, debemos castigar la carne, reprimir sus apetitos como los de una bestia feroz, calmar con la razón—a la manera del látigo en mano—los movimientos desordenados que en nosotros excita, en vez de dar rienda suelta a nuestras pasiones y ver tranquilamente a nuestra alma, lo mismo que a un cochero a quien arrastran fogosos caballos, entregada a su propia violencia. Traigamos a nuestra memoria aquellas palabras de Pitágoras cuando veía a uno de sus discípulos aumentar su vigor físico con los ejercicios gimnásticos y con la buena alimentación: «¿Cuándo concluirás—le decía—de hacer más «dura tu prisión?» También se cuenta de Platón que, previendo la funesta influencia que podía tener sobre sí su cuerpo, se trasladó de intento a la Academia, que era el sitio más insalubre del Ática, para perder la exuberancia de su robustez, lo mismo que se podan en una viña las ramas inútiles. Yo mismo he oído decir a los médicos que es un peligro el exceso de salud.

Así, puesto que el cuidado exagerado del cuerpo no sirve gran cosa para el mismo y es una impedimenta al alma, sería locura manifiesta estarle considerando y hacerse esclavo del mismo. Si aprendemos a menospreciarle, no habrá nada en lo humano que nos llame la atención. ¿De qué nos han de servir las rique-

zas tras el desprecio de los placeres carnales? No adivino el estar ocupados en guardar tesoros escondidos sin experimentar placer, como los dragones de la fábula; cuando se sabe librarse de estas prácticas se está bien lejos de querer o de hallar nada que sea bajo y vergonzoso. Lo que traspasa los límites de lo necesario, ya sean las arenas de la Lidia o el oro extraído por hormigas laboriosas, tiene menos precio cuanto menor es su necesidad: se mide el valor de las cosas según su aplicación en la naturaleza y no según el placer que reportan; lo que pasa de esta raya es semejante a un hombre que rodase por una pendiente y que, no encontrando sitio donde clavar el pie, se viese imposibilitado de detener el movimiento que le arrastra. Cuanto más se amontona, más se desea para satisfacer la pasión de multiplicar las riquezas adquiridas; ya lo manifestó Solón, hijo de Exescetido, cuando dijo: «La codicia del hombre « no conoce límites.» Tomemos también a Teognis por maestro: « La riqueza—exclama—no es el objeto ni el deseo de mis plé-garias: ¿acaso puedo vivir libre de dolores?»

También admiro el menosprecio que Diógenes profesaba a las cosas humanas, creyéndose más rico que el rey mismo porque tenía menos ambiciones; nosotros, por el contrario, no estamos satisfechos si no tenemos los tesoros de Pitio el Misio, hanegadas de tierra innúmeras y rebaños tan extensos que sean imposibles de recontar. Conviene más, según creo, no desear otros bienes que los que se tienen, y vanagloriarse mejor de la posesión de aquellas cosas de las que se hace un buen uso que de lo que se sabría hacer. Razón tenía Sócrates cuando decía que no admiraría a un hombre ufano de su riqueza hasta ver qué uso hacía de ella. Si Fidias y Policleto se hubiesen enorgullecido del oro y del marfil que les sirvió para hacer el Júpiter Eléo y la Juno de Argos, provocaría a risa el verles enfatuados con riquezas que no les eran propias, sacrificando su propio arte que había dado más valor y más encanto al oro mismo: ¿y nosotros, al estimar que la virtud del hombre no es suficiente por sí propia para servir de ornamento, nos creemos dignos de hacer cosas menos vergonzosas?

Si desdeñamos la riqueza, si menospreciamos los placeres de los sentidos ¿sentiremos dentro las lisonjas y las adulaciones? ¿imitaremos la doblez y la astucia de la zorra de Arquíloco? No, pues no hay nada que tanto deba evitar el hombre prudente como el vivir según la opinión de los demás y dar

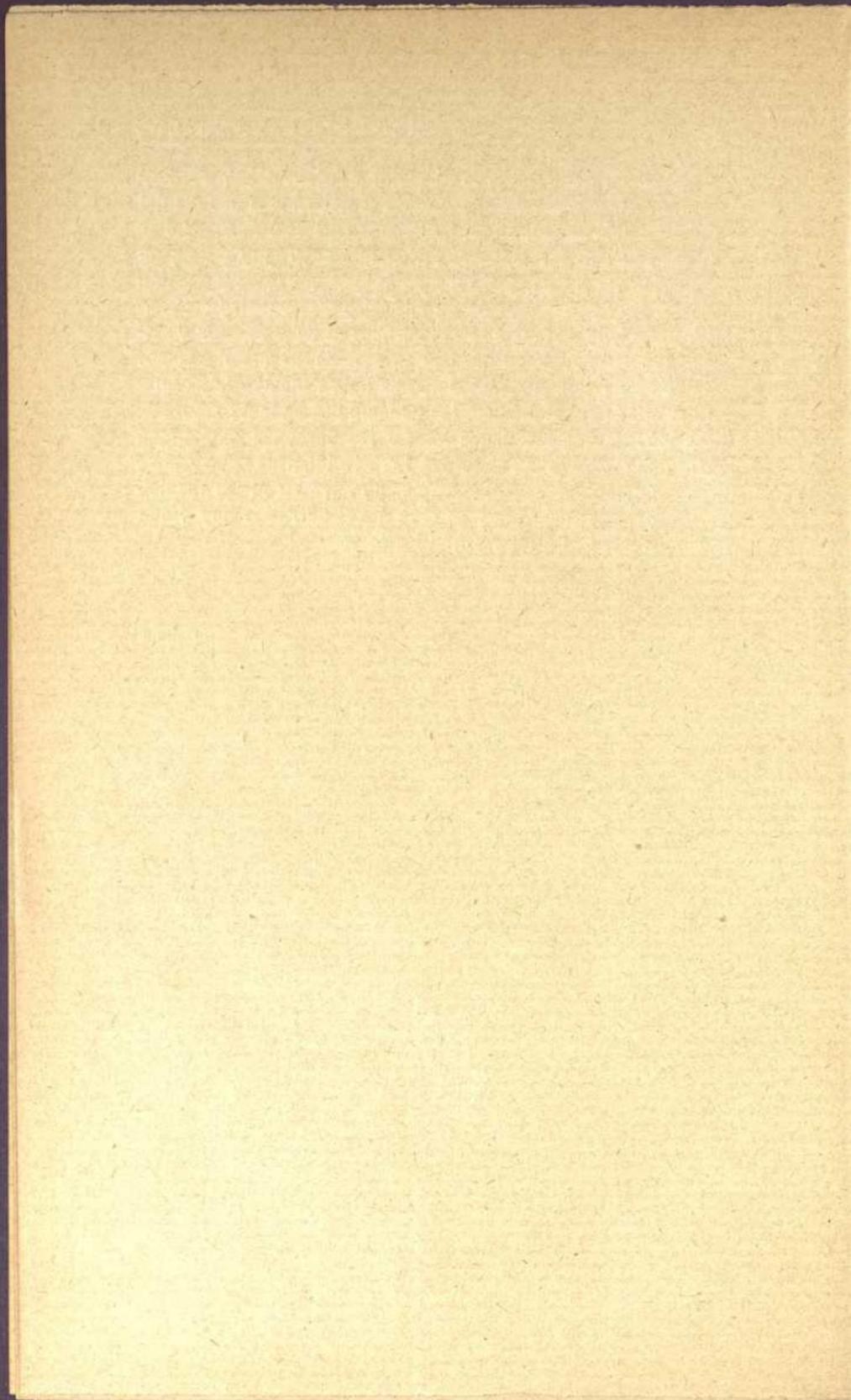
SAN BASILIO EL GRANDE

gusto a lo que agrada a las muchedumbres, en vez de tomar a la recta razón por norma de su vida y permanecer incommovibles a los principios que él estime verdaderos, aun cuando tenga que ir contra la corriente de los demás y sufrir por la virtud las afrentas y los peligros. Los que no tienen tales sentimientos ¿se diferencian mucho de aquel sofista egipcio que se transformaba a su voluntad en árbol, en bestia, en fuego, en agua, y que tomaba todas las formas? En tanto éstos harán el elogio de la virtud entre aquellos por quienes ésta es ensalzada, y en tanto usarán de otro lenguaje si ven que florece la injusticia: ¡así se conducen los aduladores!; así como se dice que el pólipo cambia de color según la tierra que toca, así se les ve cambiar de opiniones según el modo de ser de los que tratan!

✓Aprendamos de un modo más perfecto en nuestros Libros Sagrados cuanto acabo de manifestar, pero entre tanto tracemos, según las obras de los autores profanos, una especie de croquis de la virtud. Los que recogen con atención lo que cada cosa presenta de utilidad son semejantes a esos ríos caudalosos que reciben por todas partes numerosos y rápidos afluentes. El poeta que decía «juntar poco con poco» no oyó sin duda hablar tanto de la riqueza como de los conocimientos de la ciencia. El hijo de Bías, cuando iba a Egipto, preguntaba a su padre qué haría que le fuera á aquél más agradable: «Reune «provisiones para la vejez»—le contestó Bías;—con estas palabras le señalaba la virtud, que él encerraba en límites muy estrechos, puesto que circunscribía la utilidad a las cosas de esta vida. Yo en verdad, aunque contase los años de Titón o de Argantonio, o los de aquellos patriarcas que vieron más días sobre la tierra (Matusalem, por ejemplo, que vivió, según se dice, novecientos sesenta años); yo, aunque gozase de vida más tiempo que el transcurrido desde la creación del hombre, me reiría de todo esto como de una fantasía infantil, y tendría fija la mirada en aquella eterna sucesión de siglos cuyo término no sabe concebir la imaginación, que no puede poner fin al alma inmortal. Para entonces es para cuando os exhorto a reunir provisiones, a remover toda piedra, como d'ce un proverbio, a buscar por todas partes lo que pueda seros útil. La tarea es difícil y reclama muchas penalidades, pero no nos desanimemos por esto: acordémosnos siempre de aquel filósofo que nos aconseja abrazar denodadamente el género de vida más virtuosa, y, contando con que encontraremos encantos en

la adaptación, emprendamos el mejor camino. ¡Qué vergonzoso sería olvidar el tiempo presente y dolernos algún día del pasado, cuando sean inútiles nuestras tristes declamaciones!

Ya os he dado algunos consejos que creo muy útiles; os diré lo que no he expuesto a medida que se presente ocasión propicia. Hay tres clases de enfermos; poned vuestro cuidado en no pareceros a los que son incurables ni en presentar vuestras almas presas de las mismas enfermedades que el cuerpo. Los que se sienten acometidos de una ligera indisposición buscan por sí mismos al médico; los que son atacados de enfermedades más graves mandan a buscar las personas de las que esperan su curación; en cuanto a los atrabiliarios cuyo mal se ha hecho completamente incurable, no aceptan ni las medicinas. ¡Podriais encontraros en este caso, cerrando hoy vuestros oídos a la voz de la razón!



SAN BASILIO EL GRANDE

HOMILÍA SOBRE EL PRECEPTO «OBSÉRVATE A TI MISMO». (1)



Los que nos ha creado nos dió el uso de la palabra para que nos descubriésemos mutuamente las voluntades de nuestros corazones y para que, gracias al instinto sociable de nuestra naturaleza, nos hiciésemos partícipes los unos a los otros, como de tesoros reservados, de los sentimientos ocultos en nuestras almas, y manifestásemos nuestras resoluciones. Si fuese visible nuestra alma, estaríamos en relaciones los unos con los otros, sin intermediario, con sólo nuestros pensamientos; pero como el alma que produce el pensamiento está oculta como por un velo, de aquí que tengamos necesidad de articulaciones y de palabras para revelar lo que pasa en nuestro propio fondo. Una vez ya nuestro pensamiento ha encontrado los sonidos que le sirven de signo, éste surca el aire llevado por la palabra como sobre un navío, y pasa del que habla al que escucha: si encuentra calma y

(1) Esta homilía fué, sin duda, pronunciada en la iglesia de Cesaréa, ignorándose el año. Los días en que los fieles se congregaban en las iglesias (el viernes y el domingo de cada semana generalmente) leía un diácono al concurso un capítulo del Antiguo o del Nuevo Testamento, y a seguida el pastor explicaba a la grey el pasaje de la Escritura que acababan de oír, y de allí se tomaba motivo, por lo regular, para estas pláticas familiares que, por su sencillez, fueron llamadas *homilias* (consejos). El día en que se predicó la presente se había leído, según el uso corriente, a los fieles un capítulo de las Sagradas Escrituras (el quinto del libro de Moisés llamado *Deuteronomio*) en el que el legislador hebreo ordena al pueblo de Dios la abolición de las deudas cada siete años, el cuidado de los pobres y la consagración de las primeras ovejas de los rebaños. San Basilio se detiene en una corta sentencia de este capítulo y la comenta y desenvuelve, dándole un sentido puramente moral que no tiene el texto de Moisés, a saber: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos.

SAN BASILIO EL GRANDE

tranquilidad profunda, penetra en el oído atento como en puerto sereno y abrigado; pero si el tumulto del auditorio le domina como impetuoso huracán, entonces se pierde aquél y naufraga en medio del espacio. Asegurad con vuestro silencio a mi palabra la calma que necesita, y acaso encontréis alguna utilidad en las enseñanzas que ésta os transmita!

La palabra de la verdad es difícil de coger y escapa fácilmente a un espíritu distraído, y el Espíritu Santo ha querido que fuese breve y precisa para que diga muchas cosas en pocos vocablos y para que por su concisión se grave más profundamente en su memoria. En efecto, la virtud esencial de la palabra es que no envuelva de obscuridad al pensamiento del que es intérprete ni que le anegue en una vana y estéril abundancia. Tal es, pues, el precepto que acaba de leerse, sacado de los libros de Moisés: vosotros que habéis prestado atención le recordaréis sin duda, si es que, a causa de su brevedad, no se os ha pasado por alto. He aquí los términos: «Obsérvate a ti mismo, si no quieres dejarte sorprender por algún pensamiento impío».

Como hombres que somos, estamos siempre propensos a pecar por pensamiento. Por esto Aquel que ha formado nuestros corazones, sabiendo que la rapidez del pensar es la principal fuente de nuestras faltas, nos ha recomendado ante todo la pureza de alma: ha creído que lo que nos hace el pecado tan fácil es también lo que más necesita atención y vigilancia. Así como los médicos previsores se anticipan a la salud de las personas delicadas indicándoles con anterioridad las medidas adecuadas para prevenir el mal, lo mismo el tutor común, que es en verdad el médico de las almas, ha rodeado de precauciones muy eficaces a esta parte de nuestro ser que él ve tan propensa al mal. Las acciones que el cuerpo ejecuta necesitan tiempo, ocasión favorable, esfuerzos, auxilios, un sin fin de circunstancias; los movimientos del espíritu, por el contrario, se cumplen sin retraso, se acaban sin esfuerzo, se organizan sin dificultad, y encuentran siempre momento conveniente.

Más de uno de esos personajes severos y de arrogante gravedad que afectan exteriormente dignidad, sentado entre los que admiran su virtud, dejan en un secreto movimiento de su corazón volar su pensamiento hacia los lugares de pecado; ven en la imaginación el objeto de sus deseos, se representan algún tráfico vergonzoso, y, haciendo en los ocultos repliegues del

corazón una sensible pintura de los placeres, dan albergue en su alma a una falta que no tiene testigos y que queda ignorada hasta que venga Aquel que llevará la luz a las tinieblas más profundas y que descubrirá los más secretos pensamientos de los corazones.

«Guárdate de dejar sorprender tu alma con algún pensamiento impío»; pues el que lanza sobre alguna mujer miradas de concupiscencia ya es adúltero desde el fondo de su corazón. Los actos del cuerpo pueden ser detenidos con mil obstáculos, pero para el que peca de intención el cumplimiento de su falta es tan rápido como su propio pensamiento; si la caída es pronta, la precaución indicada no es menos activa. Por esto, pues, se nos dice: «Guárdate de dejar sorprender tu corazón con algún pensamiento impío».

Pero volvamos de nuevo a las primeras palabras del precepto.

«Obsérvate a ti mismo», dice Moisés. Cada uno de los animales ha recibido del Creador de todas las cosas y encuentra en sí los instintos necesarios para la conservación de su ser. Se verá, si se examina con atención, que la generalidad de las bestias tienen aversión innata a lo que puede dañarles, en tanto que una fuerza natural les lleva a gozar lo que les es ventajoso. Así Dios, que nos enseña, nos ha dado tan gran precepto para que la razón sea en nosotros un auxiliar tan poderoso como la naturaleza lo es a las bestias; para que cumplamos, gracias a una atención sostenida y a una vigilancia sobre nosotros mismos, lo que los animales irracionales hacen de un modo mecánico; y para que seamos severos guardianes de los instintos que Dios nos dió, evitando el pecado como el bruto evita los alimentos nocivos, y buscando la justicia como éste busca las hierbas alimenticias. Obsérvate, pues, para que seas capaz de distinguir lo que es pernicioso y lo que es agradable.

Pero como hay dos clases de observación, la una que consiste en fijar los ojos del cuerpo en los objetos visibles y la otra en aplicar las facultades intelectuales del alma en la contemplación de los objetos inmateriales, si decimos que este precepto debe entenderse sobre la vigilancia de los ojos, sería demostrar a seguida su imposibilidad. ¿Quién podrá envolver con su mirada a toda su personalidad completa? El ojo no cabe verse a sí propio ni percibe la cumbre de la cabeza, ni conoce

SAN BASILIO EL GRANDE

la espalda ni el rostro ni descubre cuanto pasa en el fondo de nuestras entrañas. Luego es impío el decir que el Espíritu Santo nos manda cosas imposibles.

No podemos, por lo tanto, aplicar nuestro precepto, sino a la actividad del espíritu. «Obsérvate a ti mismo», esto es, examínate por todas partes. No des descanso a los ojos del alma; por el contrario, vela sin cesar. Vas andando por entre lazos: tu enemigo te ha cercado de trampas invisibles; mira a tu alrededor para salvarte, como el gamo que escapa del cepto o el pájaro de la red. El gamo no se deja coger en la trampa porque su vista es penetrante (esta cualidad es la que le ha dado el nombre [gr. *dorkas*, de *derko*: lat. *adspicio*]); el pájaro, cuando se apercibe, se pone a distancia del cazador, gracias a la rapidez de sus alas. Cuida no mostrar menos vigilancia que las bestias en tu propia conservación; teme caer algún día en las redes del diablo ofreciéndole una presa en que pueda saciarse a su voluntad.

«Obsérvate a ti mismo», esto es, no a lo que es tuyo o está a tu alrededor, sino a ti solo. Una cosa es el hombre en sí mismo, otra lo que le pertenece, y otra también lo que está a su alrededor. Nosotros somos el alma y el espíritu en tanto que hemos sido hechos a imagen de nuestro Creador; lo que es de nosotros es nuestro cuerpo, son las sensaciones que aquél nos procura; lo que está a nuestro alrededor son los bienes, las industrias, todo lo que sirve para nuestra vida.

¿Y qué dice el precepto? No te esclavices a la carne; no te ingenies en buscar cuanto pueda serle bueno, salud, belleza, placeres, longevidad; no envidies ni la fortuna, ni la gloria, ni el poder; guárdate de dar excesiva importancia a todo lo que satisface las necesidades de tu vida temporal, y de olvidar en medio de estos cuidados la vida que es para ti lo principal; pero «obsérvate a ti mismo», esto es, observa tu alma. Esta es la que hay que preparar, ésta de la que hay que ocuparse, para preservarla, a fuerza de vigilancia, de las manchas que le imprimiría el vicio, para purificarla completamente de la ignominia del pecado, para adornarla y embellecerla de las gracias de la virtud.

Examina lo que eres, conoce tu propia naturaleza; persuádate de que, si tu cuerpo es mortal, tu alma es imperecedera; que tenemos dos vidas, la una propia de la carne y que pasa prontamente, la otra hecha para el alma y que no tiene fin.

«Obsérvate a ti mismo»; no te entregues a las cosas perecederas como si fuesen eternas, ni desprecies las cosas eternas como si fuesen efímeras. Desprecia la carne, porque es pasajera; preocúpate del alma, que es inmortal. Vela por ti con extremada atención para que sepas dar a la una y a la otra lo que les conviene: al cuerpo, alimento y vestidos; al alma, máximas de piedad, sabia doctrina, prácticas de virtud, enmienda de las pasiones. No te muestres celoso de dar a tu cuerpo rico y lujoso trato, pues la carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu a la carne, y puesto que son opuestos uno y otra, cuida de no atarte muy fuertemente a la carne dando la preferencia al más vil de los dos. Si se tiene una balanza y se pone peso en un platillo solamente, el otro queda más ligero; lo mismo ocurre con el cuerpo y el alma: la preponderancia del uno entraña inevitablemente el abatimiento de la otra. Cuando el cuerpo está lozano y exuberante de carnes, el espíritu se pone lánguido y sin vigor para las funciones que le son propias; cuando el alma está bien y llega a un conveniente desarrollo por la práctica del bien, la salud del cuerpo se destruye pronto.

Este precepto lo mismo es saludable para el enfermo que para el que está bien de salud. Se ve, en efecto, que los médicos recomiendan siempre a los que sufren alguna enfermedad el observarse a sí mismos y no descuidar nada que pueda contribuir a su curación. Lo mismo el Verbo, que es el médico de nuestra alma, cura con un remedio que parece insignificante al alma enferma del pecado. Obsérvate, para que recibas esta medicina saludable que tan necesaria es a tu mal. Si tu pecado es grave y abrumador, te son necesarias confesiones, lágrimas amargas, vigiliias prolongadas, ayuno sostenido. Si tu falta es pequeña y ligera, iguálalas arrepintiéndote. Sólo obsérvate, para conocer si tu alma está en estado de salud o de enfermedad. ¡Cuántos hombres contraen por negligencia serias dolencias incurables, y no saben más sino que están malos! El mismo precepto no es menos útil a los sanos para sostenerlos en sus trabajos; de modo que cura a la vez la enfermedad y fortifica la salud. En efecto, cada uno de nosotros, que somos los discípulos de la divina palabra, ejerce alguna de esas ocupaciones a las que el Evangelio da una ley. En esta gran casa que se llama la Iglesia no hay solamente vasos de todas clases, de oro, de plata, de madera, de tierra, sino también las industrias

más diversas. En efecto, la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, comprende cazadores, viajeros, arquitectos, albañiles, labradores, pastores, atletas, soldados. Esta corta sentencia se aplica a todos igualmente e inspira a cada uno más exactitud en el trabajo, más celo en llenar los deberes de su profesión.—Tú, cazador, eres enviado por el Señor que ha dicho: «Yo te enviaré muchos cazadores que les perseguirán hasta la cima de las montañas». Está vigilante y atento para que no se te escape la presa, y para que, tomando la palabra de la verdad aquellos a quienes el vicio hizo salvajes, tú les conduzcas hacia el que los salva.—Viajero, tú te pareces al que exclama: «Dirige mis pasos». Obsérvate para no perder el camino, y no te apartes ni a la derecha ni a la izquierda: yo soy el gran camino.—Que el arquitecto eche y afirme los cimientos de la fe, que es Jesucristo.—Que el albañil cuide de cómo edifica esos cimientos: que no levante un edificio de madera ni de heno o paja, sino de oro, de plata o de piedras preciosas.—Tú, pastor, obsérvate a ti mismo, para que no olvides los deberes de tu estado. ¿Que cuáles son esos deberes? Guía la oveja extraviada, venda la oveja herida, cura la oveja enferma.—Labrador, cava una zanja alrededor de la higuera estéril, y deposita allí los abonos que pueden ayudarte a hacerla fértil.—Soldado, sufre por el Evangelio, haz una guerra santa contra los espíritus perversos y contra las pasiones de la carne; cíñete por completo de la armadura de Dios; no te crees dificultades con los asuntos de esta vida, si quieres defender al que te llamó bajo sus banderas.—Atleta, obsérvate a ti mismo, para que no traspases ninguna de las leyes que te conciernen. Nadie recibe coronas si no lucha según las leyes. Imita a San Pablo en la carrera, en la lucha, en el pugilato; que la mirada de tu alma sea, como la del atleta consumado, fría y segura: que tus manos extendidas protejan aquellas partes del cuerpo en que es mortal una herida; que tu vista esté fija en el adversario. En las carreras no pienses en cuantos te preceden; busca solo el medio de adelantarles. En la lucha combate a los adversarios invisibles. ¡Así es como quiere la Santa palabra que seas durante toda tu vida, sin languidecer jamás, sin dormirte, y siempre sano, siempre dispuesto y atento a observarte a ti propio!

Me faltaría día si quisiera enumerar las ocupaciones diversas de los que trabajan en el Evangelio de Cristo y mostrar la fuerza de nuestro precepto y su fácil aplicación para todos.

«Obsérvate a ti mismo»: sé vigilante, reflexivo; conserva lo presente y piensa en el porvenir. No dejes perder por abandono lo que ya posees, por otros bienes de que no gozas y que acaso no gozarás, ni te figures que ya los tienes entre las manos. ¿No es enfermedad propia de jóvenes, cuyo espíritu es tan ligero, el creer que ya poseen lo que sólo es una esperanza? En sus momentos de reposo, en la tranquilidad de la noche se forjan visiones insensatas, y su inquieto pensamiento les transporta a toda clase de delirios: una carrera envidiable, un brillante casamiento, hijos de los cuales se enorgullezcan, una larga vejez, honores universales. Después, incapaces de freno en sus esperanzas, se inflan y levantan hasta los bienes más envidiados por los hombres, se constituyen en dueños de grandes y bellos palacios, los alhajan con joyas de todas clases, los rodean de terrenos inmensos que su espíritu quimérico cree arrebatados a la creación, y encierran en cofres imaginarios las rentas de estos dominios. A todas estas riquezas añaden rebaños, un innumerable ejército de esclavos, magistraturas civiles, supremacía sobre una nación, jefaturas, guerras, trofeos, el reino mismo. Luego que su vana imaginación se ha paseado por estos fantasmas, se figuran, en un exceso de demencia, que ya gozan estos beneficios esperados, que los poseen, que los tocan con las manos. Es enfermedad propia del alma ociosa e indolente el soñar despiertos.

Para reprimir esta efervescencia del pensamiento, estos transportes del espíritu, para contener como con freno esta imaginación que se desborda, la Escritura nos proclama este grande y sabio precepto: «Obsérvate a ti mismo»; no supone lo que no existe, sino que saca de la realidad la parte más aprovechable. Creo que al recomendarnos esto el legislador tuvo también presente el cortar de raíz uno de los abusos más frecuentes de la vida. Como cada uno de nosotros está más propicio para censurar las cosas de los demás que para examinar las suyas propias, nos preserva de este defecto diciéndonos: «Cesa de ocuparte de los vicios de éste o de aquél; no des «a tu espíritu el ocio de averiguar los defectos de otro, sino «obsérvate a ti mismo», esto es, aplica al estudio de ti propio «los ojos de tu alma». Muchos, según la expresión del Señor, ven la paja en el ojo de su hermano y no ven la viga en el propio. No dejes, pues, de examinarte a ti mismo, si quieres vivir conforme al precepto; no mires a tu alrededor para tratar

SAN BASILIO EL GRANDE

de descubrir las faltas de los demás, como el fariseo vano e insolente que se justificaba a sí propio y rebajaba al publicano, sino pregúntate a cada momento si has pecado por pensamiento, si tu lengua, más pronta que tu espíritu, ha faltado, si has cometido alguna acción involuntaria con los hechos. Y si encuentras en tu vida cúmulo de pecados; como no puedes menos de encontrar, pues eres hombre, di con el publicano: «¡Dios «mío, tened piedad de mí que soy pecador!»

Obsérvate, pues. Si tu prosperidad es bonancible, si el trascurso de tu vida es feliz, es útil que esta máxima esté presente a tu espíritu; pero si, por el contrario, estás agobiado de desgracias, también será muy bueno que esté grabada en tu corazón para que el orgullo no te lance a una excesiva indolencia y el desaliento te arroje a un cobarde estado de abatimiento. ¿Estás enfatuado con tu riqueza? ¿sientes orgullo por tus antepasados? ¿te glorificas de tu patria, de tu belleza corporal, de los homenajes que te rinden los hombres? Pues obsérvate, piensa en que eres mortal, en que eres polvo y al polvo volverás. Mira a los que han gozado antes que tú de iguales distinciones. ¿Dónde están aquellos vestidos de las magistraturas de la ciudad? ¿dónde los invencibles oradores? ¿dónde los organizadores de fiestas, los brillantes criadores de caballos, aquellos generales, aquellos sátrapas, aquellos tiranos? ¿no es todo leve polvo? ¿no es todo una vana palabra? ¿no son sino huesos los únicos monumentos que quedan de su vida? Baja a las tumbas y distingue, si puedes, al esclavo del señor, al pobre del rico; reconoce, si tienes poder para ello, al prisionero del rey, al fuerte del débil, al bello del deforme. Si te acuerdas de lo que es la naturaleza, no te enorgullecerás nunca; ahora, te acordarás de lo que eres si te observas a ti propio.

¿Eres de baja cuna y sin nombre, pobre entre los pobres, sin hogar, sin patria, débil, privado de lo más necesario para la vida, temeroso ante los que ostentan poder, cobarde ante los hombres por tu humilde condición (pues «el pobre—dice el sabio «Rey—no resiste a las amenazas»)? Pues bien, no desesperes de ti mismo, y, puesto que no posees ninguno de los bienes que causan envidia, no abandones una buena esperanza; eleva tu alma al pensamiento de los beneficios que Dios te tiene concedidos y al de aquellos otros que por su promesa te reserva para otros días. A más, eres hombre, y el hombre es el único animal que Dios moldeó con sus manos. ¿Y no es ya bastante para

inspirarte una profunda confianza, si tu espíritu es sensato, el haber sido formado por las propias manos del Creador que ordenó el universo, sobre todo cuando tu semejanza con el Hacedor te permite elevarte con una virtuosa línea de conducta hasta el mismo rango de los ángeles? Tú has recibido un alma inteligente por la cual concibes a Dios, te das cuenta de la naturaleza de los seres, recoges el fruto más dulce de la sabiduría. Todos los animales que pueblan la tierra, domésticos o salvajes, todos los que viven en las aguas, todos los que hienden el aire, son tus esclavos y servidores. ¿No eres tú el que ha inventado las artes, el que fundó ciudades, el que imaginó cuanto sirve para tus necesidades y placeres? ¿No surcas por los mares, gracias a tu genio? ¿El aire y el cielo y los coros de astros no te muestran su admirable orden? Entonces ¿por qué te afliges si no tienes un corcel con el freno de plata? ¿No tienes el sol que, en su infatigable carrera, te ilumina de día con su llama? No tendrás candelabros de oro o plata, pero la luna te inunda con su rica luz. No montas en carros de oro, pero tienes pies; un vehículo propio que nunca te falta; ¿por qué, pues, tienes envidia a los que tienen la bolsa repleta, y, para esparcirse, tienen necesidad de pies ajenos? No duermes en lecho de marfil, pero tienes la tierra, más preciosa que todo el marfil del mundo, donde descansas dulcemente, donde encuentras un sueño pronto y exento de cuidados. No habitas bajo dorados techos, pero tienes el cielo donde resplandece la maravillosa belleza de todos los astros. Tales son los bienes de esta vida mortal, pero hay otros que les aventajan: un Dios que vive entre los hombres por el amor a ti, la distribución de las gracias del Espíritu Santo, la muerte aniquilada, la esperanza de una resurrección, preceptos divinos que hacen más perfecta tu vida, un camino trazado hacia Dios por la observancia de sus mandamientos, un reino celestial á que puedes aspirar, y coronas de justicia que te están reservadas si consientes en trabajar por la virtud.

Obsérvate, y reconocerás en ti todos estos beneficios y otros más numerosos todavía, y gozarás de los bienes que posees en vez de descorazonarte por los que no tienes. Presente a ti en todas partes el precepto, te suministrará grandes coronas. ¿La cólera, por ejemplo, ha triunfado de tu razón y te arrastra a palabras inconvenientes, a acciones violentas y dignas de una bestia salvaje? pues si te observas reprimirás tus

arrebatos como a potro indócil e indómito, y le harás sentir el látigo de la divina palabra. Serás también dueño de tu lengua, y no levantarás la mano al que te haya ofendido. Apetitos perversos, agujijoneando tu alma, la lanzan a fogosos e indomables transportes; pues si te observas, si te acuerdas de que este momentáneo deseo tiene un fin bastante amargo, que este placer que halaga nuestros sentidos engendra el gusano cuya eterna mordedura nos atormentará en el [lago] Sehenna, y que los ardores de la carne encenderán el fuego perpetuo en tanto que las pasiones desaparecen pronto, sentirás renacer en tu alma una tranquilidad profunda y decisiva, del mismo modo que la presencia de una prudente matrona acalla el tumulto de indisciplinadas esclavas.

Obsérvate, pues, y conoce que tu alma está compuesta de dos partes: una razonable e inteligente, y otra no razonable y sujeta á pasiones; la una hecha para mandar, la otra para obedecer y someterse a la razón. No permítas jamás que tu espíritu esté al servicio de las pasiones; no permitas que la pasión sacuda el yugo y se arroge el imperio del alma.

En fin, el examen atento de ti mismo te conducirá naturalmente al pensamiento mismo de Dios. En efecto, si te observas, no tendrás necesidad de buscar en el orden del universo quién es el artifice, pues apereibirás en ti mismo, como en un mundo pequeño [microcosmos], la sublime sabiduría del que te ha creado. Fórmate, según el alma inmaterial que hay en ti, la idea de un Dios inmaterial que no está encerrado en lugar alguno, pues en verdad tu espíritu no tiene esencialmente mansión determinada ni reside en tal o cual sitio por el mero hecho de su unión con el cuerpo. Cree que Dios es invisible al figurártelo como tu alma, pues ésta también es invisible a los ojos del cuerpo; la que, como no tiene color, ni figura, ni está encerrada en forma material, sus actos solos la hacen conocer. No busques el contemplar a Dios con la vista; antes bien, dejando obrar la fe en tu pensamiento, conténtate con verlo con los ojos del espíritu. Admira cómo el divino Artifice ha sabido ligar a tu cuerpo un alma bastante poderosa para penetrar hasta las extremidades, y reunir en armonía y concordancia perfectas los miembros más apartados entre sí. Considera qué fuerza da el alma a la carne, y a su vez, qué sensibilidad comunica la carne al alma, cómo el cuerpo recibe la vida del alma, en tanto que el alma no recibe del cuerpo sino dolores; qué

tesoros de conocimientos encierra; porqué la suma de conocimientos que se añaden al alma no obscurecen la unión de los conocimientos precedentes, sino que los recuerdos se conservan limpios y fácilmente distintos, grabados en la inteligencia como sobre una columna de bronce; cómo el alma, cuando se deja arrastrar por las pasiones de la carne, pierde la belleza que le es propia; cómo también, cuando está purificada de las manchas del vicio, vuelve a tomar, gracias a la virtud, su semejanza con Aquel que la ha criado.

Después que hayas contemplado tu alma, observa, si te place, la disposición de tu cuerpo, y verás con admiración qué morada digna de sí preparó el divino Artífice al alma dotada de razón. Él ha formado al hombre erguido, el único de todos los animales, para que veas en tu misma actitud que el soplo que te anima viene del cielo. Todas las bestias tienen la vista clavada en tierra y están inclinadas al vientre; la mirada del hombre, por el contrario, se eleva naturalmente al firmamento, y en lugar de participar de los viles instintos del bruto, no aspira sino a levantarse a los cielos. A más, Dios ha colocado tu cabeza en la parte más alta del cuerpo, y ha hecho radicar allí sus más nobles sentidos; allí es donde ha puesto, los unos junto a los otros, la vista, el oído, el gusto, el olfato; y aunque encerrados en tan corto espacio, ninguno de estos sentidos turba las funciones de su vecino. Los ojos ocupan el sitio preeminente, para que ninguna parte del cuerpo le sirva de obstáculo; protegidos por las cejas, que forman una pequeña saliente, se dirigen en línea recta ante sí. El oído, a su vez, no está abierto en situación de frente, sino que recibe por el conducto en espiral los sonidos que van por el aire: esto prueba una admirable sabiduría, pues la voz penetra allí sin obstáculos, hecha más sonora por las sinuosidades con que choca, no pudiendo ningún accidente impedir el ejercicio de este sentido. Ve también tu lengua, que es tierna y sensible, respondiendo a las necesidades de la palabra; tus dientes, órganos de la voz, ofrecen a la lengua un punto de apoyo y de resistencia, y sirven, al mismo tiempo, unos para cortar, y otros para triturar los alimentos. Y si examinas así sucesivamente y bajo un punto de vista de conveniencia todas las partes de tu cuerpo, la aspiración de aire en el pulmón, la conservación del calor en el corazón, los órganos de la digestión, los conductos de la sangre, apereibirás en conjunto la incomprensible sabiduría de

SAN BASILIO EL GRANDE

Aquél que todo lo ha hecho, de tal modo que podrás exclamar con el Profeta: «Tu ciencia se eleva de un modo maravilloso «por encima de mí».

Obsérvate, pues, para que observes también á Dios, del cual es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. —AMÉN.

SAN BASILIO EL GRANDE

HOMILIA SOBRE UNA PARTE DEL SALMO XIV Y CONTRA LOS
QUE TOMAN DINERO Á USURA. (1)



VER, habiéndonos entretenido con vosotros explicando el Salmo XIV, no tuvimos tiempo, á causa de la hora, de llegar al término de nuestro discurso. Hoy, pues, me presento ante vosotros como deudor de buena voluntad para pagaros el débito de todo lo que quedó por decir. Lo que resta del Salmo es bien breve, en verdad, de oír, y así se comprende a primera vista; pero acaso haya pasado esto desapercibido a la mayor parte de vosotros, de tal modo que nadie crea que haya quedado por decir una parte de él. Además, reconociendo que estos cortos versículos tienen gran nervio y aplicación para las prácticas de la vida, hemos estimado el que no es conveniente el omitir la utilidad que pudiéramos sacar de su examen.

El Profeta, esbozando en su discurso al hombre perfecto, esto es, al que debe entrar en una vida libre de agitaciones,

(1) La usura era una de las plagas más terribles de las antiguas sociedades, y el cristianismo puso su empeño en hacerla desaparecer. Entre los griegos y los romanos se prestaba mensualmente y nunca al año, por lo que el deudor tenía que pagar intereses antes de negociar con el dinero prestado, y para salir de este nuevo apuro exigía el prestador un interés más elevado, que llegaba á ser exorbitante. A la deuda respondían no solo los bienes del prestatario, sino que también su libertad y la de su mujer y sus hijos, pudiendo el prestador hasta poner en venta a estos últimos si el deudor se declaraba insolvente. A la aparición del cristianismo la usura había hecho ya grandes progresos y era un mal incurable, a pesar de las sentencias del Antiguo Testamento y de las condenaciones del Evangelio, y por eso los Santos Padres, apoyados en la divina palabra y en los sentimientos de humanidad cristiana, lanzaron el anatema de impíos contra los infractores y entablaron una lucha tenaz e implacable contra la usura. La vispera del día en

SAN BASILIO EL GRANDE

ha enumerado entre las acciones virtuosas «el no haber prestado nunca su dinero a usura». Este pecado ha sido condenado en muchos pasajes de la Sagrada Escritura, pues Ezequiel coloca entre los más grandes vicios «el haber recibido interés o «usura» y la ley divina lo prohíbe terminantemente diciendo: «No prestarás a interés a tu hermano ni a tu prójimo»; y dice de nuevo: «Engaño sobre engaño e interés sobre interés». ¿Y qué dice también el Salmista hablando de una ciudad que es fecunda en toda clase de vicios? «La usura y el engaño no faltan en sus plazas». Y entre tanto el Profeta ha adoptado, como signo característico de la perfección en el hombre, esto mismo, diciendo: «Que no haya dado a usura su dinero».

Es en realidad un colmo de inhumanidad que el que carece de lo necesario busque un préstamo para el consuelo de su vida, y que el rico, además de no contentarse con su capital, sueñe en proporcionarse por sí mismo ingresos y ganancias a expensas de los apuros del pobre. El Señor, pues, nos ha mostrado el camino diciéndonos: «No vuelvas la espalda al que «te pida prestado»; pero el avaro, al ver a un hombre agobiado por el peso de la necesidad suplicándole de rodillas, ya haciendo ademanes humillantes o diciendo cosas depresivas, no se apiada de aquel que se encuentra en una situación bochornosa ni se detiene a meditar un poco en su humana naturaleza ni cede a sus súplicas; antes por el contrario se muestra inflexible e intratable, no accede a los ruegos ni se ablanda con lágrimas persistiendo en su negativa, negando con juramentos y lanzando imprecaciones contra sí mismo de que ¡por la gloria de su alma! está absolutamente falto de dinero y que está él en per-

que San Basilio pronunció esta hermosa homilía, de un realismo verdaderamente encantador, había explicado a los fieles las palabras del Salmo XIV, pero, constreñido por el tiempo, no pudo hacer la exégesis de los dos últimos versículos. En este Salmo David hace el retrato del justo y termina así: «El que no dió a usura su dinero ni tomó regalos «contra el inocente. El que hace estas cosas no será jamás conmovido».

Esta homilía del gran San Basilio y la de San Gregorio de Nisa que insertamos a continuación tienen diferentes puntos de vista, pues la una va contra los prestatarios y la otra contra los usureros; el primero pinta a qué peligros se entrega el que recibe préstamo, y el segundo los tormentos del usurero en esta vida y los castigos que le esperan en la otra.—Para el esclarecimiento de esta materia se recomienda la lectura del tratado de Plutarco «De vitando aere alieno».

sona buscando por todas partes a ver si encuentra a alguno de los que se dedican a prestar cantidades, haciendo que su mentira sea creída a fuerza de juramentos y sacando el perjurio como fruto maldito de su inhumanidad. Pero luego que el que busca el préstamo le habla de intereses y le nombra las hipotecas, entonces desarruga el entrecejo, sonríe, le recuerda acaso antigua amistad de familia y le llama compañero y amigo. «Ya «veremos—le dice—si me queda algún dinerillo en el fondo «del arca. Hay una cantidad que un amigo mío me ha confiado «en depósito para colocarla a rédito, pero en verdad ha fijado «un tanto por ciento un poco crecido; yo, sin embargo, reba- «jaré algo y lo daremos a interés más módico». Tejiendo tales embustes, contentándole y haciendo tragar el anzuelo a aquel desgraciado con tales patrañas, lo liga con escrituras y además con la pobreza que llena de privaciones, y cuando le ha robado también la libertad humana, entonces ya se va. De tal modo este desdichado que se ha sometido por sí mismo al pago de unos intereses cuya deuda no puede soportar, ha aceptado una esclavitud voluntaria por todos los días de su vida.

Respóndeme: ¿es que quieres sacar renta y recursos del que no los tiene? Si tenía en su mano el hacerte más rico ¿a qué buscaba tu puerta? Buscando una alianza ha encontrado un enemigo; buscando un remedio ha encontrado el veneno; cuando se hacía preciso consolarle en su pobreza, tú, por el contrario, aumentas sus apuros proponiéndote sacar jugo de una tierra estéril; es como si un médico, al ir a visitar a un enfermo, en lugar de darle la salud le quitase las escasas fuerzas que le quedarán; así tú de los infortunios de los desgraciados haces una fuente de explotación. Y así como los labradores desean la lluvia para la multiplicación de la semilla, así también tú buscas las necesidades y los aprietos de los infelices para que tu capital se haga productivo. ¿Ignoras que acumulas más pecados sobre ti que lo que imaginas que será el aumento de tus riquezas con los réditos?

En cuanto al que toma el dinero al hallarse en un grave apuro, cuando él mismo medita en su pobreza desespera de poderlo devolver, pero cuando considera la necesidad presente afronta el préstamo: de este modo el uno se entrega vencido como agobiado por la necesidad, mientras el otro se va bien asegurado por medio de escrituras y garantías.

Pero luego que se ha tomado ya el dinero, el prestatario se muestra desde entonces ante todo el mundo alegre y feliz como embriagado por el aroma de cierta flor extraña, y da muestras evidentes de su bienestar con su cambio de vida; su mesa es delicada, sus vestidos suntuosos, sus criados, transformados por la abundancia de dinero, aparecen más lujosos; así como los amigos aduladores, los convidados y otros mil parásitos domésticos. Pero luego que se va viendo el fin a la plata y el tiempo vuela y con él los réditos, las noches le niegan su reposo, el día le parece ya sombrío, el sol no brilla como antes, y él sufre mal humorado los días que corren a escape hasta el vencimiento del plazo, y reniega de los meses como si fuesen los padres y engendadores del tanto por ciento. Si duerme, ve en sueños al prestamista ¡visión fatídica! ante sus ojos; si vela, los réditos son su constante preocupación y cuidado. «El pobre y su acreedor — dice la Sagrada Escritura — se encontraron: de « entrambos es iluminador el Señor»; pues hacen todo lo contrario: el uno corre como un perro sobre su presa, y el otro, como víctima propicia, evita el encuentro, pues el ser pobre le quita la libertad de hablar. ¡Ved aquí como los guijarros (1) están entre sus dedos: el uno alegrándose de ver la prosperidad de sus intereses, y el otro llorando la causa del aumento de sus infortunios!

«Bebe el agua de tu algibe y los raudales de tu pozo», esto es, pesa tus propios recursos y no busques rendimientos extraños ni recurras sino a fuentes propias para las necesidades de la vida. ¿No tienes herramientas, armario para ropa, una bestia de carga y muebles de todas clases? Pues véndelo todo y resuélvete a perder estas prendas antes que la libertad.

—«Pero — me contestaréis — me da vergüenza de vender es- « tos objetos en pública almoneda». — ¿Y qué me dirás cuando dentro de poco tiempo una persona extraña te despoje de ellos y los venda en subasta, y delante de tus mismos ojos haga mercado con ellos enajenándolos a bajo precio?

No llares a puertas extrañas, pues «el pozo ajeno es estre- « cho»; mejor es consolar las necesidades con planes madurados poco a poco que no, enloquecidos con rentas que no son nuestras, verse despojados más tarde de todos los bienes que nos pertenecían totalmente.

(1) Alusión al *ábaco* o tablero de contar.

Si tienes fondos de qué pagar ¿por qué no te libras de tus angustias presentes, aliviándote con tus propios recursos? Y si estás imposibilitado para el pago, en vano tratas de curar un mal con otro mal. No te dejes coger por el usurero que te tiene asechanzas, ni soportes el que te busque y siga la pista cual si fuese un cazador. El prestar es origen de mentiras, principio de ingratitudes, de maldades, de perjurios; unas son las palabras del que presta y otras las de aquel a quien se reclama. « ¡Ojalá que no te hubiera hallado entonces!; ya habría encontrado los recursos para el alivio de mi necesidad. ¿Y no me « habéis puesto el dinero en la mano sin querer yo? Tu oro era « mitad cobre, y tus monedas falsificadas».

Si el que te presta es amigo no burles su amistad, y si es tu enemigo no te pongas bajo la mano de quien te quiere mal. Cuando te hayas pavoneado un poco tiempo con los bienes de otro, te encontrarás más tarde sin la hacienda paterna. Ahora eres pobre, pero libre; mas si recibes prestado no llegarás a rico y sí perderás la libertad. El que toma a préstamo es esclavo del prestador y siervo asalariado que paga un tributo forzoso. Los perros se amansan cuando se les arroja cebo, pero el usurero se excita más y más, conforme va tomando, y no cesa de ladrar, pues él busca solo su medro personal. Si juras no te cree, escudriña tus íntimos pensamientos y se mezcla en tus asuntos; si sales de tu casa, te atrae y arrastra hacia sí; si te ocultas en tu hogar, va hasta allí y llama a tu puerta, te injuria delante de tu mujer, te insulta ante los amigos, el te trae en lenguas en las plazas públicas, te amarga los días de fiesta y te da una vida imposible de soportar.—«Pero—nos dirá el « deudor—la necesidad es muy grande y no hay otro medio para « procurarse fondos». Y yo le pregunto: ¿cuál es la utilidad que le ha resultado de haber demorado el día de hoy? pues «la « pobreza le seguirá de nuevo como un buen corredor» y la misma necesidad se le presentará mañana con creces: el préstamo no da un remedio absoluto, sino un compás de espera para el apuro. Suframos, pues, hoy los malos ratos que resultan de la pobreza y no los dilatemos para el día de mañana; no tomando a rédito hoy, lo mismo serás pobre ahora que luego; pero recibiendo a usura te consumirás de un modo lamentable, haciendo ésta más cruel la pobreza. Hoy, en verdad, nadie te echa en cara el ser pobre, pues es un mal involuntario, pero si te atas a los réditos, no habrá quien no te acuse de imprudente.

No excitemos también, además de los males involuntarios, un mal buscado por nosotros mismos, hijo de nuestra falta de razón. Es solo obra de un entendimiento insano el no gobernarse uno propio con los ingresos presentes, sino, confiando en inseguras esperanzas, el afrontar un peligro evidente é incontestable. Ya estás echando cálculos de con qué has de pagar: ¿has pensado acaso lo que te ingresa? A más, esto no basta a tus deseos ni a tus obligaciones pendientes: ¿has calculado también los intereses, de dónde se han de aumentar los fondos para que puedan sostener ya tus necesidades, ya completar el capital, y además sufragar también los réditos?—«Tú reunirás—me «objetas—la cantidad prestada no de lo que recibas».—¿Y de dónde va a ser? Esperemos prudentemente la realización de todas estas esperanzas, y no vayamos, como el pez, tras el cebo; pues así como éstos tragan el anzuelo con la carnaza, así nosotros, deslumbrados por el oro, nos quedamos cogidos por los réditos. El ser pobre no causa vergüenza: ¿porqué, pues, nos hemos de echar encima las afrentas que traen consigo las deudas? Nadie cura una herida ni un mal con otro mal, ni se remedia la riqueza con el interés mensual.

¿Eres rico? pues no tomes a préstamo: ¿eres pobre? pues tampoco tomes a préstamo; pues si estás bien acomodado no tienes necesidad de empréstitos, y si nada posees no podrás pagar lo que te hayan prestado. No cierres las puertas de tu vida a un arrepentimiento tardío, por si no encuentras felices los días de los intereses. Los que somos pobres llevamos esa única ventaja sobre los ricos: el estar libres de cuidados; reimos de verlos velar mientras nosotros dormimos tranquilamente, y nos mofamos de los hombres que están siempre ensimismados, en tanto que nos hallamos alegres y exentos de preocupaciones.

El que debe, sobre ser pobre, está lleno de cuidados, sin sueño por la noche, sin sueño durante el día, inquieto en todo tiempo, ya echando números sobre sus bienes, ya sobre las suntuosas moradas y los campos de los ricos, ya sobre los espléndidos trajes de los que encuentra, o sobre los muebles de los que le invitan a su mesa —«Si estas cosas fueran mías—se «dice—yo las vendería en tanto más cuanto y me redimiría de «los réditos»: esta es la eterna pesadilla de su corazón en las horas de la noche y la de su pensamiento en las del día. Si alguno llama a la puerta, el deudor se mete en la cama; si alguien entra corriendo bruscamente, el corazón quiere salirse del

pecho; que el perro ladra: entonces cae bañado en sudor, abrumado de angustias, y atisba por dónde pueda huir. Por último, cuando el plazo se aproxima, reflexiona qué mentira inventará y con qué nuevo pretexto forjado eludirá al usurero.

Considérate en tu interior no solo cuando recibes el dinero, sino cuando se te reclama. ¿Por qué te encadenas por tu propia mano a un monstruo tan fecundo? Se dice de las liebres que paren, crían y conciben al mismo tiempo; asimismo para los usureros las cantidades son prestadas, engendradas y acrecentadas a la vez, pues aún no has recibido el dinero en tus manos cuando ya te han reclamado los réditos del mes corriente, y este dinero prestado de nuevo ha entretenido otro mal, y éste otro nuevo, y sigue el mal hasta lo infinito.

Por esto es por lo que esta forma de la avaricia ha sido llamada con este nombre, y es apellidada en griego *tókos* [lat. *partus*]-según creo—a causa de la fecundidad del mal. ¿De qué otra raíz puede derivarse este nombre? O puede llamarse también *tókos* por los dolores de parto y las aflicciones que se experimentan en el alma del que toma a préstamo; pues así como los dolores del alumbramiento se presentan en la parturienta, así el término del pago se presenta en el que está atado a una deuda. ¡Interés sobre interés, fruto perverso de padres perversos! ¡Que estos pastos de réditos sean llamados pastos de vívoras! Se cuenta que las vívoras nacen devorando el vientre de la madre: ¡así nacen los intereses, devorando las casas de los que deben! Las semillas crecen con el tiempo y los animales llegan a su desarrollo también con el tiempo, pero el interés se engendra hoy y comienza también hoy a multiplicarse. Los animales que paren pronto cesan también pronto de engendrar, pero los capitales que toman pronto el principio de la multiplicación reciben un aumento indefinido. Cada una de las cosas que crecen, después que llegan a su grandor propio, se detienen en su crecimiento, pero el dinero de los hombres avariciosos crece cada vez más con el tiempo. Los animales, después que han transmitido a sus hijuelos la facultad de multiplicarse, cesan en la reproducción, pero el oro de los usureros y todo lo que de él procede se muestra fecundo y las monedas viejas se rejuvenecen. ¡Tú nunca puedes llegar al conocimiento último de esta bestia monstruosa!

Ves el sol sin nubes: ¿por qué tienes envidia de la independencia de tu vida? Ningún atleta de pugilato esquiva tanto los

golpes de su adversario como el deudor esquivo el encuentro del prestador, escondiendo el rostro detrás de las columnas y de los muros.—«¿Cómo me he de buscar el sustento?»—me dices.—Tienes manos, tienes una industria: hazte trabajador asalariado, hazte siervo, pues hay muchos medios y mil recursos para ganarse la vida.—«¿Que estás imposibilitado para «esto?»—Pues pide a los que tienen.—«¿Que el pedir es cosa vergonzosa?»—Más vergonzoso es, ciertamente, habiendo tomado a préstamo, defraudar al prestamista. Y no digo esto como estableciendo una regla de conducta absoluta, sino para demostrar que todo es asequible a ti antes que tomar dinero a usura: ahí tienes a la hormiga que lleva a cabo el alimentarse sin solicitar ni pedir prestado nada, y a la abeja que cede lo que le sobra de su comida a la reina de la colmena, y ni a unas ni a otras dotó la naturaleza de manos ni de negocios industriales. ¿Y tú, hombre, el animal industrioso por naturaleza, no has de encontrar un solo medio entre los mil que hay para el sostén de la vida?

Pero vemos que no son los que carecen de lo necesario los que buscan los préstamos, pues no hay quien tenga confianza en ellos, sino los hombres abandonados a sus gastos excesivos y a sus frívolas suntuosidades, y los que son esclavos de los caprichos de sus mujeres.—«Cómprame—le dice ésta—un traje lujoso y alhajas: adquiere para nuestros hijos adornos convenientes a sus vestidos; pon a nuestros criados ropas bordadas con flores y de vistosos colores: da magnificencia a «nuestra mesa». El que dota a su mujer de todas estas cosas va a casa del banquero y, antes de haberse servido de las sumas recibidas, adquiere un nuevo acreedor, y luego otro, encadenándose así sucesivamente a todos los que se dedican a prestar, y evita con la renovación del mal la prueba de su difícil situación. Y así como los hidrópicos son tenidos en opinión de los demás como personas robustas, así también esta clase de deudores se encuentran en una fantástica abundancia, siempre recibiendo, siempre dando, solventando con los segundos préstamos los otros anteriores, y rodeándose, con la continuidad del mal, de crédito para que se les fié. Y así como en el cólera los atacados vomitan continuamente los alimentos ingeridos y si comen nuevas substancias, antes de haber quedado limpios, las devuelven de nuevo con agudos dolores y sufrimientos, así también los que toman nuevos préstamos para

atender a réditos antiguos y, antes de haber liquidado las primeras sumas, se comprometen a un segundo pagaré, se dan tono muy poco tiempo con los dineros de otro, pero más tarde lloran también la pérdida de sus propios bienes. ¡Ay, a cuántos ha perdido el oro de los demás! ¡Cuántos enriquecidos en sueños han despertado a la realidad en la miseria!

—«Pero muchos—me replicaréis—se han hecho opulentos « con dineros prestados.»—También consta que muchos se han colgado de un cordel al cuello. Tú ves solamente los que se han enriquecido, pero no cuentas con los que se han ahorcado; los que no afrontando la vergüenza de las reclamaciones han preferido la muerte por estrangulación mejor que vivir en la ignominia. ¡Yo mismo he visto un espectáculo digno de piedad: unos niños libres a quienes se arrastraba al mercado de esclavos para hacer efectivas las deudas de sus padres! ¿No tienes capital que dejar a tus hijos? Pues no les quites su honrada condición de personas libres; consérvales siquiera esta única cosa, la posesión de la libertad, que es el legado que recibiste de tus padres. Nadie se ha visto acusado por la pobreza de su padre, pero una deuda paterna puede arrojar al hijo a una prisión. ¡No dejes, pues, detrás de ti un contrato escrito como una maldición paterna que caiga sobre tus hijos y sobre tus nietos!

Ya oís ¡oh ricos! qué cosas aconsejamos a los que se hacen pobres por vuestra inhumanidad: que sean sufridos con los infortunios antes que aceptar el cúmulo de desgracias que traen consigo los réditos. ¿Si obedeciésteis al Señor habría necesidad de estos discursos? ¿Y cuál es el consejo del Divino Maestro? « Prestad a aquellos de quienes no esperéis recibir». ¡Y qué préstamo es este—me diréis—sin esperanza de restitución? Considera el espíritu del sagrado texto y admirarás el amor del legislador hacia los hombres. Cuando dais al pobre en el nombre del Señor, lo que dais es dádiva y préstamo: dádiva, porque falta la esperanza de reintegro; y préstamo, por la munificencia del Divino Maestro que paga por aquél, y, recibiendo el óbolo por mediación del pobre, dará grandes réditos espirituales por éste. «El que tiene piedad del pobre presta a Dios»; ¿no quieres tener como fiador del pago para contigo mismo al que es Señor de todas las cosas? Si algún rico de los de la ciudad reconociese contra sí el débito en favor de otros, ¿te conformarías con la caución de éste? Y sin embargo, no aceptas a

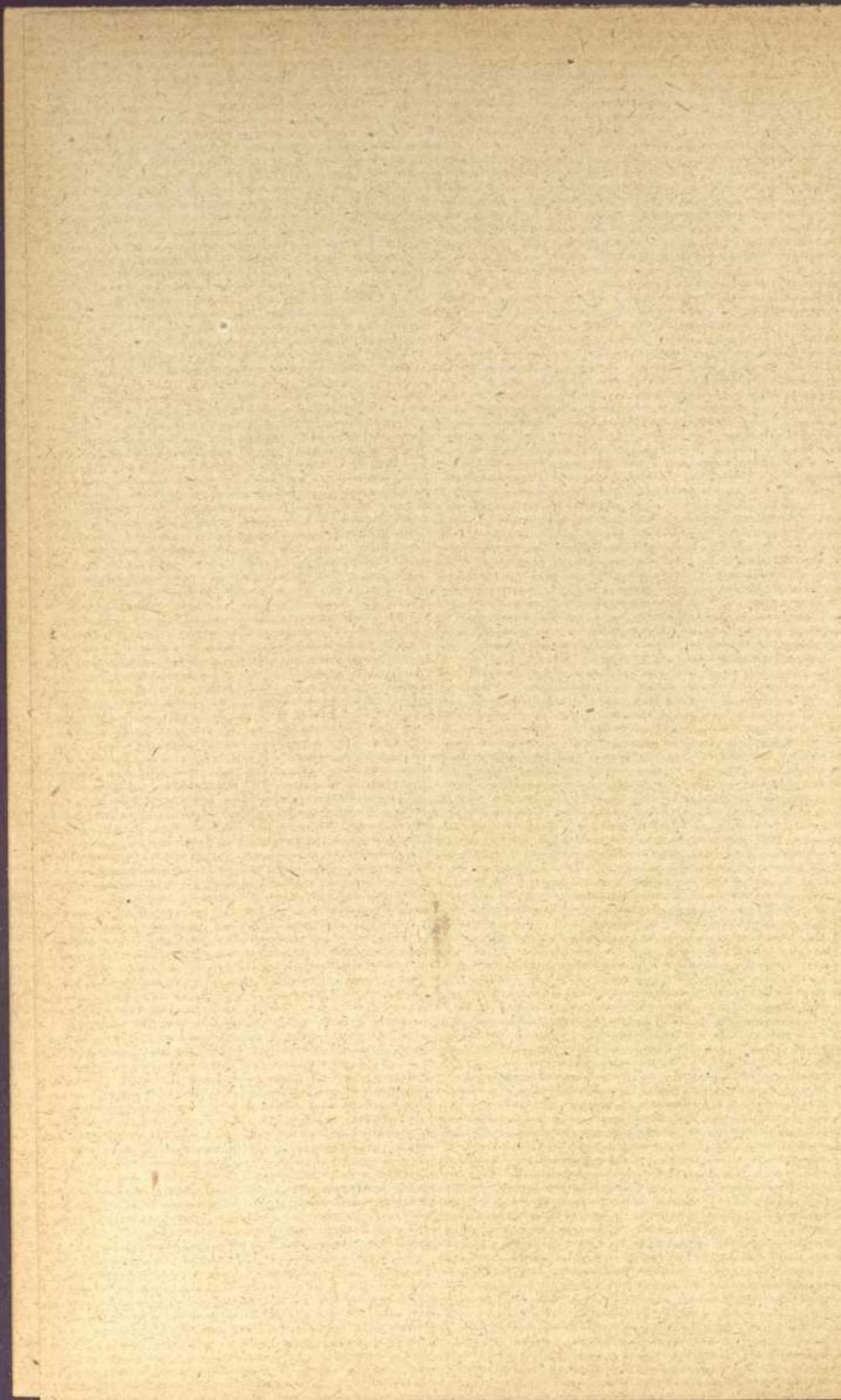
Dios que paga por los pobres. Da el dinero que te sobre, no estableciendo gravamen sobre él por medio de réditos, y esto será un manantial de bienes para unos y para otros, pues a ti te quedará la seguridad de poderlo conservar, y al que lo recibió el lucro que alcance de su empleo; y si buscas un aumento de capital, conténtate buenamente con lo que te dió el Señor, y Este te remunerará el rédito en favor de los pobres. Atiende a hacer las obras misericordiosas por Aquél que es fuente de misericordia, pues el dinero que hoy cobras no renta sino un exceso de inhumanidades, porque te aprovechas de la desgracia, sacas oro de las lágrimas, ahogas al que está desnudo y acosas al hambriento: la piedad se ha extinguido y no hay un solo recuerdo de fraternidad de ti para con el que sufre, y llamas actos humanitarios a las ganancias que de él obtienes. « ¡Ay de aquellos que llaman a lo amargo dulce y a lo dulce « amargo » y a los que llaman humanidad a la inhumanidad misma! ¡No eran así los enigmas que Sansón proponía a sus convidados: « La comida sale del que come, y del fuerte la dulzura »: aquí la humanidad brota del inhumano! « No cogen uvas de los « espinos ni higos de los abrojos » ni la humanidad de los réditos, pues todo árbol podrido da malos frutos.

Algunos son usureros *al uno por ciento mensual* y otros *al diez*, denominaciones que hacen temblar de miedo a los que las oyen; éstos son constreñidores mensuales, como los espíritus malignos que producen las epilepsias cayendo sobre los pobres según los períodos de la luna. Son dones funestos para uno y otro, para el que da y para el que recibe, llevando el daño a éste en el dinero y a aquél en la propia alma. El labrador, cuando recoge las espigas, no busca de nuevo el grano en la raíz, pero tú ya tienes el fruto y no desistes de tu primitivo capital. Siembras sin tierra y recoges sin haber arrojado semilla: y, sobre todo, ignoras para quien amontonas. El que llora por tus crecidos réditos es perfectamente conocido, y sin embargo es dudoso quien deba gozar de los beneficios de estos intereses. Pues si este beneficio es incierto, estás dejando íntegro a otro el gozar de estas riquezas acumuladas, y en cambio echas sobre ti los males espirituales que resultan de esta obra no meritoria.

« No vuelvas la espalda al que te pida prestado » ni des a usura tu dinero, para que, instruido en los preceptos que te atañen de cerca en el Antiguo y Nuevo Testamento, te halles

SAN BASILIO EL GRANDE

con grandes esperanzas, cerca del Señor, de poder recibir en la otra vida los intereses de tus buenas obras en Jesucristo Nuestro Señor, del cual es la gloria y el poder por los siglos de los siglos.—AMÉN.



SAN GREGORIO DE NISA

HOMILIA CONTRA LOS USUREROS. (1)



A existencia de los hombres amantes de la virtud que se ejercitan en vivir según la divina palabra ha sido regulada por buenas leyes y mandamientos en que se ve que la intención del legislador va directamente a estos dos fines: primero, a apartarnos de las cosas prohibidas; y segundo, a excitarnos a la práctica del bien. No hay, pues, posibilidad de alcanzar una vida arreglada y cuerda, a menos que se huya del vicio cuanto podamos y busquemos la virtud como un hijo busca a su madre. Congregados aquí hoy para escuchar la palabra de Dios, hemos oído al Profeta inmolando a los hijos perversos de la usura, a los intereses, y haciendo desaparecer de la vida el préstamo en efectivo sobre el trabajo corporal; acojamos dócilmente el precepto y no seamos como aquella piedra que, habiendo caído en ella la semilla, quedó seca y estéril, ni se nos diga lo que en otro tiempo a la inobediente Israel: «Oís, oyentes, y no lo entendéis, y veis la «visión y no la conocéis».

Empero yo os ruego vivamente, ¡oh vosotros los que me escucháis! que no me tachéis de audaz o de necio porque otro

(1) San Gregorio, hermano de San Basilio el Grande y obispo de Nisa, en la Capadocia, completó con esta homilía la obra de aquél contra la usura, si bien el otro, como se ha visto anteriormente, atacó a los que solicitan el préstamo y éste a los usureros. El presente discurso se pronunció probablemente después de muerto San Basilio, allá por el año 379, y le sirven de punto de partida los versículos 12 y 13 del cap. XXII de Ezequiel en que el Señor amenaza destruir a Jerusalem por sus iniquidades, texto que acababa de leerse a la congregación de los fieles y de donde arrancó hábilmente el orador. Encuéntrase mucha semejanza entre esta pieza literaria y el tratado de Plutarco «De vitando aere alieno».

SAN GREGORIO DE NISA

varón muy preeminente y renombrado por su sabiduría y en verdad muy versado en el ejercicio de todos los géneros oratorios haya ejercitado antes sus talentos en el mismo asunto, dejando, como riquísimo tesoro para la vida humana, su homilía *contra los que toman dinero a usura*. Yo también bajo a la palestra unciendo a mi carro asnos y bueyes junto a los que ostentan briosos caballos coronados; con frecuencia se ven cosas insignificantes al lado de otras más grandes; ya la luna se encuentra radiante junto al esplendente sol; ya un barco de diez mil ánforas de tonelaje navega, impelido por el impetu de los vientos, seguido de una frágil barquilla, dando ambos en un mismo abismo; y así también los hombres contendrán según las reglas marcadas para los atletas, y los niños se frotan las manos en el polvo, imitando a los otros luchadores. Sea de igual manera mi pretensión, pidiéndooos indulgencia.

A ti, quien quiera que seas a quien dirijo mi oración, aborrece el vil tráfico, ama a los hombres y no al dinero, y aparta de ti tan funesto pasado. Di a tus préstamos, tan queridos ayer, las palabras de San Juan Bautista: «Raza de vívoras, lejos, lejos de mí; sois látigo de los que dan el préstamo y de los que le reciben; alegráis por poco tiempo, y después tórnase en amargo veneno del alma vuestro recuerdo; interceptáis el camino de la vida; cerráis las puertas del reino de Dios; alegráis un momento la vista, y, tras zumbarnos deleitosamente a oído, os convertís en causantes de una eterna tristeza». Esto sentado, renuncia a la usura y a los intereses, e inflámate en el amor a los pobres. No te dejes seducir de aquel que solicite de ti un préstamo: éste te suplica y se sienta a tu puerta agijoneado por su pobreza; al verse sin recursos se refugia en tus riquezas para que le sirvas de remedio contra sus necesidades; y tú resultas lo contrario, que de un aliado pasas a ser su enemigo, pues no haces, de acuerdo con este, por aliviarle de la necesidad que sobre él pesa y que pueda devolverte la cantidad prestada, sino que siembras males en el que está agotado, despojas al desnudo, hieres al herido y amontonas cuidados tras cuidados y sufrimientos tras sufrimientos, pues el que recibe una cantidad con interés toma las arras de la pobreza con apariencias de beneficio, metiendo la ruina en su propia casa. Del mismo modo que el que da vino, movido a compasión, a un hombre febril que se abrasa de ardor poseído de una terrible sed y que pide de beber, consuela por breves momentos aque-

lla enfermedad mientras apura la copa, y, pasado poco tiempo, vuelve la fiebre mucho más violenta al enfermo, así el que proporciona oro al indigente que se consume en la pobreza no evita la necesidad, sino que aumenta su desgracia.

No vivas, pues, una inhumana vida bajo apariencias de amor al prójimo ni te conviertas en médico homicida teniendo ciertamente el pretexto de salvar por medio de tus riquezas, como hace aquél con ayuda de su arte, entretanto que te complaces con toda tu voluntad en la ruína del que se te ha confiado. La vida del usurero es odiosa y ávida; no conoce el trabajo de la agricultura ni las inquietudes del comercio; siéntase siempre en el mismo sitio engordando la bestia de la usura en su mismo cubil; quiere que todo se le florezca sin siembra ni laboreo; su arado es la pluma; el papel su terreno labrantío; la tinta su semilla; su lluvia el tiempo, que hace multiplicársele irremisiblemente el fruto de sus riquezas; las reclamaciones su hoz; y su aire la casa en que se funden los bienes de cuantos constriñe. El usurero mira los bienes ajenos como si le fuesen propios; trata con afabilidad a los míseros y necesitados para que a él acudan; odia a los que a sí mismos se bastan, y tiene por enemigo a quien nunca prestó; asiste a los juicios por si encuentra alguno que esté acosado de acreedores, y sigue a los prestatarios como los buitres a los ejércitos y a las guerras; por todas partes saca a relucir su bolsa y enseña a los necesitados el cebo que sirve para cazar la fiera, con el objeto de que, al abrir la boca obligados por la necesidad, traguen también el anzuelo del interés. Cada día recuenta su ganancia y es insaciable en sus ambiciones; indignase contra el oro que guarda en casa porque está ocioso e improductivo; imita a los labradores que están siempre pidiendo granos a sus graneros; no da descanso al mísero metal, antes por el contrario le hace andar de mano en mano. Así, pues, se ve con frecuencia una persona adinerada y que dispone de mucho efectivo que no tenga generalmente una moneda en casa; y sin embargo, sus esperanzas están en los pagarés, su patrimonio en los contratos, nada tiene y lo tiene todo, usa de su vida en el sentido contrario de lo que escribió el Apóstol, y da a cuantos le piden no con humanos sentimientos, si no con movimiento de codicia. El usurero prefiere una pobreza momentánea para que, cual si fuese un esclavo infatigable, vuelva a su poder su afanoso oro al par que el salario. ¿Ves ahora como la esperanza en el porvenir le hace

tener exhausta su casa, y cómo se hace del opulento un mendigo ocasional? ¿Y cuál es la causa de todo? El manuscrito pagará, la aquiescencia de un hombre obligado por la necesidad.—«Yo te «daré en préstamo —le dice— bajo condición reproductiva: te facilitaré dinero con tal de que éste se me multiplique». — ¡Eso es; perfectamente!, y yo pregunto: Al que se le presta, estando agotado, se le cree porque se tiene un contrato; ¿y a Dios, que es rico y espléndido en el prometer, no se le escucha? —«Da y te «daré» —nos dice por escrito en los Evangelios, en ese contrato público de nuestro habitado planeta, suscripto por cuatro Evangelistas y no por un solo notario, y del que son testigos todos los cristianos, desde los tiempos de la Redención, y del que tienes como hipoteca el Paraíso, prenda digna de la mayor fe; y si exiges más, todo el mundo le pertenece a tan bondadoso acreedor. Considera prudentemente la opulencia de ese Dios que te pide buenas obras, y encontrarás sus riquezas: donde está escondido el oro, todo es de su dominio; las minas de plata, cobre y otros ricos metales forman parte de su extensa fortuna; mira la inmensidad de los cielos, contempla la extensión de los mares, estudia la redondez de la tierra, cuenta los animales que en ella se sostienen: todos son esclavos y bienes de Aquel que tú desprecias por pobre. Sé, pues, prudente ¡oh mortal!, y no ultrajes a Dios ni le creas menos digno de confianza que aquellos banqueros en quienes, después que te dieron una garantía, confías sin vacilación alguna; da a un fiador que nunca muere; ten fe en un contrato invisible e indestructible; no pidas rédito, antes por el contrario, haz el beneficio sin lucro, y verás como Dios te da la gracia con grandes beneficios.

Mas por si este extraño lenguaje causa sorpresa a vuestros oídos, tengo a la mano el testimonio de que Dios da el premio y centuplica a los que le dan el dinero piadosamente y se ejercitan en el bien: cuando Pedro preguntaba y decía: «He aquí que «nosotros todo lo hemos dejado y te hemos seguido: ¿qué es, «pues, lo que tendremos? —En verdad os digo —respondió Jesús— que el que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierra por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna». ¿Ves qué munificencia? ¿Comprendes tanta bondad? El usurero más desaprensivo suda y se afana por doblar el capital, y Dios liberalmente da centuplicado al que no usa de opresiones con su hermano; obedece, pues, el consejo de Dios y recibirás en premio

infalibles intereses. ¿Por qué te consumes lleno de inquietudes en el pecado? Ya contando los días, ya calculando los meses, ya pensando en el capital, ya desvariando en los intereses, ya temiendo el día del plazo por miedo de que se presente infructuoso como una mies asolada por el granizo, el usurero espía las acciones de su deudor, sus viajes, sus movimientos, sus mudanzas, sus pasos; si se cunde algún rumor siniestro de que el tal ha caído en manos de ladrones o que por alguna causa la abundancia se trocó en pobreza, se sienta postrado, y, juntas las manos, solloza a cada paso y se anega en eterno llanto; desdobra el contrato, llora su dinero sobre los renglones manuscritos, sacando el documento cual si fuera el vestido de un hijo que acabase de morir y ante su vista se hiciese su dolor más penetrante. Y si el préstamo es a riesgo marítimo se sienta aquél en la playa, entra en mil inquietudes ante las variaciones del tiempo, pregunta repetidamente a los que arriban si han oído hablar de naufragios o si durante el derrotero han sufrido averías, y vive contristado de alma con los constantes cuidados de cada día. A este tal érase necesario decir: «Abandona, «desdichado, tan peligrosa inquietud; rechaza esa esperanza «que te consume en un continuo temor de perder tu propio «capital cuando buscabas ganancias. Tú aspiras a sacar de los «pobres rédito y aumento en tus riquezas, obrando lo mismo «que el que quiere obtener un montón de trigo de un suelo «agostado por una sequedad abrasadora, o gran cantidad de «racimos de un viñedo tras una deshecha nube de granizos o «espera el nacimiento de un niño de un vientre estéril, o busca una nodriza entre mujeres que no hubiesen dado a luz». Nadie intente cosas imposibles o contrarias a la naturaleza, pues además de no conseguir nada, solo son risibles esfuerzos. Solo Dios es Todopoderoso, el que encuentra medios hábiles de llevar a cabo lo imposible, y el que hace lo superior a la esperanza y a lo factible: ya ordena que brote una fuente de una peña, ya hace llover del cielo un nuevo pan milagroso, ya endulza el amargo Mara al simple contacto de un madero, ya hace fecundo el vientre de la estéril Isabel, ya concede a Ana Samuel y a María el primer vástago concebido en virginidad. Todas estas cosas son obras únicas de la mano de Aquél que todo lo puede!

Jamás intentes el que dé frutos el cobre ni el oro, materias infecundas, ni hagas fuerza a la pobreza para que lleve a

SAN GREGORIO DE NISA

cabo obras de potentados, ni mucho menos obligues al que te pide prestado el capital a dar intereses. ¿No sabes que la necesidad de un préstamo es el acto de pedir una limosna de un modo disfrazado? Y por esto en el libro de la Ley hay aquella sentencia que lleva a los caminos de la piedad y condena constantemente la usura: «Si dieres prestado a tu hermano, no le «apremies». Y la gracia, ese dón abundantísimo del manantial del bien, establece como ley el perdón de las deudas y muestra su bondad diciendo: «Y no prestéis a los que os esperan re-«compensar»; y en otro pasaje castiga amargamente al siervo duro que no se compadeció de su compañero de esclavitud ni se humilló ante él perdonándole una exigua deuda de cien denarios, a pesar de haber obtenido la liberación de diez mil talentos. Nuestro Salvador, ejemplo de piedad, enseñando a sus discípulos una regla y un modelo de oración en el que nada falta, ha incluido en las palabras de la plegaria también este concepto único como el más necesario y suficiente ante todo para pedir a Dios: «Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros per-«donamos a nuestros deudores». ¿Y cómo has de orar, oh usurero? ¿Con qué conciencia pedirás a Dios beneficios recibiendo mucho y no disponiéndote a dar nada? ¿Ignoras que tu oración es solo la manera de poner de relieve tu ausencia de caridad? ¿Qué has perdonado para poder solicitar el perdón? ¿De quién has tenido piedad para invocarla de Dios misericordioso? Y si das limosna ¿acaso no das lo que tan inhumanamente recibiste, el producto de las desgracias de otros y un caudal de lágrimas y gemidos? Si el pobre supiese de donde has sacado esa limosna, ciertamente que no la recibiría, pareciéndole que iba a llevar a sus labios carne de sus hermanos y sangre de su prójimo, y sin duda te reconvendría así, poseído de noble franqueza: «No me socorras, hombre inhumano, con lágrimas de mis her-«manos ni des al pobre el pan amasado con los suspiros de sus «compañeros de miseria; devuelve a tus semejantes lo que tan «injustamente les arrebataste, y entonces yo te me mostraré re-«conocido. ¿Qué aprovechas consolando a un pobre y hacien-«do mil? Si no hubiese tantos usureros no habría tantos po-«bres: deja, pues, en libertad a tu enjambre de deudores, que «ya hallaremos medios de vida». Todos acusan a los usureros, y ni la Ley ni los Profetas ni los Evangelistas han dado el remedio contra esta terrible plaga; y así dice el Santo Profeta Amós: «Oíd esto los que oprimís al pobre y los que hacéis des-

« fallecer a los menesterosos sobre la tierra, diciendo: ¿Cuándo « pasará el mes y venderemos los géneros?; pues en verdad los « padres no se alegran tanto con el nacimiento de un hijo como « los usureros se regocijan cuando se cumplen los meses».

Los usureros dan a ese pecado nombres respetables y apellidan a este indigno tráfico *filantropía*, a la manera de aquéllos que llamaban Euménides [Benéficas], en vez de su verdadero nombre, a ciertas divinidades sanguinarias y enemigas de los hombres. ¿Es ciertamente esto filantropía? ¿No es el pago de un interés que agota los hogares y consume las riquezas, que hace vivir a los que nacieron libres peor que los esclavos, que anima poco tiempo al principio y que hace después muy amarga la vida? Y así como los pajarillos a quienes acechan los cazadores se alegran con los granos que aquéllos les arrojan y frecuentan y se aficionan a los sitios en que les ponen un cebo abundante y luego perecen cogidos por las redes, así también los que reciben alguna cantidad de los prestamistas a interés nadan en la abundancia un poco tiempo y después se ven lanzados del propio hogar paterno. Ciertamente que la piedad abandona a estos espíritus malvados y ávidos de dinero, y al ver la misma casa del deudor puesta en venta no solo no se llaman a compasión sino que apresuran más y más la enajenación, pues recibiendo pronto el dinero pueden encadenar con un nuevo préstamo a otro desdichado: del mismo modo obran los codiciosos e insaciables cazadores que, tras llenar de redes un valle y coger en sus mallas todas las fieras que en él hay, llevan de nuevo sus lazos a la vecina comarca, y de allí a otra, y así sucesivamente, hasta que despueblan los montes de alimañas. ¿Y con qué ojos, oh mortal, miras al cielo? ¿Cómo pides el perdón de tus pecados? Y cuando oras ¿dices con notoria insensatez aquellas palabras que nos enseñó el Salvador: « Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos « a nuestros deudores?» ¡Ay, cuántos por la usura se han colgado de un cordel o se han tirado a la corriente de un río o han encontrado la muerte más soportable que sus propios acreedores, dejando huérfanos a sus infelices hijos y en manos de una pésima madrastra, la pobreza! En cambio, estos honrados usureros no perdonan la casa que quedó desierta: atormentan a los herederos, a aquellos herederos a quienes solo quedó la cuerda del suicida, y reclaman su dinero a los que piden el pan de limosna; y si oyen reconvenções, como es natural, por la muer-

te del deudor, o alguno, aprovechando su turbación, les saca a relucir el dogal, no se recatan de su proceder ni sienten remordimientos en el alma; antes bien, con sentimientos inhumanos, exclaman en estas impúdicas palabras: «Eso es un error de nuestra incultura; este tal era un desgraciado que nació con mala estrella y que ha perecido de muerte violenta por la fuerza de la fatalidad!» Así filosofan nuestros usureros, haciéndose discípulos de los matemáticos de Egipto cuando se veían obligados a justificarse de sus actos nefandos y de sus asesinatos!

Hay que responder a estos usureros: «¡Tú sí que eres el nacimiento funesto, la terrible influencia de los astros! Si hubieses dulcificado las inquietudes de aquel desdichado, si le hubieses perdonado algo de la deuda y le hubieras cobrado solo una parte con caritativa moderación no habría tomado odio a esta vida penosa ni se hubiera convertido en su propio verdugo». ¿Con qué ojos mirarás el día de la resurrección al que por tu causa se dió la muerte? Porque ambos iréis al tribunal de Cristo donde no se suman préstamos y sí se juzgan vidas. Y al oír las acusaciones, ¿qué responderás al Juez incorruptible cuando te reconvenga: «Tú tenías la Ley, los Profetas, los mandamientos del Evangelio; tú oías todo esto que te gritaba a una voz: ¡caridad! ¡humanidad!; unos te decían: «No prestarás con usura a tus hermanos»; otros: «Si prestares a tu hermano, no le oprimas con usuras»; y San Mateo en sus *Parábolas*, que exclamaba citando las palabras de aquel Señor: «Siervo malo, toda la deuda te perdóné, porque me lo rogaste: ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y enojado el Señor le hizo entregar a los atormentadores hasta que pagase todo lo que debía! Entonces un inútil arrepentimiento se apoderará de ti; entonces te ahogarán profundos gemidos, y en modo alguno te socorrerá tu oro, ni tu plata te dará ayuda: solo el capital acumulado con tus usuras te será más amargo que la bilis». Estas no son vanas palabras para causarte miedo, sino hechos reales que dan una idea aproximada del juicio antes de la prueba del tribunal, y asunto importante para los hombres cuerdos y celosos del porvenir a fin de que se guarden.

Y para que, entretanto tienen lugar los altos juicios de Dios, pueda ser útil a cuantos hoy me oyen, narraré un suceso acaecido en nuestros días en casa de cierto usurero; y oíd la relación, que acaso a la mayoría le sea asunto muy conocido!—

Cierto hombre que vivía en esta ciudad (no he de nombrarle, pues me guardaré muy bien de sacar a escena por su nombre al que ya dejó de existir) tenía como industria la usura y los beneficios que dan los abominables réditos. Poseído de la sed del oro se hizo avaro de sus propias necesidades personales— ¡que esta es la condición de estos tales hombres!—de tal modo, que ni disfrutaba de una mesa suficiente, ni reponía sus vestidos según las exigencias, ni facilitaba a sus propios hijos el preciso sustento para la vida, ni aún tampoco acudía prontamente a tomar baños por temor al precio y a los tres óbolos: solo andaba preocupado de cómo multiplicaría la suma de sus monedas. No encontraba guardias de su bolsa dignos de merecerle confianza ni en sus hijos, ni en esclavos, ni en banqueros, ni en llaves, ni en sellos, sino que escondía su oro en los agujeros de las paredes, que luego tapaba con barro, teniendo un fesofo ignorado de todos, cambiándole de sitio a otros nuevos escondrijos, de muro en muro, y ejercitándose industriosamente en sustraerse de todos. Habiendo muerto repentinamente, no reveló a ninguno de sus parientes el lugar en que había sepultado su oro. Después que enterraron a este avariento que tan bien supo esconder el capital, sus hijos, que abrigaban la confianza de ser, gracias a sus riquezas, los más acomodados de cuantos vivían en aquella ciudad, buscaron inútilmente por todas partes, se informaban unos de otros, preguntaban a los criados, levantaban la solería de la casa, socavaban los muros, registraban los hogares de los vecinos y conocidos, y después de *remover hasta las piedras*, como dice el adagio, no encontraron ni un óbolo. Los desdichados hijos, sin casa ni hogar y pobres renegaban muchas veces al día de la insensatez de su padre.

Tal fué, oh usureros, este vuestro amigo y camarada que terminó su vida en armonía con su carácter, rico sin provecho que padeció estrechez y hambre y que echó sobre sí, como herencia, la condenación eterna y la miseria de sus descendientes. En verdad que no sabéis para quien amontonáis y padecéis; vicisitudes numerosas, calumnias sin cuento, ladrones y piratas infestan mar y tierra: considerad que os llenáis de pecados y no aseguráis vuestro oro.—«Pero este hombre—diréis algunos— «nos es ya insoportable» (que bien sé lo que murmuráis entre dientes cuando me presento de continuo ante vosotros en esta cátedra); «tiende asechanzas a los que reciben beneficios y a

« los que estáis necesitados. Ya no prestaremos con usura: « pero ¿cómo van a vivir los que andan en la miseria? » ¡Palabras dignas de tal modo de obrar! ¡respuesta adecuada a los que estáis sumidos en las tinieblas del dinero y que no tienen fortaleza de alma para discernir lo que dicen! Entienden al contrario el consejo de los que les amonestan, y, mientras que les predico, propalan en tono de amenaza que no hay que prestar a los que piden, murmuran por lo bajo y advierten con dureza que cerrarán sus puertas a los necesitados. Ante todo yo declaro y aconsejo que hay necesidad de dar, y también recomiendo el prestar, pues el préstamo es una segunda forma de la dádiva; pero encargo que se haga esto sin interés ni usura, sino como nos manda la Palabra divina. Sujeto está a un mismo castigo el que no presta y el que presta con interés, pues tan condenada está la inhumanidad del uno como el tráfico inhumano del otro; pero estos usureros caen voluntariamente en el vicio contrario, anunciando suspender el dar en absoluto. Esta línea de conducta es una sentencia vergonzosa, una loca guerra contra lo que es justo, una querrela y una guerra contra Dios. « O no doy—dicen—o si presto ha de ser con contrato « de préstamo a interés ».

Mi discurso ha versado ya bastante contra los usureros, y he demostrado las pruebas de mi acusación como si estuviésemos ante un tribunal: ¡quiera Dios que se arrepientan los prestamistas de sus acciones! En cambio no he de predicarles a los que solicitan dinero a rédito con facilidad y que asimismo se aprisionan en las redes de la usura, pues creo suficiente para aquéllos las exhortaciones que nuestro divino padre San Basilio expuso con gran elocuencia en aquel escrito del que hizo una disertación abundantísima más bien contra los que reciben en préstamo de un modo imprudente que contra los que prestan con avaricia.

SAN GREGORIO DE NISA

ELOGIO FÚNEBRE DE SAN MELECIO. (1)



N nuevo apóstol, el admitido con los Apóstoles, acaba de engrosarnos la falange de los Apóstoles; los santos han atraído a sí a éste que les es semejante en sus costumbres, los atletas al atleta, los victoriosos al victorioso, los corazones puros al alma sin mancha, los servidores del Verbo al heraldo del Verbo. Nuestro padre es digno de ser envidiado, ya porque habita con los Apóstoles, ya porque voló a Cristo; nosotros somos los dignos de piedad, pues nuestra intempestiva orfandad no nos permite considerarnos dichosos con la buena suerte de nuestro padre. Era mejor para él vivir con Cristo y abandonar el mundo, y es cruel para nosotros el estar privados de su guía. He aquí el momento de deliberar y que nos aconseja el guardar silencio; se organiza una guerra en torno nuestro, guerra de heresiarcas, y no tenemos un jefe; el cuerpo común de la Iglesia sufre

(1) San Melecio de Metilene (Armenia) fué obispo de Sebaste y patriarca de Antioquía [357 y 361]. Tras algunas persecuciones y destierros presidió las primeras sesiones del concilio de Constantinopla, convocado por Teodosio para santificar el triunfo de la fe de Nicea contra la herejía de Arrio [381], pero murió al poco tiempo de vejez y de fatiga. Muchos obispos hicieron su oración fúnebre, pero solo la de San Gregorio de Nisa ha llegado hasta nosotros. Cinco años después de su muerte fueron llevadas sus cenizas a Antioquía, y entonces pronunció San Juan Crisóstomo otro notable panegírico, que también se conserva, y que puede parangonarse con fruto con la presente hermosa pieza literaria en la que el orador, obligado a dar novedad a un asunto ya manoseado, prescinde de intento de cuanto habían expuesto días antes otros dos obispos, y encamina su palabra por la elocuente expresión de las penalidades de los pastores y la desolación futura de la Iglesia de Antioquía. Las Iglesias de Oriente y de Occidente colocan a Melecio en el número de sus santos.

enfermedades y no encontramos médico. Ya veis en qué trance están nuestros intereses. Quisiera, si me fuera posible, dar algún vigor a mi débil palabra para pintar lo inmenso de nuestro infortunio y hacer oír acentos dignos de tal aflicción, como ya estos nobles obispos, que han gemido con tanta elocuencia sobre la desgracia que ha arrebatado a nuestro padre. ¿Puedo hacerlo? ¿Cómo encomendar el uso de la palabra a esta lengua mía que encadenan los pesados eslabones del dolor? ¿Cómo entreabrir mi boca entorpecida por la imposibilidad de hablar? ¿Cómo hacer renovar esta voz que turban los ayes y gemidos arrancados por los recuerdos de la amistad? ¿Cómo mirar con los ojos del alma, si estamos oscurecidos por las tinieblas del infortunio? ¿Quién, apartando de mí esta espesa y sombría nube de dolor, me mostrará aún, brillante en un cielo sereno, el rayo de la paz? ¿Dónde lucirá para nosotros la luz, mientras el astro esté eclipsado? ¡Ay, noche oscura, funesta, que no esperas aurora, cuán diferentes son los discursos de ayer en este mismo lugar y los que tenemos hoy! Antes cantábamos en coro al modo de un cántico nupcial, y hoy lloramos nuestra inmensa desgracia; ayer cantábamos un epitalamio y hoy es un canto funeral; pues ya recordáis como antes hemos celebrado entre nosotros esta unión espiritual, presentando la virgen a su bello esposo (1), dando a ambos, según nuestros medios, la ofrenda de nuestra palabra, y haciendo gozar a los demás circunstantes, al par que nos bañábamos en nuestro propio gozo. Pero en el día de hoy nuestra alegría se ha cambiado en duelo, nuestros vestidos de fiesta en cilicio. ¿Sería conveniente imponer silencio a nuestro dolor y tener encerrada en nuestro pecho una muda desesperación para no turbar a los hijos del místico consorcio, nosotros que no vestimos el traje nupcial y que nuestra palabra está envuelta en un manto de luto? En verdad, desde que el bello esposo se apartó de nuestro lado, una sombría aflicción cayó repentinamente sobre nosotros, y no podemos ya poner adornos, como antes, en nuestros discursos, ni colores sonrientes, pues el demonio nos arrebató todas nuestras galas. Vinimos a vosotros cargados de bienes, y nos apartamos pobres y desnudos: la antorcha estaba enhiesta sobre nuestras

(1) Se hace alusión a la ceremonia que había precedido días antes, con motivo de la instalación de San Gregorio de Nacianzo en la sede episcopal de Constantinopla.

cabezas, brillaba con rico resplandor, y la recogemos apagada, pues su luz se dispó en humo y cenizas. Teníamos el precioso tesoro en un vaso de arcilla; el tesoro desapareció, y el vaso se conserva, vacío de su riqueza, en poder de los que les había sido dado. ¿Y qué diremos a los que nos lo enviaron? ¿Qué responderemos a los que nos lo reclaman? ¡Oh fatal naufragio! ¿Cómo nuestro barco se rompió en medio del puerto de nuestra esperanza? ¿Cómo este poderoso navío, trágado con los tesoros que llevaba, nos ha dejado pobres de todo, cuando antes éramos tan ricos? ¿Dónde está aquella vela resplandeciente que conducía siempre el soplo del Espíritu Santo? ¿Dónde aquel fiel timón de nuestras almas que nos hacía surcar sanos y salvos en medio de las tempestades de la herejía? ¿Dónde el áncora incommovible de aquella sabiduría sobre la que descansábamos con toda seguridad en nuestras tormentas? ¿Dónde el hábil piloto que dirigía el esquife hacia la gloria celestial?

¿Es un suceso ordinario el que nos ocurre y dejo de levantar mi discurso sin motivo, aun esforzando la voz? Prestadme, hermanos míos, prestadme lágrimas de compasión. Cuando disfrutabais de alegría, tomábamos parte en vuestro contento; pagadnos hoy esta triste deuda. Hemos cumplido exaltándonos con los que se exaltaban: dadnos en cambio el llorar con los que lloran. Há mucho tiempo un pueblo extranjero lloró a Jacob y se creyó herido por el mismo golpe que hería a otro, cuando los hijos del patriarca, que conducían fuera del Egipto con toda su nación el cuerpo de su padre, lloraban tan cruel pérdida en tierra extraña, y prolongaban sus gemidos treinta días y treinta noches: imitad a estos hijos de otra raza, vosotros que sois hermanos de una misma familia! Entonces extranjeros e indígenas mezclaban sus lágrimas: suceda hoy lo mismo ante una desgracia común. Ved aquí a estos patriarcas; todos son hijos de nuestro Jacob; todos nacidos de mujer libre, ninguno bastardo ni supuesto, pues él que lloramos no podía introducir mezcla de esclavos en la noble familia de la fe. ¡Así era nuestro padre, porque era padre de nuestro padre [el arzobispo de Constantinopla]! Habéis oído há poco a Efraím y á Manasés contar las maravillas de su vida, cuyo número y grandeza exceden a cuanto se diga; permitid también que yo hable de lo mismo. Podemos, además, alabar su dicha sin temer la envidia [del demonio], pues ¿qué cosa peor puede hacerme?

Aprended quien era el que hoy lloramos. Noble entre los

más nobles del Oriente, sin tacha, justo, sincero, piadoso, enemigo de toda mala acción: así el bienaventurado Job no sentirá envidia si a su rival se le honra con los mismos testimonios a él tributados. Pero el que ve con ojos de emulación cuanto es bueno, ha echado amargas miradas sobre nuestro tesoro; el que recorre la tierra entera ha pasado también por nuestro lado dejando en nuestra dicha una huella de aflicción: pero no son rebaños de bueyes ni de ovejas lo que ha destruido—a menos de que se le dé este nombre a la Iglesia en un místico sentido. —Nó, no son bienes de esta naturaleza los que el demonio ha aniquilado; no son asnos ni camellos lo que nos hace perder, ni ha debilitado nuestros sentidos hiriéndonos en la carne; es en la misma cabeza donde nos asestó, y con ella desaparecieron también nuestros más nobles órganos. Ya no vive aquel ojo que contemplaba las cosas celestiales, ni aquel oído que oía la divina palabra, ni aquella lengua tan pura consagrada a la verdad. ¿Qué se ha hecho de la dulce serenidad de sus miradas? ¿qué de aquella sonrisa que resplandecía en sus labios? ¿qué de aquella mano afable que acompañaba en sus movimientos a su persuasiva elocuencia?... Pero me voy abandonando a deplorar nuestro infortunio, como si estuviésemos en un teatro.

Yo lloro por ti, ¡oh Iglesia!, a ti me dirijo, ciudad de Antioquía. Lloro por esta súbita catástrofe. ¿Cómo fué barrida tanta belleza? ¿cómo fué arrancado tal ornamento? ¿cómo tal flor se marchitó repentinamente? En efecto, el tallo se secó y la flor cayó. ¿Qué mirada funesta, qué perniciosa envidia se desencadenó contra la Iglesia? ¿qué recibió en cambio de lo que pierde? El río se secó, y el agua se cambió de nuevo en sangre. ¡Triste mensaje el que anuncia este accidente acaecido a la Iglesia de Antioquía! ¿Qué dirá a los hijos que quedan huérfanos? ¿qué anunciará a la esposa que quedó viuda? ¡Oh fatal desgracia! ¿qué se les envió? ¿y qué reciben? Se les envió un Arca; reciben un ataúd. Sí, hermanos: éste hombre de Dios era un Arca, Arca que encerraba en sí los divinos misterios; allí estaba el vaso de oro lleno del maná divino, del alimento celestial. En esta Arca estaban las Tablas de la Alianza, escritas sobre un corazón no con tinta, sino con el soplo de Dios vivo, pues ningún pensamiento negro o tenebroso dejó huella en la pureza de este corazón. En esta Arca estaban las columnas, las basas, los capiteles, el incensario, el candelero, el propiciatorio, las

piscinas, los tapices que velan las puertas; en esta Arca estaba la vara del sacerdote que floreció en sus manos: todo, en fin, lo que sabemos que estuvo en la antigua Arca, todo se encontraba reunido en el alma de este hombre. ¿Qué nos queda en cambio? Callen las palabras: telas brillantes, tisúes de seda, delicados perfumes, ricas esencias, presente espléndido de una mujer digna y virtuosa; pues hay que decir cuanto ella hizo en honor del sacerdote, derramando generosamente sobre su cabeza un vaso de perfumes. ¿Y qué se conserva de tales objetos? Huesos sin vida, ya ejercitados en morir antes de la muerte, tristes monumentos de nuestras desventuras! ¡Ay, qué gritos se oirán de nuevo en Rama! Raquel llorando no por sus hijos, sino por su esposo, y no queriendo oír palabras de consuelo! Dejadla, dejadla vosotros los que la consoláis; no os esforcéis en darle alivio; que la viuda llore profundamente; que sienta la magnitud de su pérdida! Esta separación no es para ella cosa nueva, pues durante las luchas del atleta se habituó a soportar la soledad.

Recordaréis bien que en el discurso pronunciado antes que este mío se os hace un relato de los combates de Melecio: se os dijo que, honorificando a la Santísima Trinidad, le rindió sus homenajes por el número de sus luchas, pues supo resistir a tres persecuciones. Ya habéis oído la serie de sus trabajos, y quien fué en cada uno de ellos. Creo inútil el repetir lo que ya fué tan perfectamente expuesto, pero acaso no será cosa fuera de propósito el añadir aquí algunos nuevos conceptos.— Cuando esta virtuosa Iglesia vió por primera vez a su pastor, adivinó un rostro formado verdaderamente a imagen de Dios, una inextinguible caridad, la gracia que se dibujaba en sus labios, una humildad tan grande, que era imposible concebir nada más allá, la dulzura de David, la sabiduría de Salomón, la bondad de Moisés, la justicia de Samuel, la virtud de José, la ciencia de Daniel, un celo por la fe comparable al de Elías, una pureza de costumbres pareja a la del sublime Juan Bautista, una caridad tan inmensa como la de Pablo; vió tan bellas cualidades reunidas en una sola alma, y fué herida del amor divino y amó a su esposo con casta y virtuosa ternura. Pero antes de que hubiese contentado su deseo y satisfecho su ardor, cuando se abrasaba de amor, se vió abandonada: días de prueba llamaban al atleta al combate. Y mientras él derramaba sus sudores por la piedad, quedó ella, como una esposa casta, guardando la fe

conyugal. Largos tiempos corrieron, tentativas adúlteras amenazaron la pureza de la cámara nupcial, pero la esposa quedó inmaculada. Un nuevo regreso y un nuevo destierro tuvieron lugar, y después otro tercero, hasta que el Señor, disipando las tinieblas de la herejía y haciendo lucir el iris de la paz, le concedió el gozar algún reposo después de tan largas fatigas. Los dos esposos se vuelven a ver y disfrutan de nuevo los puros goces de una santa alianza, su amor se inflama de nuevo; mas hé aquí que una última separación pone fin a tanta felicidad. Había él venido para celebrar vuestra unión y ha llenado el objeto de sus fervientes votos: su bendición ha coronado estas nobles bodas y ha imitado al Señor. Sí, el imitador de Cristo ha obrado en estas tierras lo que Jesús hizo en Canaán, en Galilea; ha colmado de vino puro estas urnas de la Judea. Llenas del agua de la herejía, cambiando así la naturaleza de las cosas por el poder de la fe. Ha colocado con frecuencia ante vosotros la crátera de la sobriedad, y su dulce voz derramaba a torrentes el vino de la gracia; a menudo os ha hecho sentar al banquete de la santa palabra. Luego bendecía el festín, y sus discípulos virtuosos distribuían a los pueblos las migajas de su palabra. Por todo esto nosotros nos sentimos también satisfechos, haciendo propia la gloria de nuestra raza!

¡Qué hermosa materia se ofrece en todo esto á nuestras consideraciones! ¡Qué feliz sería aquel si concluyese aquí mi discurso! Pero ¿qué se sigue después? «Llamad—dice Jeremías «—á las mujeres que lloran á los muertos». Un corazón consumido de dolor y henchido de aflicción no puede aliviarse sino con gemidos y con lágrimas. Antes de este día, la esperanza del regreso dulcificaba la separación, pero ya para siempre se apartó aquél de nosotros. Un inmenso abismo se ha abierto entre él y su Iglesia: reposa en el seno de Abraham, y el que llevaba la gota de agua para refrescar la lengua de los afligidos no existe ya. Su belleza desapareció, enmudeció su voz, se cerraron sus labios, voló su gracia; nuestra felicidad se tornó en simple recuerdo. El pueblo de Israel se afligía en otros tiempos cuando Elías, al abandonar la tierra, voló á Dios; pero Eliseo, protegido con la capa de su maestro, se consolaba con esta separación. Nuestra herida no tiene cura, pues nos fué arrebatado Elías y no nos queda Eliseo. Ya habéis oído las sombrías y dolorosas palabras de que se vale Jeremías para llorar sobre la desolada Jerusalén; entre sus imágenes llenas de

tristeza se encuentran estas palabras: «Las calles de Sión llo-
 «ran». Tales expresiones dichas antes tienen su cumplimiento
 ahora. Cuando el rumor de esta desgracia se haga público, las
 calles se llenarán de gente llorando y la grey desolada saldrá
 de sus casas, imitando en esta aflicción la voz de los Ninivitas,
 y sus gemidos serán aun más desgarradores, pues si bien las
 lamentaciones alejaron las desdichas que daban pavor a Nínive,
 Antioquía no puede esperar de sus llantos remedio a sus males.
 Recuerdo también otro texto de Jeremías que se encuentra en
 el libro de los Salmos, inspirado por la cautividad de Israel:
 «Hemos suspendido—dice—nuestros instrumentos en los sau-
 «ces, y los hemos condenado, como a nosotros propios, al si-
 «lencio». Yo me acojo a este versículo, pues cuando veo la
 confusión causada por la herejía (que *Babilonia* quiere decir
confusión), cuando pienso en las pruebas nacidas de esta con-
 fusión, digo que todo esto son los ríos de Babilonia en cuyas
 riberas quedamos sentados llorando, pues no tenemos quien nos
 ayude a pasar su corriente. Si se habla de sauces y de instru-
 mentos aquí suspendidos, esta figura puede aplicárase, pues
 en realidad nuestra vida pasa en medio de los sauces: el sauce
 es un árbol estéril, y el dulce fruto de nuestra vida cayó. Nos
 hemos convertido en sauces estériles, y hemos colgado de las
 ramas los instrumentos ociosos y mudos de la caridad. «Si te
 «olvidase—dice el Profeta—¡oh Jerusalén! que me olvide de
 «mi mano derecha». Permitidme que tergiversé algo estas pa-
 labras, pues no somos nosotros los que hemos olvidado nuestra
 derecha, sino nuestra derecha la que nos ha olvidado, y aquella
 lengua pegada al paladar ha cerrado el paso de aquella voz,
 para que ya no oigamos nunca tan dulces ecos. Pero enjugad
 mis lágrimas, pues siento que me encuentro débil ante esta des-
 gracia; el esposo no nos fué arrebatado, sino que está en medio
 de nosotros, aunque no le veamos; el sacerdote está en el san-
 tuario, detrás de la cortina donde Cristo entró el primero por
 nosotros; ha dejado su envoltura carnal; ya no adora una repre-
 sentación o un simulacro de los cielos, sino que tiene los ojos
 fijos en la verdadera imagen; no ve a Dios en espejo y en enig-
 ma, sino frente a frente, e intercede por nosotros y por las fal-
 tas de su pueblo; se ha despojado del vestido de la carne, pues
 los que viven en el Paraíso no lo necesitan, y se ha preparado
 con el que tejió con la pureza de su vida. La muerte de tal hom-
 bre ha sido preciosa ante el Señor, o mejor, no ha sido muerte,

sino lazos que se rompen. «Habéis roto mis lazos»—dice el Salmista.—Simeón ha sido libertado, ha sido liberado de los lazos del cuerpo: la red se rompió y el pájaro voló. Ha abandonado la tierra de Egipto y este mundo material; atravesó no el Mar Rojo, sino el negro y sombrío mar de la vida; ha entrado en la tierra de promisión, habla santamente con Dios en la montaña, ha descalzado su alma de las sandalias a fin de hollar con el pie puro del pensamiento la santa tierra en que se ve a Dios.

Hermanos míos, puesto que tenéis motivos de consuelo vosotros los que lleváis a la tierra de bendición los huesos de José, oid el precepto de San Pablo que dice: «No os entristezcáis como hacen los hombres que no tienen esperanza». Habladle al pueblo de lo que habéis visto; contadle tantas maravillas; decidle cómo, por un increíble prodigio, un pueblo innumero, semejante a un mar, no forma sino un solo cuerpo compacto, y viene a rodear con sus oleadas de gente la pompa de los funerales; cómo el virtuoso David, compartiéndose en mil coros diversos, bailaba alrededor del féretro entre compatriotas y extranjeros; cómo por dos lados dos ríos de fuego, surcos inmensos formados por mil antorchas, se extienden tan lejos como la vista puede descubrir. Decidles también la diligencia de todo el pueblo, la reunión de los apóstoles; cómo los fieles se repartían, para guardarlos, los lienzos que habían cubierto su rostro. Añadid también la actitud del emperador, sumido en aflicción y levantándose de su trono, y la ciudad entera formando cortejo al Santo, y consoláos unos a otros con estas pláticas. Salomón enseña un excelente remedio contra la pena: ordena dar vino a los que están doloridos, con lo que se dirige a nosotros, a nosotros, obreros de la viña. Dad, pues, vuestro vino a los afligidos, no para que les produzca embriaguez, ataque la razón y anuble el cuerpo, sino para que alegre el corazón, que es lo que indica el Profeta cuando dice: «El vino alegra el corazón del hombre». Ofrecedles una mezcla más pura, presentadles con gran generosidad los resortes de la palabra, para que nuestro luto se cambie de nuevo en contento y gozo, por la gracia del Hijo único de Dios de quien es la gloria del Padre por los siglos de los siglos.—AMÉN.

SAN GREGORIO DE NACIANZO

ELOGIO FÚNEBRE DE SU HERMANO CESÁREO. (1)



ENSÁIS acaso vosotros todos, amigos, hermanos, padres, objetos y nombres tan dulces, que me apresuro a tomar la palabra para prodigar lágrimas y lamentos sobre el que ya no existe, o para complacerme en largos discursos cuyos ornamentos halaguen al común de las gentes; y habéis venido aquí, unos para entristecerse y llorar conmigo a fin de que deploréis en mi desgracia el golpe que os ha herido a todos por igual, y que los infortunios de un amigo compensen vuestro dolor, y otros para dar consuelo a vuestros oídos y experimentar algún placer, viéndome sacar todavía en mi infortunio materia para un discurso, como hacía en otro tiempo; pero entonces, esclavo de la materia, aspiraba a la gloria de la elocuencia, no había levantado los ojos hacia la palabra de la verdad, el Verbo Supre-

(1) Cesáreo, hermano de San Gregorio de Nacianzo, uno de los médicos más hábiles y uno de los hombres más sabios de su tiempo, murió de modo repentino en la flor de su edad, después de haber sido favorecido y honrado por los emperadores Constancio, Juliano, Valentiniano y Valente. San Gregorio pronunció en presencia de su padre y de su madre, que aún vivían, y de un inmenso concurso de fieles el elogio de su hermano [368 ó 369], narrando con tanto encanto como brillantez su sencilla y modesta vida. Dos o tres incidentes de la carrera de Cesáreo proporcionan al orador motivos sobrados para romper la monotonía del panegírico: sobre todo, son admirables el relato de la lucha de Cesáreo contra el emperador Juliano, que quería convertirle al cristianismo, y el de la vanidad de las cosas humanas. Cesáreo, en vida, no se apresuró a alejarse de una corte en que se le veía con desagrado por su fe, siendo necesario para decidirle en su retirada la intervención de su hermano que, en una carta que ha llegado hasta nosotros, le censura amargamente el conservar una posición indigna de un cristiano y el comprometer el nombre y la autoridad del obispo su padre; bien es verdad que Cesáreo, después de haber leído esta carta, no titubeó un solo momento.

mo: no había dado todo a Dios, de quien todo nos viene, para recibir a Dios a cambio de todo. Así, no esperéis de mí nada semejante, si queréis que salgan verdaderas vuestras conjeturas. Llorando sobre éste que se ha alejado de nosotros, no traspasaremos los límites, ya que censuramos en los demás el exceso del dolor, y así aprenderemos a alabarle con medida, pues ¿qué presente más caro y más conveniente para el hombre disertado que el discurso?; para el que amó singularmente mi palabra ¿qué cosa mejor que el elogio? Esto no es solo un presente, sino una deuda, la más justa de todas las deudas. Y cuando hayamos concedido a su memoria cuantas lágrimas y alabanzas sean necesarias para satisfacer a la costumbre (costumbre que no es extraña a nuestra discreción misma, pues «la memoria del justo irá acompañada de alabanzas» y «derramó lágrimas sobre el muerto, comienza a llorar como un hombre que ha sufrido trances duros» que dijo Jeremías, el cual quiso preservarnos igualmente de la insensibilidad y de la exageración), entonces mostraremos la debilidad de la humana naturaleza, acudiremos a la nobleza del alma, daremos a los que lloran los consuelos que les son debidos, y, desde el pensamiento de la carne y de los bienes temporales, levantaremos a los afligidos a los bienes espirituales e imperecederos.

Cesáreo, para comenzar por donde más conviene, Cesáreo es nacido de padres que todos conocéis; lo que véis, lo que oís os hace desear igualarle en su virtud; le admiráis, habláis de él a los que le desconocen, y en todas partes y cada uno de vosotros contáis de él algún rasgo peculiar; pues tal ardor y tal celo que a él se refiera no es posible el contarle un solo hombre ni el exponerlo una sola lengua. Y de tantos títulos preciosos como brotan a nuestras alabanzas (y acaso se me acuse de arrogancia al exaltar lo que me toca muy de cerca), lo más grande, lo que le distingue sobremanera es la piedad. Sí, yo hablo de estas venerables cabezas encanecidas que aquí veis, no menos respetables por su virtud que por su edad; sus cuerpos están abatidos por los años, pero sus almas son jóvenes para Dios.

El padre, olivo silvestre cambiado por injerto en olivo fértil, llegó a ser bastante rico en savia para que se le creyese digno de injertar a otros árboles que le rodeaban, y para que se le confiase el cultivo de sus almas. Elevado al rango supremo de pastor de este pueblo, como otro Aarón o como otro Moisés,

mereció aproximarse a Dios y ser el intérprete de la voz divina cerca de los que se mantenían a distancia; dulce sin cólera, la serenidad en su rostro, la llama en el corazón, rico en aquellas virtudes que aparecen al exterior, pero más rico aún en aquellas otras que permanecen escondidas. Mas ¿porqué os pinto lo que todos conocéis? En vano me extendería en largos discursos, nunca podría decir de él lo que merece, lo que ya sabe cada uno de vosotros y espera de mi palabra; vale más dejar esta misiva a vuestras inteligencias que debilitar con mi lengua je tantas maravillas.

La madre, consagrada a Dios desde largo tiempo y desde sus antepasados, recibió la piedad como herencia necesaria que debía trasmitirse no solo a ella sino también a sus hijos, como una masa santa [pastel] formada de santas primicias; ella aumentó y acrecentó esta herencia hasta tal punto, que muchos (lo diré, por atrevida que sea esta palabra) creyeron y dijeron que la perfección de su esposo era obra suya, y, ¡oh maravilla!, la recompensa de su piedad fué una piedad mayor y más intensa. Ambos amaban a sus hijos y a Cristo, pero, lo que es más raro, amaban más a Cristo que a sus hijos. La satisfacción que sacaban de esto era el que fuesen conocidos y nombrados según Cristo, y hacían consistir únicamente la felicidad de los padres en la virtud de los hijos y en su amor al bien. Compasivos, misericordiosos, levantando cuanto podían al [humilde] gusano, a los ladrones y al dominador del mundo, renunciaban esta vida pasajera por más durable morada y atesoraban para sus hijos la más preciosa de las herencias, la gloria de su virtud. Así llegaron a una feliz vejez, igual en mérito y en edad, llenos de días, lo mismo de esos días que pasan que de los que se detienen; y si uno ú otro no ocupaban lugar preferente sobre la tierra, era porque el mérito de éste no permitía la preeminencia del otro; en fin, ellos han colmado en todo la medida de la felicidad hasta en esta última prueba, o, si se quiere mejor, en este último golpe de la Providencia. He aquí la explicación, según yo; que después de haber enviado delante de ellos a aquel de sus hijos a quien su edad exponía a malograrse, ya podían tranquilamente terminar su vida con toda seguridad y transportarse con todos ellos a la mansión celestial.

He insistido en estas cosas y no es que haya querido hacer el elogio ni que ignore cuán difícil es el hacerlo dignamente, aunque se le consagrara un discurso entero; mi objeto era el

SAN GREGORIO DE NACIANZO

demostrar que con tales padres la virtud debía residir en Cesáreo, y que no hay nada sorprendente ni increíble si, con tal nacimiento, se ha hecho digno de semejantes alabanzas, y que más os sorprenderíais si hubiese tomado modelo de otros, menospreciando los ejemplos que tenía cerca de sí, en su familia. Sus primeros años fueron cuales convenía a un hombre bien nacido y que debía llevar una vida honrosa. Pero, sin hablar de sus ventajas exteriores, de su belleza, de su alta estatura, de su gracia en todas las cosas, de la perfecta armonía de su persona (pues no nos pertenece el enaltecer estas cualidades, sino otras que se juzgan más importantes), proseguiré mi discurso y vendré a lo que sería difícil el callar aun cuando quisiese.

Alimentados y educados en tales principios, cuando estuvimos suficientemente impuestos en las ciencias que aquí se enseñan, ¡y no se sabría decir bastante cómo Cesáreo descolaba sobre los demás por la rapidez y la elevación de su inteligencia! ¡ay! ¿cómo no derramar lágrimas ante estos recuerdos? ¿cómo impedir la emoción de desmentir este estado resignado que he prometido?); decía, en fin, que cuando llegó el momento de abandonar nuestro país, por primera vez nos separamos el uno del otro: yo, enamorado del arte oratoria, me quedé en las escuelas de la Palestina, florecientes en esta época, y él fijó su residencia en Alejandría, que pasaba entonces y pasa todavía hoy con razón por el laboratorio de todas las ciencias. ¿Qué recordaré y qué diré más en su alabanza? ¿Qué callaré sin hacer perder a mi discurso su más bello ornamento? ¿Quién estuvo más unido que él a sus maestros? ¿Quién fué más querido entre los de su edad? ¿Quién evitó con más cuidado la sociedad y la compañía de los perversos? ¿Quién frecuentó más la amistad de los más virtuosos, tanto entre los extranjeros como entre los más conocidos y más renombrados de sus compatriotas? pues no ignoraba qué influencia tienen las amistades ya para la virtud ya para el vicio. Y ¿quién fué más estimado que él entre los magistrados, y, en esta inmensa ciudad en donde todos viven desconocidos, quién más conocido de todos por su sabiduría, o más célebre por su inteligencia?

¿Qué ciencia no ha penetrado, o más bien, cuál no ha estudiado con el ardor que otros ponen en un estudio único? ¿A quién puede ponerse en parangón con él, no digo entre los de su edad, sino aún entre los más envejecidos en el estudio?

Él estaba consagrado a todas las ciencias como si estuviese consagrado a una sola, y a cada una de ellas como si hubiese olvidado las demás, sobrepujando con un asiduo trabajo las inteligencias más felices y con la penetración de su ingenio los espíritus más laboriosos, o más bien, sobresaliendo por su viveza sobre los más vivos, por su aplicación sobre los más aplicados, y por ambas cosas sobre los que brillaban en ambas cualidades. Tomando de la geometría, de la astronomía y de las ciencias peligrosas para otros lo que tienen de útiles, esto es, aquel conocimiento de armonía y de orden de los cielos que hacen admirar al Hacedor, evitaba todo cuanto encierran de dañoso, no atribuyendo al curso de los astros lo que es y lo que ocurre, como aquellos que presentan contra el Creador a la criatura, esclava como ellos, sino refiriendo a Dios con todas las cosas, en su justicia, el movimiento de los cuerpos celestes. En cuanto a los números, al cálculo y a aquella admirable parte de la medicina que estudia las naturalezas, los temperamentos y los principios de las enfermedades, a fin de cortar el mal en su raíz, ¿quién sería tan ignorante o tan envidioso que no le concediese la primacía, contentándose con quedar en segunda fila para ocupar el primer puesto inmediato a él? Y estas no son palabras que carezcan de testimonio: los países del Oriente y del Occidente y todos los que más tarde recorrió son otras tantas columnas que pregonan su saber de un modo manifiesto.

Cuando después de haber amontonado en su alma, cual en un barco cargado de todas clases de mercancías, todas las virtudes y todos los conocimientos se dirigió de nuevo a su ciudad natal para hacer partícipes a los demás de los tesoros de ciencia que consigo llevaba, le ocurrió una circunstancia maravillosa que no puedo por menos de referir en pocas palabras, pues su recuerdo tiene para mí un inexplicable encanto, y acaso también os cause placer. Nuestra madre había manifestado un deseo digno de una madre que ama a sus hijos: nos había visto partir al mismo tiempo, y deseaba vernos volver también juntos, pues éramos, si no para los demás, al menos a los ojos de ella propia, una pareja digna de que se desease verla unida, pareja hoy separada por un designio funesto. Dios proveyó este suceso, Él que oye la justa plegaria, Él que honra el afecto que dispensan los padres a los hijos virtuosos, y, sin haberlo soñado, sin haberlo concertado, llegamos a un mismo tiempo a la misma ciudad, el uno de Alejandría, el otro de la

SAN GREGORIO DE NACIANZO

Grecia, el uno por tierra, el otro por mar. Esta ciudad era Bizancio, hoy capital de Europa; pronto adquirió allí Cesáreo gloria suficiente para que se le ofreciesen dignidades, un matrimonio ilustre, un lugar en el Senado, y también se le envió al emperador una embajada, en virtud de un decreto público, para pedir que acogiese, como honor y ornamento, al primero de los sabios en la primera ciudad del imperio, si tenía intención de que esta ciudad fuese, en efecto, la primera que mereciese su nombre, y que pudiese, sobre otros tantos timbres de gloria como ya tenía, enorgullecerse de contar a Cesáreo en el número de sus médicos y de sus habitantes, pues por sus ilustres personalidades Bizancio era rica en hombres distinguidos tanto en la filosofía como en las demás ciencias. Basta ya con lo dicho: nuestro encuentro de entonces pareció a la mayor parte una circunstancia externa y fortuita en que la casualidad intervino en las cosas humanas; pero las personas piadosas reconocieron en este suceso, de un modo evidente, la acción de unos padres fervorosos, uniendo a sus hijos por tierra y por mar, para gozar el cumplimiento de sus votos.

No olvidemos, en verdad, una de las más bellas acciones de Cesáreo que acaso otros encontrarán insignificante y no digna de memoria, pero que siempre me ha parecido muy grande, si es que el amor fraternal merece alabanza, y que no he de dejar de poner en primera línea siempre que de él se hable. Bizancio quería retenerlo con los honores de que he hablado, y protestaba de que, sucediera lo que sucediese, no le dejaría partir; pero yo le persuadía, ¡yo, a quien Cesáreo tanto y tanto respetaba en mis designios!, yo le constreñía, por el contrario, a satisfacer los deseos de sus padres antes que pagar su deuda a su patria y satisfacerme en mis deseos; le tuve por compañero en este viaje, y me prefirió no solo a ciudades y pueblos sino hasta a los honores y riquezas que ya de todas partes a él afluían y los que le permitían esperar más adelante, y hasta al emperador mismo y a sus órdenes soberanas. Pronto tomé la resolución de consagrarme a la meditación cristiana y de encaminarme hacia la vida celestial rechazando toda ambición como lazo pesado o como funesta enfermedad, pues largo tiempo antes había hecho este voto que al fin iba a realizar. Por lo que a él toca, después que dedicó a su patria las primicias de su ciencia y hubo excitado una admiración digna de sus trabajos, el deseo de adquirir gloria, y, como me decía, de ser el protec-

tor de su ciudad natal, le condujo al palacio de los emperadores. No aprobé, en verdad, esta resolución, pues (y sírvame esto de disculpa ante vosotros) el último lugar junto a Dios es más estimable y más alto que el primer rango junto a los reyes de la tierra. Cesáreo no mereció por esto vituperios, pues, en efecto, si es cosa muy gloriosa el abrazar la vida contemplativa, es también empresa bastante difícil y no a todos concedida: la grandeza divina llama a sí solamente a algunos elegidos que su mano sostiene en la noble ruta que aquéllos eligen. Esto, ciertamente, no deja de tener mérito no menor, cuando se está en el tráfigo de la vida mundana, que el participar de la virtud, y el hacer más estima de Dios y de la salvación que de los resplandores terrenos; es estar como en un teatro y llevar esa máscara vulgar de la gente del siglo, bajo la cual se representa la comedia de este mundo, en tanto que se vive para Dios sin alterar la imagen que se sabe haber recibido de Él y de la que se le es deudor. Tal era en verdad, sin duda alguna, el plan de conducta de Cesáreo.

Para obtener el primer rango entre los médicos no tuvo necesidad de muchos esfuerzos; le bastó mostrar su saber, o mejor, dar de él una ligera muestra; y admitido pronto en el número de los amigos del emperador, recoge los honores más considerables. Ofrece gratuitamente a los magistrados el dar los socorros de su arte, sabiendo bien que la virtud y las buenas acciones contribuyen más que nada a elevar a los hombres; las realza más por su reputación sobre aquéllos cuyo rango era superior al suyo; amado de todos por su modestia, se le ve confiársele los objetos más preciosos; no tiene necesidad de prestar el juramento de un Hipócrates, y la misma sencillez de un Crates no es nada si se la compara a la suya; todos le respetan más de lo que se acostumbra a un hombre de su alcurnia; los mismos emperadores y los que figuran en primera fila después de él le estiman digno de una gran fortuna presente y digno de la superior fortuna que le aguarda. Pero lo que es superior a todo es que ni la gloria, ni los placeres en que vivía corrompieron la nobleza de su alma: entre tantos títulos estimables como poseía, el que tenía en mayor estima ante sus ojos era el de ser cristiano, el llevar el nombre de cristiano: después de esto, lo demás le parecía un juego y una cosa infantil: juzgaba que las restantes ventajas son como los oropeles del teatro que se improvisan y desaparecen en un vuelo, y que acaso se borran

SAN GREGORIO DE NACIANZO

más pronto que tardan en improvisarse, como lo prueban las innumerables vicisitudes de la vida y el flujo y reflujo incesantes de la prosperidad, y que no hay sino un bien que se posea realmente y que persista asegurado: la piedad.

Tales eran, bajo el velo de su corazón, los sentimientos cristianos de Cesáreo; en estos pensamientos vivió y murió, manifestando a los ojos de Dios una piedad más grande que la que dejaba ver en público: la piedad del hombre interior. Y si es necesario que yo haga ver cuanto dejo de exponer, la protección que dispensaba a sus parientes sumidos en la desgracia, su menosprecio al lujo, su igualdad para con sus amigos, su franqueza con los grandes, sus luchas y sus discursos en pro de la verdad que él defendió tantas veces y contra tantos enemigos, no sólo con las armas de la razón, sino con las de una ardiente piedad, me contentaré con un sólo rasgo conocido de todos, el más célebre de su vida. Un rey, de nombre odioso, desencadenaba su rabia contra nosotros; llevaba su furor hasta consigo mismo, y su renuncia a Cristo le hacía a todos execrable. No mostraba su impiedad con la misma franqueza de alma que los demás enemigos de Cristo, pero larvaba la persecución con apariencias de dulzura; semejante a la astuta serpiente que ocultaba en su alma, proveía a toda clase de maniobras para hacer caer a los desgraciados en su propio abismo. Su primer artificio fué el castigar como a criminales a los que sufrían como cristianos, a fin de privarnos del honor de este martirio, pues este noble príncipe sentía envidia de los cristianos hasta en esta gloria. Daba también a sus prácticas el nombre de persuasión en vez del de tiranía para que hubiese más deshonra y más peligro en los que cayesen voluntariamente del lado de la impiedad; se atraía a unos con oro, a otros con dignidades, a éste con promesas, a aquél con toda clase de honores, y no les ofrecía como rey, sino como esclavo y ante la faz pública; todo con la magia de sus discursos y con su ejemplo. Por último, intenta atraerse al mismo Cesáreo: ¡oh el más insensato de todos los hombres, que esperaba encontrar una presa en Cesáreo, en mi hermano, en el hijo de tales padres!!

Quiero detenerme un momento en estos detalles; quiero deleitarme en este suceso como aquellos que asisten a una fiesta se deleitan en el espectáculo. Este noble luchador desciende a la liza con una sola arma, el signo de Cristo, con un solo broquel, el Verbo divino, para combatir contra un adversario

poderoso por sus armas, hábil por su rara elocuencia; pero sin anonadarse a la vista de tal enemigo, sin que la lisonja le hiciese deponer su orgullo, estaba pronto a luchar con la palabra y con la acción contra adversario tan fuerte en ambas cosas. Tal era la arena, tal el campeón de la piedad: el árbitro del combate era Cristo por una parte, armando al atleta de sus propios sufrimientos, y por otra, un tirano temible, ya por carecer de palabras de amistad, ya por confundir con la inmensidad de su poder: a su vez, los espectadores eran, por un lado, los que aun eran fieles a la piedad, y por otro, los que el seductor había encadenado, todos impacientes por ver cuál sería la suerte de su partido, y aun más inquietos por conocer al vencedor que los mismos que se ofrecían en espectáculo.

¿No teméis por Cesáreo? ¿No tembláis de que haga algo indigno de su valor? Confortaos: la victoria está con Cristo, que ha vencido al mundo. Todo lo daría, creedme bien, por poder exponer en detalle cuanto entonces dijo; allí encontraríais artificios de razonamiento, sutilezas de lenguaje que no vienen a mi memoria sin placer; pero esto sería apartarme demasiado de las circunstancias presentes y del objeto de este discurso. Después de haber refutado todos los sofismas, después de haber evitado como en un juego de niños los ataques manifiestos o disimulados de su adversario, Cesáreo proclama abiertamente y en alta voz que es cristiano y que vive en la comunión cristiana; entonces su propio tentador no se resuelve a desterrarle: el príncipe desea vivamente conservar a Cesáreo, cuya ciencia era ornamento de su corte; hace oír en presencia de todos estas palabras tantas veces repetidas: «¡Oh padre dichoso! ¡Oh desgraciados hijos!», pues él se dignó honrarnos a todos envolviéndonos en el mismo ultraje, a nosotros a quienes había conocido en Atenas ya por la instrucción ya por la piedad. Reservado para entrar segunda vez en el palacio (pues la justicia divina armaba de intento a Juliano contra los persas), el noble desterrado vuelve a nosotros cargado de incruentos trofeos y más ilustre en su desgracia que en el antiguo esplendor de su fortuna.

Yo estimo esta victoria más gloriosa y más alta que el poder sin límites, que el rico manto de púrpura, que la suntuosa diadema del emperador, y me siento más orgulloso de esta lucha que si hubiese él compartido el imperio con Juliano. Al fin cede ante las calamidades de los tiempos, obedeciendo en esto

a nuestra ley que manda, cuando es llegado el momento, el desafiarse el peligro en aras de la verdad y no traicionar cobardemente la fe, pero, en cuanto sea posible, no provocando la adversidad si hay menoscabo para nuestras almas, o si no se quiere causar daño en los que suscitan la persecución. Pero cuando se disiparon las tinieblas, luego que la tierra extranjera dió una justa sentencia y la flameante espada abatió al impío y se hizo justicia a los cristianos ¿habrá necesidad de pregonar con qué gloria y con qué honor, con qué testimonios lisonjeros Cesáreo reapareció en palacio, y, habiéndosele concedido un favor como hasta entonces no había disfrutado, vió una nueva privanza suceder a su antiguo poderío? La sucesión del tiempo trajo nuevos reyes, pero el crédito de Cesáreo no se le mermó, y conservó siempre su pristino poder, sirviendo de emulación a los reyes el ver que ya antes se le había dispensado protección y que se le podía nombrar con justo título confidente y amigo. Tal fué la piedad de Cesáreo y tales fueron sus piadosos frutos. ¡Que los jóvenes y los varones oigan bien esto: que se esfuercen en aspirar a igual gloria con igual virtud (pues «el fruto de las buenas obras es glorioso») todos cuantos aspiren a la fama y la consideren como una de las fuentes de la felicidad!

Mas he aquí una de las circunstancias de su vida donde brilló de modo muy maravilloso la piedad de sus padres y la suya propia. Vivía en Bitinia, donde el emperador le había confiado un cargo muy importante: este cargo consistía en recibir los impuestos para el príncipe y en administrar el Tesoro, y era el prelude de más altas dignidades a las que el emperador quería elevarle. Cuando ocurrió el terremoto de Nicea, que fué, según se dice, el más terrible de todos de los que se guarda memoria y que amenazó tragarse a todos los habitantes y destruir tan hermosa ciudad, solo, o casi solo entre los personajes de más nota, Cesáreo escapa del peligro, y ciertamente de modo milagroso: protegido por las propias ruinas, no saca sino ligeras señales de tan gran peligro, y el temor le advierte el que acudiese a la salvación de algo más precioso que el cuerpo, que se consagrarse al cielo, que abandonase la milicia de este mundo sujeto a tantas mudanzas, y que pasase sin reserva de una a otra corte. Tales eran sus resoluciones y tal la finalidad de sus más ardientes deseos, según me indicaban sus cartas; aproveché, pues, esta ocasión para darle algunos consejos que nunca había dejado de dirigirle, pues veía con pena que tan noble naturale-

za se moviese en un mundo indigno de ella, que esta alma cristiana se agitase en medio de los negocios mundanos, siendo, por decirlo así, el sol velado por una nube. Fué, en verdad, más fuerte que el terremoto, pero no más fuerte que la enfermedad, pues era hombre; de estos dos sucesos, el uno le era particular, el otro común con los demás hombres: el uno obra de la piedad, el otro de la naturaleza. Pero el consuelo precedió al accidente, para que, abatidos por su muerte, pudiésemos estar ufanos del milagro de su salvación. El gran Cesáreo nos ha sido conservado, ceniza venerable, despojo honrado de nuestras alabanzas, acompañado de himnos que se suceden sin término, llevado solemnemente al sepulcro de los mártires, adornado por las manos purísimas de sus padres, de aquella madre que, vistiendo sus galas de fiesta, reemplaza la piedad al dolor, seca sus lágrimas con la resignación, calma sus gemidos con sus cánticos, y esta alma regenerada a la que el Espíritu Santo ha renovado con el agua del bautismo, participa de las recompensas que le son debidas.

Recibe, ¡oh, Cesáreo! este fúnebre presente; acoge las primicias de esta voz cuyo silencio vituperaste, y que debía estallar para gemir sobre ti. Este es el galardón que te ofrezco y ninguno otro; yo bien sé que no te son más estimables ni aquellas amplias y ricas telas de seda de que tú no estabas envanecido, como lo están tantos otros, contento sólo con estar adornado de la virtud, ni aquellos tisúes de transparente lino, ni aquellas esencias preciosas que dejabas siempre en los gineceos y cuyo perfume se disipa en un sólo día, ni aquellos insignificantes adornos tenidos en estima por las almas medianas y que este mármol frío cubrirá hoy con tu hermoso cuerpo. Dejemos a los gentiles estos combates y estas fábulas, estos vanos honores tributados a una juventud malograda a la que se proponían miserables premios por miserables luchas; dejémosles estas libaciones y estas primicias, estas guirnaldas y estas flores, tributos que pagan a los muertos no por la razón, sino porque son esclavos de las leyes de sus padres y de la demencia de su dolor. Mi don es este discurso que los tiempos futuros recogerán, acaso, y, trasmitido de edad en edad, no dejará que perezca por completo éste que ha dejado ya esta tierra, sino que lo pondrá presente en los oídos y en la memoria de los hombres que honramos, y presentará con más viveza que sobre un cuadro la imagen del que lloramos.

SAN GREGORIO DE NACIANZO

Tales son nuestras ofrendas: ¿qué importa que tengan poco valor o que sean indignas de Cesáreo si es cosa agradable a Dios lo que se hace en la medida de nuestras fuerzas? A estos homenajes que te rendimos añadiremos otros más, renovando cada año los honores y recordando tu memoria, nosotros los que quedamos sobre la tierra. ¡Entra en el cielo, oh divina y santa cabeza, reposa en el seno de Abraham (sea cual fuere el sentido de esta palabra), contempla el coro de los ángeles, la gloria y el esplendor de los bienaventurados, participa de sus cánticos y de sus alegrías, mirando con misericordia desde el cielo las cosas de esta vida, lo que llaman las riquezas, las efímeras dignidades, los mentidos honores, las ilusiones de los sentidos, las agitaciones de esta vida, este desorden y esta ignorancia comparables a un combate entre tinieblas! ¡Sentado junto al rey de los reyes, que sea inundado de aquella luz de la que no vislumbramos aquí sino un tenue rayo!; la vemos como en espejo y en enigma, pero plazca a Dios que algún día nos encontremos en el mismo manantial de la belleza, contemplando con el espíritu puro la pura verdad, y que recibamos en el cielo, en recompensa a nuestros esfuerzos por alcanzar la virtud sobre esta tierra, la posesión más perfecta y la contemplación de bien! este es el fin de nuestro camino profetizado por los Libros Santos y por las almas inspiradas de Dios.

¿Qué me resta ya sino intentar el curar con la palabra a los que están afligidos? Es remedio poderoso para los que lloran las lágrimas que con ellos se vierten, y que los que toman parte en nuestras desgracias sean capaces de consolar nuestros sufrimientos. Hablo sobre todo a esos padres por quienes yo enojecería si no se encontrasen superiores por la paciencia como lo son en las demás virtudes. Estos sobrepujan a todos en ternura para con sus hijos, pero también nos aventajan en prudencia y en amor a Cristo; más que todos han meditado y han enseñado a meditar a sus hijos sobre el tránsito de esta vida al otro mundo, o, mejor dicho, han hecho de su vida entera una especie de meditación de la muerte. Pero si el dolor oscureció nuestra razón y cegó nuestros ojos para no distinguir el deber con clarividencia, entonces recibid los consejos que un joven dirige a los ancianos, el hijo a los padres, el que debía recibir avisos de las personas encanecidas y de las que tantos y tantos obtuvo, y los que una gran experiencia atesoraron. No os sorprendáis si, joven como soy, aconsejo a

vuestra vejez, pues si miro con respeto a una cabeza llena de canas, a vosotros lo debo. ¿Cuánto tiempo viviremos todavía, oh cabezas venerables que os aproximáis a Dios? ¿Cuánto tiempo nos resta que sufrir aquí? La vida junta de todos los hombres no es larga si se la compara a la naturaleza divina e inmortal; ¿y qué hay, en verdad, sino este resto de vida, sino este sufrimiento que se borra, sino estos últimos instantes de nuestra existencia temporal? ¿Cuánto nos ha precedido Cesáreo? ¿Cuánto tiempo todavía lloraremos su pérdida? ¿No vamos a pasos agigantados a la misma morada? ¿No debemos descansar dentro de breves momentos bajo la misma losa? ¿No seremos pronto todos una misma ceniza? ¿Qué ganaremos los pocos días que nos restan sino algunos males más que ver, que sufrir, acaso que hacer, antes que pagar, según ley de la naturaleza, la inevitable y común deuda, partir después de éstos y antes que aquéllos, llorar a unos y ser llorado de otros, y recibir, por último, de los de este lado el tributo de lágrimas que ya pagamos a los de aquel otro?

Tal es la existencia, hermanos míos, para los que vivimos en esta vida temporal; tal es la escena del mundo: salir de la nada y nacer; nacer y morir. No somos sino un sueño inconstante, un fantasma intangible, el vuelo de un pájaro que cruza, el barco que hiende el mar sin dejar huella, una polvareda, un vapor, un rocío matutino, una flor que nace en un momento y muere en otro momento. «Los días del hombre se marchitan « como la hierba: son como la flor del campo, que florece poco « tiempo», ha dicho con razón el divino David hablando de nuestra debilidad; y más adelante exclama: «Hazme conocer, Señor, « el corto número de mis días», y luego compara a un palmo la medida de los días del hombre. ¿Y qué diré de Jeremías, que estando abatido vituperó a su madre su alumbramiento, a propósito de las maldades de los demás hombres? «Yo lo he visto « todo—dice el Eclesiastés,—mi pensamiento ha reunido todas « las cosas humanas, la riqueza, los placeres, el poder, esa im- « portante gloria, esa fugitiva sabiduría que no se deja alcan- « zar, de nuevo los placeres y de nuevo la sabiduría, volviendo « en círculo a los mismos objetos, los goces de la mesa, los « jardines, los servidores innumerables, las posesiones inmen- « sas, los escanciadores y escanciadoras, los cantores y las « cantantes, las armas, los satélites, las naciones que se pros- « ternan, los tributos que se amontonan, el fausto de la realeza,

« todas las cosas superfluas de la vida y las que son necesarias
 « y por las cuales he llegado a estar por encima de los demás
 « reyes mis predecesores». ¿Y que ha dicho con motivo de todo
 esto? «Todo es vanidad de vanidades: todo no es sino vanidad
 « y aflicción de espíritu», esto es, una tendencia irreflexiva de
 nuestra alma, un extravío al cual está condenado el hombre,
 en castigo sin duda a su antigua caída; pero «escucha»—le dice
 al final de toda esta relación,— «teme a Dios». He aquí donde
 se detiene en sus perplejidades; esta es la única enseñanza que
 puedes sacar de tu vida terrena: que el desorden de las cosas
 visibles y la incesante agitación eleva tu pensamiento a las co-
 sas estables que no se conmueven jamás.

No lloremos por Cesáreo, puesto que sabemos de qué ma-
 les ha sido librado; lloremos por nosotros mismos pensando en
 las amarguras que nos están reservadas y en el cúmulo de do-
 lores que sufriremos, a menos que, estando ligados sinceramen-
 te a Dios y pasando con rapidez por entre las cosas humanas
 que se desenvuelven velozmente, nos apresuremos a la vida
 celestial, a abandonar la tierra viviendo aún sobre ella, y a se-
 guir con sencillez al espíritu que nos lleva hacia las alturas.
 Estos pensamientos que acobardan a las almas débiles son cosa
 baladí para los corazones generosos. Reflexionemos sobre este
 punto: Cesáreo no mandará más, pero tampoco tendrá que re-
 cibir órdenes; no temerá en adelante, pero tampoco sufrirá la
 tiranía de un jefe indigno de ser obedecido; no amontonará ri-
 quezas, pero no temerá la envidia ni comprometerá su alma
 enriqueciéndose por medios censurables, persiguiendo sin cesar
 el duplicar su fortuna. Esta es la enfermedad anexa a la riqueza;
 que los deseos de ésta no conocen límites, que está siempre
 bebiendo y que quiere curar su fiebre y su sed. No hará más
 gala de su elocuencia, pero los demás le elogiarán en sus dis-
 cursos. No meditará más sobre los escritos de Hipócrates, de
 Galeno y de sus adversarios, pero tampoco luchará contra las
 enfermedades ni encontrará duelos personales en los infortu-
 nios de los demás. No demostrará los sistemas de Euclides, de
 Ptolomeo ni de Herón, pero no tendrá que sufrir a estos igno-
 rantes engreídos con su pretendido saber. No hermoseará más
 las doctrinas de Platón, de Aristóteles, de Pirrón, de Demóc-
 rito, de Heráclito, de Anaxágoras, de Cleanto, de Epicuro, y
 de no sé cuantos sabios más del augusto Pórtico y de la Aca-
 demia, pero tampoco tendrá que atormentarse en refutar sus so-

fismas. ¿Tengo razón en considerar todo esto en detalle? Veámos solamente estas ventajas tan preciosas, tan codiciables a los ojos del vulgo: no tendrá hijos ni compañía, pero ni los llorará ni será llorado de ellos; no dejará nada a los demás, pero tampoco quedará para ellos como un testimonio de infortunio. No dejará opulentas herencias, pero tendrá los mejores herederos, los que por sí mismo eligió para apartarse rico de esta tierra, llevándose consigo todos sus bienes. ¡Oh generosidad! ¡oh nuevo consuelo! ¡oh grandeza de alma la de aquellos padres que todo lo sacrifican a este don! Ya ha sido oída tal promesa digna de conocerse de todos, y el dolor de una madre se ha disipado con este noble y santo empeño de dar todo a su hijo, de ofrecerle sus riquezas como un fúnebre honor y en honor también de su hijo, y de no dejar nada a aquellos que estaban esperanzados!

¿No hay en todo esto motivos de consuelo? Añadiré un remedio más eficaz. Creo en aquellas palabras de nuestros hombres doctos, de que toda alma pura y piadosa, cuando ha roto, para apartarse de aquí, los lazos que la retienen al cuerpo, puesta luego en posesión y en presencia del bien que le está reservado, ya sea que se purifique o que se libre de las tinieblas que la cegaban, o ya sea, en fin, por efecto de estar libre, se inunda de un inefable gozo, marcha resuelta y alegre hacia su Señor, y escapando de esta vida terrena como de una prisión odiosa, sacudiendo los grillos que encadenaban sus alas, goza de esta felicidad pura que sólo había conocido en su imaginación. Pronto le hace compañía esta carne con la que meditaba antes sobre las cosas de la otra vida (como le acontecerá a este concurso, y sólo Dios sabe quién ha hecho y roto su primera alianza!); asocia a la gloria celestial este cuerpo que la tierra le había dado y al que había confiado su depósito en la tierra; y del mismo modo que durante su primera unión aquella alma participó de los sufrimientos de la carne, así ella hace participar a ésta de su dicha, se la asimila toda entera, se rehace en ella misma, espíritu, inteligencia, Dios mismo, pues la vida absorbe a la substancia mortal y perecedera. Oíd lo que nos dice el divino Ezequiel sobre la reunión de los huesos y de los nervios, lo que nos dice también el divino Pablo sobre la morada terrestre y sobre esta habitación no hecha por manos humanas, la una destinada a disolverse, la otra reservada para los cielos. Afirma este último que el alma que se separa

del cuerpo emprende un viaje hacia Dios; considera esta vida común con el cuerpo como un destierro, y aspira con ardor al momento de la separación. Pero ¿a qué detenerme en estas vanas esperanzas? ¿Por qué me refiero a la efímera noción del tiempo? Yo espero la voz del arcángel, la trompeta final, la transformación del cielo, la metamorfosis de la tierra, la separación de los elementos, la renovación del mundo entero. Entonces veré al mismo Cesáreo, no desterrado de su patria ni llevado en ese féretro entre llantos y lágrimas, sino radiante, glorioso, sentado sobre los cielos, tal como te vi en sueños, ¡oh el más amado y el más tierno de mis hermanos!, bien sea que te haya visto realmente, o que el vivo deseo de verte me haya hecho tener tal visión!

Entretanto, dejando a un lado lamentaciones, volveré los ojos sobre mí mismo por el temor de que pase por alto sobre mí propio teniendo cosas dignas de ser lloradas, y examinaré mi interior. Hijos de los hombres (pues este discurso pasará tras de vosotros), ¿hasta cuándo tendréis el corazón entorpecido y embotada la inteligencia? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¿Por qué os hacéis la ilusión de que esta vida terrena es de gran precio, que estos días tan cortos tienen duración, y huís de esta separación tan dulce y tan deseable como de cosa espantosa y horrible? ¿Es que no sabemos conocernos? ¿No rehuiremos la seducción de nuestros sentidos? ¿No atenderemos a lo que brilla en nuestra inteligencia? Y si es preciso el que padezcamos aflicciones ¿no lloraremos más en este destierro prolongado (como da a entender David, que llama al mundo casa de tinieblas, mansión de dolor y légamo turbio y sombra de la muerte), en este destierro durante el cual vamos encerrados en estas tumbas que llevamos en nosotros mismos, en donde morimos muerte de pecado siendo formados de substancia divina? Este es el temor que me espanta, que me asedia día y noche, el pensamiento de la gloria futura y del tribunal celeste no me dejan respirar; deseo la primera hasta el punto de poder exclamar también: «mi alma cayó desfallecida esperando tu sacudable socorro», y el segundo me hace estremecer y me llena de terror. No temo que este cuerpo, cayendo en disolución y polvo, quede completamente aniquilado, sino que la gloriosa criatura de Dios (gloriosa cuando sigue el camino recto, e infame cuando se aparta de él) en la que reside la razón, la ley, la esperanza, sea condenada a la misma ignominia que las

bestias, a la misma nada después de la muerte; ojalá que este castigo sea el de los malvados, dignos del fuego del infierno!

¡Ay!; que mortifique yo los miembros del hombre terrenal! ¡que pueda yo absorber todo el espíritu y marchar en esta estrecha senda en donde pocos se empeñan y no en la senda fácil y asequible!; las recompensas son grandes y gloriosas, las esperanzas superan a nuestro mérito. ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes? ¿Qué nuevo misterio es este alrededor de mí? Soy a la vez pequeño y grande, humilde y elevado, mortal é inmortal, terrestre y celeste. De estos atributos unos me son conocidos en este bajo mundo, los otros con Dios; los unos con la carne, los otros con el espíritu. Es preciso que sea sepultado con Cristo y que resucite con Cristo, que sea heredero con Cristo, y que llegue a ser hijo de Dios, Dios mismo. ¡Ved ahí hasta donde nos ha llevado este discurso! Casi es necesario que dé gracias a este infortunio que me ha inspirado tales reflexiones y que me ha hecho desear vivamente el abandono de esta tierra. Tales cosas nos enseña este gran misterio, tales cosas nos enseña un Dios que se hizo hombre y pobre por nosotros, para levantar la carne, salvar su imagen, renovar al hombre; para que todos no seamos sino uno en Jesucristo, que ha sido todo en nosotros con la perfección que posee; para que no seamos entre nosotros ni hombre, ni mujer, ni bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni libre, que estas son las distinciones de la carne, sino para que llevemos en nosotros solo el carácter divino por quien y para quien nacimos, y que su forma y su señal sean suficientes para dejarnos reconocer.

Seamos nosotros de los que esperan, gracias a la bondad infinita de este Dios generoso que pide poco para conceder mucho, ahora y en el tiempo venidero, a los que sinceramente le aman, soportándolo todo, sufriendolo todo por su amor y por su esperanza, dando gracias de todo, así de los bienes como de los males, así de las alegrías como de los dolores, pues la Sagrada Escritura nos dice, en más de una ocasión, que estos son también los instrumentos de nuestra salvación, confiándonos nuestras almas y las de aquellos viajeros más solícitos que lleguen antes que nosotros al término del viaje común. Hagámoslo así y pongamos término yo a mi discurso y vosotros a vuestras lágrimas; marchemos hacia esa tumba que es la vuestra propia, triste monumento que Cesáreo ha recibido de vosotros; preparado por la ancianidad de sus padres, como parecía

SAN GREGORIO DE NACIANZO

natural, es consagrado en la juventud del hijo contra toda esperanza, pues no es otro sino Dios el que rige nuestros destinos. ¡Oh Señor y autor de todas las cosas, y especialmente de esta criatura, oh Dios de los hombres hechos por tu misma mano, oh padre y moderador supremo, Señor de la vida y de la muerte, dispensador y bienhechor de nuestras almas; Tú que formas y cambias cada cosa a su tiempo por tu fecundo Verbo, según las reglas de tu propia sabiduría y del orden por Ti establecido, recibe hoy a Cesáreo, acoge estas primicias de nuestro viaje! Si has querido que el último te fuese ofrecido el primero, cedamos a tu voluntad que todo lo gobierna. Recíbenos también un día, cuando haya llegado el momento, cuando haya pasado el tiempo que juzguéis conveniente dejarnos bajo esta envoltura de carne; recíbenos preparados por tu temor, no manifestando turbación ni debilidad en esta última hora, no arrancándonos de aquí con esfuerzo, como las almas que aman la carne y el mundo, sino lanzándonos con ardor a la vida eterna y venturosa de Jesucristo nuestro Señor, de quien es la gloria en los siglos de los siglos.—AMÉN.

SAN GREGORIO DE NACIANZO.

HOMILIA SOBRE LOS MACABEOS. (1)



¿QUÉNES fueron los Macabeos cuya fiesta hoy celebramos? Solo algunas Iglesias les honorifican, pues lucharon después de la venida de Cristo, pero son dignos de universal homenaje porque sufrieron con paciencia por las creencias de sus padres. ¿Qué hubieran hecho estos ya mártires antes de la pasión de Cristo, al ser perseguidos después de Jesús, sino imitar su muerte por nosotros? ¿Cómo no han de ser mirados con generosidad, grandes en su virtud con ejemplo tan preclaro, quienes

(1) Advertimos, como preliminar a este panegirico, que no deben confundirse estos Macabeos con los siete ilustres hermanos que lucharon contra los reyes de la Siria por la independencia de su país, pues esta guerra de independencia, comenzada por Judas Macabeo, fué un poco posterior a la persecución de Antíoco. Esto sentado, ilustremos la materia de esta preciosa pieza literaria.—La Judea, aunque sometida a la dominación de los reyes de la Siria, conservó sus leyes y su religión, y Antíoco IV Epifanes, hijo segundo de Antíoco el Grande, irritado por una rebelión que estalló allí bajo su reinado, marchó contra Jerusalem donde hizo una terrible carnicería y quiso forzar a los judíos a adorar los mismos dioses que los sirios. Después de saquear el templo, puso en el santuario una estatua de Júpiter Olímpico a la que ofreció sacrificios, e hizo una matanza de judíos que no sacrificaron ni comieron manjares prohibidos por la Ley de Moisés. Hubo muchas apostasias temiendo los castigos, y, entre los que prefirieron el martirio a ser infieles a Dios, se distinguieron un anciano, de nombre Eleazar, una madre y siete hijos, que fueron sublime ejemplo de constancia y de heroísmo. Pueden ilustrarse estos hechos en el primer libro de «Los Macabeos» y en Josefo «De los Macabeos o del imperio de la razón».—La Iglesia honró a los Macabeos con una festividad anual, no obstante la duda que surgió de si se debía honrar a mártires que no habían padecido por la Ley nueva; para disipar tales escrúpulos subió a la cátedra San Gregorio en un día de fiesta y pronunció esta persuasiva homilia, que ofrece puntos de semejanza con otras dos de San Juan Crisóstomo sobre el mismo asunto.

corrieron peligros según el divino modelo? Otra razón misteriosa e inefable existe al mismo tiempo para mí y para las almas piadosas: que estos que ya sucumbieron antes de la venida de Cristo no obtuvieron tal dicha sin tener la fe en Jesucristo. La divina palabra fué proclamada más tarde, a su debido tiempo, pero ya era conocida de los corazones puros, como prueban los homenajes tributados a tantos predecesores de Cristo.

No hay que desdeñar a estos hombres porque hayan sufrido martirio antes de la cruz, sino alabarles y hacerles dignos del honor de nuestros discursos para que su gloria reciba un complemento—(¿qué gloria podremos, en verdad, añadir a la grandeza de sus actos?);—para que los que les bendicen sean glorificados, los que oyen sus alabanzas imiten su virtud, y, excitados por su recuerdo como por un acicate, se esfuercen todos en igualarles.—¿Quiénes eran, pues, los Macabeos? ¿cuál su educación? ¿y qué instrucción inicial, impulsándoles, los elevó a ese rango de virtud y de gloria que honramos en estas pompas y en estas solemnidades anuales? ¿por qué la admiración es superior a cuanto vemos? Los hombres estudiosos aprenderán todo esto en el libro de su historia, donde se habla del imperio de la razón sobre las pasiones, de su libre elección entre dos pendientes contrarias: quiero decir, entre el vicio y la virtud; pues, entre otros numerosos testimonios en que el escritor se apoya, se citan los combates de los Macabeos. Me bastará decir solo algunas palabras.

Vemos, pues, a Eleazar, primicias de los mártires antes de Cristo, como a Esteban después de Cristo; es sacerdote y anciano, venerable por sus cabellos blancos como por su prudencia; hacía sacrificios y rogaba por el pueblo, en tanto que se ofrecía a sí mismo a Dios como víctima perfecta destinada a expiar las faltas de todo el pueblo; feliz prelude de luchas en las que anima a los demás con su palabra y con su silencio. Ofrece con él a sus siete hijos formados por sus enseñanzas, hostia viva, santa, agradable a Dios, más brillante y más pura que todos los sacrificios de la Ley: es justo y legítimo atribuir a los padres las obras de los hijos! Tras él aparecen tan generosos y magnánimos hijos, nobles vástagos de madre noble, celosos defensores de la virtud, grandes para el reino de Antíoco, discípulos sinceros de la Ley de Moisés, guardianes con celo de las costumbres paternas, su número, el que reverencian los hebreos honrando en él el misterio del descanso del séptimo

día, animados todos del mismo espíritu, los ojos fijos en el mismo fin, no conociendo sino un solo camino de vida, morir para Dios, igualmente hermanos en el alma que en el cuerpo, envidiándose entre sí la muerte, ¡oh sublime espectáculo!, disputándose las torturas como un tesoro, desafiando los peligros para salvar la ley que sobre ellos reina, temiendo menos el martirio presente, que no desean tanto como el que aun tarda. Todo su temor es que el tirano no les castigue, que alguno de ellos quede sin corona, que sean separados de sus hermanos contra su voluntad, no alcanzando sino una débil victoria ni estando seguros de llegar a mártires.

Aparece también una madre valiente y generosa, amante a la vez de sus hijos y de Dios, y desligadas sus entrañas maternas de las cosas ordinarias de la naturaleza. No tiene pena de los sufrimientos de sus hijos, sino que tiembla de que no tengan que padecer; no llora a los que ya se fueron a la otra vida, sino que se preocupa de que los que quedan no estén aún reunidos con los otros; piensa más en éstos que en los que ya murieron. Es porque para éstos la lucha es dudosa, y aquéllos tienen ya el reposo asegurado; confía los primeros a Dios, y querría que Dios recibiese también a los otros. ¡Oh alma viril en un cuerpo de mujer! ¡Oh don admirable, lleno de grandeza de alma! ¡Oh sacrificio digno de compararse al de Abraham, si no hay aquí más valor! Abraham no tenía sino un sólo hijo que ofrecer y lo ofrece prontamente, aunque era su único hijo, el hijo prometido, en el que veía aquella promesa, y a más, Isaac no era la sola rama de su raza, sino primicias de otros sacrificios iguales; ella, por añadidura, consagró a Dios un pueblo entero de hijos: superior a todas las madres y a todos los sacerdotes, ofrece víctimas que vienen a presentar el cuello bajo la cuchilla, holocaustos razonables, hostias que corren al altar. Ella les descubre sus pechos, les recuerda que los ha amamantado, les muestra sus blancos cabellos y les suplica en nombre de su vejez; no es su salvación lo que busca, sino sus sufrimientos lo que ofrece; no es la muerte, sino la tardanza en morir lo que cree un peligro. Nada le abate, nada le debilita, nada enfría su valor; ni los potros que ponen ante su vista, ni la rueda que le presentan, ni las vigas, ni las catapultas, ni las puntas con uñas de hierro, ni las agudas espadas, ni las calderas hirvientes, ni el fuego que se atiza, ni el tirano que amenaza, ni el populacho, ni los satélites que apresuran el suplicio,

ni el espectáculo de sus hijos, ni los miembros mutilados, ni las carnes desgarradas, ni la sangre corriendo a torrentes, ni la juventud segada en flor, ni los males presentes, ni los tormentos venideros. Esto que parece a primera vista lo más penoso, la duración del suplicio, no le importa nada a ella, que se complacía ante este espectáculo. Los sufrimientos no se prolongaban sólo por la variedad de torturas, que sufrían todas juntas con más desprecio que se menosprecia una sola, sino también por lo que les decía el perseguidor, el cual, cambiando de tono a cada momento, insultaba, amenazaba, halagaba, ponía, en fin, todos los medios para conseguir lo que esperaba.

Las respuestas de los jóvenes al tirano encerraban tanta sabiduría y tanta nobleza, que todos los rasgos de heroísmo juntos son vulgares al lado de su constancia, y su constancia parece exigua si se la compara a la cordura de sus palabras. Solo a ellos les fué concedido el permanecer tan firmes ante los sufrimientos y tan sensatos en sus contestaciones a las amenazas del tirano, a aquel aparato terrible que no pudo vencer a estos generosos mancebos, ni a su madre, más generosa todavía. Elevándose sobre todo, uniendo el valor a la ternura, cédese a sí propia a sus hijos como glorioso don fúnebre, siguiéndoles después en el camino de muerte en que aquéllos le precedieron. ¿Y cómo les sigue? Marcha voluntariamente a los peligros, y ¡qué sublimes cantos de funeral deja oír! Las palabras de los siete hermanos al tirano eran muy bellas, y con estos bellísimos discursos (¿cómo no habían de ser admirables?) se pusieron en línea de batalla y rindieron a su perseguidor; pero los discursos que pronunció la madre para exhortarles, para celebrar su muerte, son aún más magníficos. ¿Cuáles fueron las palabras de los Macabeos? porque es bueno consignarlas para que tengáis en ellas no solo un ejemplo de la constancia de los mártires en la lucha, sino que también de su elocuencia. Estas variaban siguiendo el lenguaje del tirano, ó el orden del suplicio, o según el entusiasmo del alma iba dando armas a cada uno; para abarcarlas todas en un solo modelo, he aquí tal y cómo se expresaban:

«¡Oh Antíoco y todo cuanto nos rodea! para nosotros no
« hay más que un rey, Dios, por quien nacimos y al cual vol-
« veremos; un solo legislador, Moisés, a quien no traicionare-
« mos ni ultrajaremos: lo juramos por los peligros mismos que
« él ha desafiado por la virtud y por los innumerables milagros

« que ha obrado, como si otro Antíoco más temible que tú nos
 « amenazase. Tenemos una sola cosa segura: la observancia
 « de los mandamientos, la defensa de aquella ley que es nues-
 « tro antemural; tenemos una única gloria: el menosprecio de
 « toda gloria cuando se trata de cosas tan grandes; tenemos
 « una sola riqueza: los bienes que esperamos; y nuestro único
 « temor es temer algo que no sea Dios. Tales son los principios
 « que nos guían y tales son nuestras armas; a ti te dirigimos
 « esta exhortación, al encontrarte frente a frente con esta ju-
 « ventud.»

«Cosa dulce es ver este universo, este suelo paternal, nues-
 « tros amigos y parientes, nuestros compañeros de adolescen-
 « cia, este templo tan célebre y tan grandes, estas fiestas pa-
 « trióticas, estos misterios, tantas otras cosas que nos ponen
 « por encima de otros pueblos; pero nada hay tan dulce como
 « Dios y como la lucha sostenida por la virtud; no, no lo creo.
 « Tenemos otro mundo más grande y más duradero que este
 « mundo visible; nuestra patria es la Jerusalem celestial que An-
 « tíoico no sitiará ni tendrá esperanzas de conquistar: Jerusalén
 « la fuerte, la inexpugnable; nuestros padres son aquellos a
 « quienes anima un mismo espíritu y que fueron engendrados
 « en la virtud; nuestros amigos son los profetas y los patriar-
 « cas, que nos dejaron ejemplos de piedad; nuestros compañeros
 « de juventud son aquellos que luchan hoy con nosotros, que
 « ejercitan hoy, al par que nosotros, su paciencia. El cielo es
 « más espléndido en este templo; sus fiestas son los coros de
 « los ángeles; su misterio, el más sublime de todos, es Dios,
 « oculto a la mayoría de los hombres, y a quienes se supeditan
 « también los misterios terrenales.»

«Basta ya de prometernos bienes frívolos y sin valor, pues
 « no buscamos el honor en la infamia ni el provecho en la rui-
 « na: no haremos un comercio tan triste. Basta ya de amenazar-
 « nos, o te amenazaremos con manifestar tu impotencia y nues-
 « tras venganzas. También nosotros tenemos fuego con que
 « castigar a nuestros verdugos. ¿Crees tú que combates contra
 « naciones y ciudades y contra el más cobarde de los reyes, y
 « que puedes vencer o ser vencido, pues no luchas por tan pre-
 « ciosos triunfos? Declaras la guerra a la ley de Dios, a las Ta-
 « blas escritas por Dios mismo, a las creencias de nuestros pa-
 « dres que el tiempo y la razón han consagrado, a estos siete
 « hermanos unidos en una sola alma y que grabarán esta ini-

SAN GREGORIO DE NACIANZO

«quidad sobre siete trofeos; si es poco glorioso el vencerlos, «más deshonoroso será el ser vencido por ellos.»

«Somos la raza y los discípulos de aquellos hombres a quienes guiaba una columna de fuego y de tormenta; aquellos «hombres para quienes se abrió el mar, los ríos suspendieron «su curso, el sol detuvo su marcha; a quienes cayó pan del «cielo; los que al extender las manos a las alturas ponían en «torpe derrota a miles de guerreros vencidos por la oración; «los que triunfaban de las bestias feroces; a quienes el fuego «no tocaba; y ante los que los reyes se retiraban admirados de «su nobleza de alma.»

«Y para citarte hechos que ya sabes, somos los discípulos «de Eleazar, cuyo valor ya conoces. Primero combatió el padre, y los hijos después; el sacerdote faltó, pero le seguirán «las víctimas. Para aterrarnos nos presentas mil torturas, «pero estamos dispuestos a sufrir muchas más. ¿Qué nos harán tus amenazas, príncipe orgulloso? ¿qué más vamos a sufrir? No hay nada tan fuerte como los hombres dispuestos al «martirio. Y vosotros, verdugos, por qué tardáis? ¿por qué cejáis? ¿por qué esperáis las órdenes de vuestro amo? ¿dónde «están las espadas? ¿dónde las cadenas? no me hagáis desfallecer: atizad la llama, irritad las bestias feroces, refinad los «instrumentos de tortura, que todo está en armonía con la «magnificencia de este rey! Yo, que soy el mayor, inmóleme «el primero; para mí, que soy el más joven, que se altere el «orden de los ajusticiados, y que se ponga también entre los «primeros a los de edad mediana para que todos tengamos «igual honor.»

«¿Qué, nos desprecias? ¿esperas que usemos de otro lenguaje? Te repetiremos siempre lo mismo, te volveremos a «decir mil veces las mismas palabras: «No comeremos manjares impuros [según la Ley de Moisés] ni nos doblegaremos». «Tú vendrás a nuestra ley antes que nosotros nos sometamos «a la tuya. Imagina, en fin, nuevos suplicios, pues ya ves que «despreciamos los que nos has preparado.»

Tales cosas decían al tirano; ¡qué frases de valor se dirigían ante el espectáculo propuesto! qué bellos y santos estaban, y cuán agradables eran a las almas piadosas ¡qué gustan ver y oír! ¡Yo mismo me lleno de gozo al referirlo, me transporto con el pensamiento a los atletas, y el relato me hace intrépido.

Se unían, se abrazaban; era una fiesta similar a cuando terminan los combates del circo. «¡Vamos, hermanos — gritaban,— vamos al suplicio, en tanto que el tirano estalla en cólera contra nosotros, temiendo apiadarse y que seamos absueltos! El banquete está ya preparado: no tardemos. Es bello que hermanos que viven juntos y se sientan en una misma mesa marchen bajo una misma égida, pero cuánto más bello es aún que los hermanos compartan los mismos peligros por la virtud! Si hubiera sido posible, habríamos luchado con nuestros propios cuerpos por las instituciones de la patria, pues en ello se recibe muerte gloriosa; pero puesto que no ha habido ocasión para tal cosa, ofrezcamos estos mismos cuerpos en sacrificio. ¿Qué, si no morimos hoy, estaremos ya libres de morir? ¿no pagaremos ya la deuda contraída al nacer? Hagamos de la necesidad punto de honor, saquemos partido de la disolución de la carne, hagamos de lo común un título particular de gloria, compremos la vida con la muerte. Que ninguno de nosotros sienta apego a la vida o que su alma desfallezca; que el tirano, estrellado contra nosotros, desespere de triunfar sobre los demás; él impondrá el orden en los suplicios, pero nosotros impondremos el fin de las persecuciones. No nos diferenciemos en nuestro ardoroso celo; que el primero enseñe el camino a los demás, que el último ponga el sello a la victoria; tengamos todos igual resolución en recibir la corona unidos, no permitiendo al que nos persigue el apoderarse de alguno de nosotros, para que, dueño de uno solo, pueda vanagloriarse, en un arrebatado de demencia, de haber vencido a todos los demás. Hagamos ver que somos hermanos por el nacimiento y por la muerte; combatamos como si fuésemos uno solo, y que cada uno de nosotros lu- che en el lugar de todos. ¡Eleazar, recíbenos; madre, asístenos; Jerusalem, sepulta gloriosamente tus muertos, si queda algún despojo nuestro para la tumba; cuenta nuestro fin, muestra a la posteridad y a los que te aman la sepultura piadosa que ha poblado el seno de una sola madre!».

Tales fueron sus palabras y sus hechos; como los jabalíes que aguzan sus dientes los unos contra los otros, así sufren siguiendo el orden de su edad y con igual constancia. Llenaron de admiración a sus compatriotas; hirieron de éstupor y de espanto a aquellos perseguidores que, venidos para hacer la guerra a una nación entera, se vieron vencidos por la

unión de siete hermanos que combatían por la piedad, constriñendo a renunciar a toda esperanza de reducir a los demás.

Entretanto aquella generosa madre, digna en verdad de tan nobles y valerosos hijos, corazón grande y sublime formado por la Ley, había estado perpleja entre la alegría y el temor, suspensión entre dos sentimientos diferentes: gozaba con el valor de sus hijos y ante el espectáculo que veían sus ojos; temía en el porvenir y en el rigor de los suplicios. Semejante al pájaro que se acerca a una serpiente o a cualquier otro enemigo, ella revolotea dando gritos alrededor de sus hijuelos, se les aproxima, les exhorta, les suplica, se une a su combate, y no escasea ni las palabras ni el ejemplo para animarlos a la victoria. Recoge las gotas de su sangre, los girones de sus carnes, y se abraza a tan tristes restos: a uno lo recibe en sus brazos, entrega a otro, prepara un tercero, gritándoles a todos: «¡Valor, hijos míos; valor, héroes míos; valor, vosotros cuyos cuerpos « no tienen ya nada corporal!; ¡valor, defensores de la Ley, de « mis cabellos encanecidos y de esta ciudad que os ha criado y « educado en tal grado de virtud: un momento más y habremos « vencido! Los verdugos se cansan, ¡ved mi solo temor!; un « momento más y seremos felices, yo entre las madres, y vosotros entre los jóvenes. ¿Sentís dolor por vuestra madre? ¡oh! « no os abandonaré, os lo prometo: no soy tan enemiga de mis « hijos!»

Luego que los vio ya consumados en el sacrificio, cuando estuvo segura del cumplimiento del martirio, irguiendo, como el vencedor de los juegos de Olimpia, su cabeza radiante de sublime altivez y con las manos extendidas, exclamó con voz solemne: «Gracias os doy, oh santo Padre, y a ti, oh Ley que « nos has formado, y a ti, Eleazar, padre nuestro, que has pre- « cedido a tus hijos en el combate; ya habéis recibido el fruto « de mis entrañas, y quedo hecha por vosotros la más santa de « las madres. Ya no dejo nada en el mundo, todo lo he aban- « donado a Dios, mi tesoro, las esperanzas de mi vejez. ¡Qué « magníficos honores acabo de recibir! ¡qué nobles cuidados se « han tributado a mi vejez! Ya he pagado, hijos míos, las pena- « lidades que me costasteis; os he visto combatir por la virtud, « os he contemplado a todos coronados. Sí, veo bienhechores « en vuestros verdugos; más aún, doy gracias al tirano por ha- « berme reservado la última para el suplicio, a fin de que, des- « pués de haber dado a mis hijos en espectáculo, después de

« haber luchado en cada uno de mis hijos, parta de este mundo
 « con una seguridad perfecta, siguiendo a tan perfectas vic-
 « timas».

«No me mesaré los cabellos, no rasgaré mis vestidos, no
 « surcaré mis carnes con mis uñas, no haré lamentaciones, no
 « llamaré mujeres para que me acompañen en mi llanto, no me
 « encerraré en las tinieblas para que el aire llore conmigo, no
 « oíré a los que dan consuelo, no pondré en mi mesa el pan de
 « la aflicción [ácimo], como hacen las madres débiles que son
 « madres solamente en la carne y cuyos hijos mueren sin llevar
 « a cabo ninguna acción augusta. No, no habéis muerto para
 « mí, ¡oh los más queridos de todos los hijos!, sino que habéis
 « sido acogidos como frutos preciosos; no os habéis eclipsado
 « en la noche, sino que habéis cambiado de morada; no habéis
 « sido violentamente separados, sino más estrechamente unidos.
 « No es una bestia feroz la que os ha destrozado, ni una tem-
 « pestad la que os ha tragado, ni un bandido el que os ha degolla-
 « do, ni una enfermedad la que os ha consumido, ni la guerra la
 « que os ha diezmado, ni ninguno de esos accidentés ordinarios
 « o terribles anexos a las cosas humanas lo que os ha arreba-
 « tado de nosotros. ¡Con qué amargura habría llorado si os
 « hubiese sobrevenido una desgracia semejante! Llorando en-
 « tonces, me hubiera mostrado amante de mis hijos, como hoy
 « reteniendo mis lágrimas. Todo esto son débiles desgracias:
 « yo os habría, en verdad, llorado si hubieseis encontrado la
 « salvación en la cobardía, si las torturas hubiesen triunfado de
 « vosotros, si nuestros perseguidores, a quienes acabáis de ven-
 « cer, hubiesen vencido a uno solo de mis hijos. Los aconteci-
 « mientos de ahora son bendiciones, alegría, gloria, coros,
 « transportes para los que quedan sobre esta tierra; yo os
 « ofrezco mi sangre en libación. Formaremos en fila con Fi-
 « neas, seremos glorificados con Ana; y con todo, Fineas era
 « uno solo, y vosotros sois siete los que habéis luchado con gran
 « celo contra la fornicación, los que habéis castigado no la
 « prostitución del cuerpo, sino la del alma; Ana no ofreció sino
 « un solo hijo, un varón que Dios le había dado, y yo he con-
 « sagrado al Señor siete hombres, todos propicios al sacrificio.
 « Que Jeremías acabe este canto fúnebre, no llorando, sino
 « bendiciendo vuestro piadoso final: «Sois más blancos que la
 « nieve, más puros que la leche, y esta santa cohorte, engendrada
 « por Dios y a Dios ofrecida, sobrepuja a la piedra del zafiro.»

«¿Qué añadiré más? Tirano, úneme a mis hijos, si puede
«esperarse alguna gracia aun de los enemigos, para que la lu-
«cha sea más gloriosa para tí. ¡Ojalá que hubiese pasado con
«ellos por esos suplicios para que hubiese mezclado mi sangre
«a su sangre, mis viejas carnes a sus carnes (pues amo las
«torturas por el amor a mis hijos). ¡Ay, que al menos, ya que
«esto no me ha sido concedido, mezcle mis cenizas a las tuyas,
«y que una misma tumba nos reciba a todos! ¡No envidio el
«honor de una igual muerte a los que no están honrados por
«una misma virtud!»

«¡Adiós, madres! ¡adiós, hijos! Educad así a los que salie-
«ron de vuestro seno! ¡Creced en estos principios! Hemos
«dado un buen ejemplo: ¡combatid!»

Así dijo, y se reunió a sus hijos. Pero ¿de qué manera? Se lanzó a la pira (había sido condenada a este suplicio) como sobre un lecho nupcial, y no aguardó a los que debían conducirla, para que ningún cuerpo impuro tocase su puro y noble cuerpo.

Tal es el fruto que sacó Eleazar de su sacerdocio, discípulo fiel y maestro elocuente de los celestes misterios, que purificó a Israel no con aspersiones extrañas, sino con su propia sangre, y haciendo de su muerte una última expiación. Tal es el fruto que recogieron estos jóvenes de su juventud; no se hicieron esclavos del placer aunque sí dueños de sus pasiones, santificaron sus cuerpos, y fueron arrebatados a esa vida en que no se padece. Tal es el fruto que aquella madre sacó de su fecundidad: así es como ella se mostró satisfecha de sus hijos en vida y cómo descansó con ellos en la muerte; ella los crió para el mundo, y ella los ofreció a Dios, contando por el número de las víctimas el número de sus hijos nacidos, y reconociendo el orden en que fueron dados a luz por el orden en que murieron. El martirio tuvo lugar comenzando por el primero y concluyendo con el último: unos a otros se sucedieron como una ola a otra ola, y cada uno hizo admirar una virtud tanto más ardiente en el sufrir cuanto sacaban nuevas fuerzas para el combate con el ejemplo de los que les habían precedido. El tirano se mostró satisfecho de que ésta no fuese madre de mayor número de hijos, pues la vergüenza y el fracaso habrían sido no menores. Por último, reconoció Antíoco, por primera vez en su vida, que sus armas no le daban todo el poderío, cuando atacó a jóvenes desarmados que no tenían otra defensa

que la piedad, y que estaban más dispuestos a sufrir todas las torturas que él a ordenar que se ejecutasen.

Este sacrificio es más positivo y más espléndido que el de Jefté; no fué, como en aquél, el calor de una promesa y el deseo de una victoria desesperada lo que hizo necesaria la ofrenda: el sacrificio fué voluntario, y no tenía más recompensa que la esperanza. Tampoco este sacrificio es menos glorioso que el martirio de Daniel, arrojado para servir de pasto a los leones, y que no tuvo necesidad sino de extender las manos para vencer a aquéllas bestias feroces. Tal sacrificio no cede a las pruebas de los jóvenes cautivos de Asiria, a quienes un ángel refrescaba en el horno, porque no quisieron traspasar la ley de sus padres y comer manjares profanos e impuros. Este sacrificio no es menos glorioso que el de aquéllas víctimas inmoladas más tarde por Cristo: estas, en efecto, como ya dije al principiar el discurso, seguían el reguero de la sangre de Jesús y tenían por guía en el combate al Dios que ofreció por nosotros un sacrificio tan grande y tan increíble; los otros no tenían ante su vista tantos ni tan nobles ejemplos de virtud.

La Judea entera admiró su constancia; ella se enorgulleció y se reanimó cual si en sí misma hubiese recibido la corona. Lo que se ventilaba en esta lucha, la más importante de cuantas sostuvo Jerusalem, era ver en aquel día la Ley o derribada o glorificada; este combate era para la raza hebrea un solemne momento de crisis. Antíoco también se sorprendió con respeto, y la amenaza se cambió en admiración, pues hasta los mismos enemigos saben reconocer la virtud, y, cuando la cólera se aplaca, se estiman las cosas en lo que en sí valen. De suerte que abandonó la empresa, tributó alabanzas a su padre Seleuco por las distinciones que había concedido a este pueblo y por su munificencia para con el templo, y abrumó de reconveniones a Simón, a quien había hecho venir, considerándole la causa de sus crueldades y de su deshonor.

Sacerdotes, madres, jóvenes, imitemos este gran ejemplo: sacerdotes, tributad honores a Eleazar, nuestro padre espiritual, que nos ha mostrado el mejor camino con palabras y con obras; madres, honrad a esta madre generosa manifestando verdadero afecto a vuestros hijos, y ofreced a Cristo vuestros vástagos, para que este sacrificio santifique el matrimonio; jóvenes venerad estos tiernos santos, consagrad vuestra adolescencia no a satisfacer vergonzosos deseos, sino a luchar con-

SAN GREGORIO DE NACIANZO

tra vuestras pasiones; combatid bravamente contra el Antioco de todos los días, que hace la guerra a todos nuestros miembros y os persigue de mil modos. Yo desearía que, en toda circunstancia y en toda clase de combates todos los órdenes y todas las edades tuviesen atletas que imitar para rechazar los ataques francos y las emboscadas secretas, que se buscasen ejemplos en las antiguas y en las nuevas historias, en todas partes, en fin,—del mismo modo que la abeja extrae jugos útiles con los que forma industriosamente un panal de dulce miel,—para que, por el Antiguo y el Nuevo Testamento, Dios sea honrado por todos, Él que se glorifica en el Hijo y en el Espíritu Santo, que conoce a los suyos y es conocido de ellos, que confiesa a los que le confiesan, que glorifica a los que le dan gloria, por el mismo Jesucristo, a quien pertenece la gloria por los siglos de los siglos.—AMÉN.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

HOMILIA SOBRE LA VUELTA DEL OBISPO FLAVIANO. (1)



AS palabras que no he cesado de repetir al comenzar mis discursos durante los días del peligro serán también hoy, mis amados hermanos, las que me servirán de exordio, y excluiré con vosotros: ¡Bendito sea Dios, que ha permitido que celebremos esta santa fiesta con transportes de alegría y satisfacción, que ha devuelto la cabeza al cuerpo, el pastor al rebaño, el maestro a los discípulos, el general a los soldados, el gran sacerdote a los sacerdotes! ¡Bendito sea Dios, que ha concedido más de lo que le pedíamos, lo que no pensábamos!

Estamos satisfechos de vernos libres de los males que pendían hasta este momento sobre nuestras cabezas, y esto era el objeto de todas nuestras plegarias; pero el Dios de bondad, que con la infinita grandeza de sus bienes aumenta siempre

(1) En Febrero del año 387 los habitantes de Antioquía se sublevaron por los excesivos impuestos que sobre ellos pesaban, rompiendo las estatuas de Teodosio, de su mujer y de sus hijos. Pasado el primer momento de arrebato y temerosa de castigo la ciudad, comisionó al obispo Flaviano para aplacar al emperador, que estaba muy irritado por haber sido su metrópoli más favorecida. Flaviano encuentra en el camino a los comisarios encargados de infligir un castigo ejemplar, y obtiene de ellos el no destruir los monumentos y edificios públicos ni proceder contra los sediciosos hasta que recibiesen nuevas instrucciones: entretanto llega a Constantinopla y consigue calmar la cólera de Teodosio.—Haría un año próximamente que estaba ocupado Flaviano en esta difícil misión, cuando un día, fiesta de la Pascua, anuncia repentinamente un correo la vuelta del obispo. San Juan Crisóstomo, que no había cesado de reanimar el espíritu del pueblo con admirables discursos (veinte han llegado hasta nosotros), sube entonces a la cátedra y pronuncia la presente notable homilía, a la que sirve de complemento el elocuente discurso del retórico pagano Libanio, que versa sobre el mismo asunto.

cuanto le pedimos, nos devuelve a nuestro padre más pronto que lo que nosotros nos hubiéramos atrevido a esperar. ¿Quién hubiera creído que en tan pocos días se apartaría de nosotros, hablaría con el príncipe, disiparía nuestros peligros, y volvería tan presto para presidir la Santa Pascua y celebrarla con nosotros? Y he aquí que tal suceso inesperado se realizó; hemos recobrado a nuestro padre, y experimentamos por ello tanta alegría cuanto nos era contraria la esperanza. Demos gracias por todos estos beneficios al Dios de bondad; admiremos su poder, su clemencia, su sabiduría, y la protección que dispensa a esta ciudad. El diablo había intentado destruirla toda por la audacia con que procedió; pero Dios se ha servido de este suceso para ilustrar a la ciudad, al sacerdote y al príncipe, y para realzar más su antiguo esplendor.

Honróse la ciudad porque, en tan grande y súbito peligro, desdeñando a cuantos ejercen autoridad, a todos cuantos envuelve la opulencia, a todos los que gozan de gran influjo cerca del emperador, buscó aquélla su refugio en la Iglesia, en el sacerdote de Dios que, con fe sin límites, hizo depender toda su esperanza del cielo. Ciertamente, cuando, después de la salida de nuestro padre común, se turbaba por doquier a los presos, cuando se les decía que la cólera del emperador, lejos de apaciguarse, no haría sino agriarse más y más, que meditaba la destrucción de la ciudad hasta sus cimientos, cuando a estos rumores se añadían otros y otros, los prisioneros no se dejaban, en modo alguno, caer en abatimiento. Les decíamos que eso eran mentiras, artificios del diablo para destruir su noble confianza, y entonces respondían: «No necesitamos palabras de consuelo: sabemos qué refugio hemos elegido, qué esperanza hemos abrazado; hemos fundado nuestra salvación en el áncora santa; no hemos confiado en un hombre, sino en Dios Todopoderoso. También tenemos seguridad en que todo concluirá bien, pues no es posible, no, que semejante esperanza quede jamás fallida». ¿No son más gloriosas estas respuestas para la ciudad que mil coronas y mil elogios? ¿Qué tesoros de bienaventuranzas no merecerá en el porvenir por parte de Dios? No, no es dado a las almas vulgares el tener buen sentido en los momentos de prueba, el levantar la vista a Dios, y despreciar los socorros humanos para suspirar sólo por la ayuda divina!

La ciudad se ha honrado, pues, y el sacerdote no menos

que la ciudad. Él ha ofrecido su vida por nosotros, y, aunque retenido por mil impedimentos, por la estación, por su edad, por esta fiesta, y sobre todo, por una hermana próxima a exhalar el último suspiro, se ha sobrepuesto a todos estos obstáculos y no se dijo: «¿Y qué, la única hermana que me resta, la que lleva « conmigo el yugo de Cristo, la que largo tiempo compartió mi « morada, va a exhalar el postrer aliento? ¿la abandonaré, me « alejaré, no la veré expirar, no oiré sus últimas palabras? « ¿Hará ella, entretanto, votos cotidianos porque su hermano le « cierre los ojos, le junte los labios, le dé sepultura, cumpla, « en fin, todos los deberes mortuorios, y, semejante a una mu- « jer abandonada y sin protector, no conseguirá nada de este « hermano de quien ella lo esperaba todo, y entregará su alma « sin ver las prendas más queridas de sus deseos? ¿No le será « esto más penoso que todas las muertes juntas? Si estuviese « yo lejos de ésta ¿no debería acudir, hacerlo todo, sufrirlo « todo, para cumplirle este servicio? Y ahora que estoy cerca « ¿he de partir, he de dejarla? ¿Cómo sobrellevará los días de « mi ausencia?»

No ha dicho, no ha pensado nada semejante, sino que, estimando superior a los vínculos de la carne el temor de Dios, ha comprendido con razón que, si las tempestades dan a conocer al piloto y los peligros al caudillo de un ejército, los tiempos de prueba revelan al verdadero sacerdote. «Todos los ju- « díos, —se ha dicho— todos los gentiles tienen fijos los ojos en « nosotros; no defraudemos, pues, las esperanzas que en nos « pusieron, ni permanezcamos indiferentes ante tan triste nau- « fragio; confiemos a Dios cuanto nos concierne, y ofrezcámosle « nuestra vida». ¡Considerad la grandeza de alma del sacerdote y la bondad de Dios!; gozó de cuanto ha sacrificado, y al mismo tiempo que obtenía la recompensa de su celo, hallaba más vivo encanto en el placer que no encontraba. Se resignó, para salvar la ciudad, a celebrar la fiesta en tierra extranjera y lejos de los suyos; pero Dios nos lo ha devuelto en la Pascua, para que, al celebrar con nosotros esta fiesta, recibiese el premio de su resignación y sintiese de nuevo más dulce alegría. No temió esta estación del año, y un riguroso verano ha reinado durante todo el tiempo de su viaje. No tuvo en cuenta su edad, y ha recorrido este camino tan largo con tanta facilidad como un joven lleno de savia. No había pensado en el fin de su hermana: este pensamiento no le había asaltado; a su regreso la

SAN JUAN CRISÓSTOMO

volvió a encontrar viva, y entró en posesión de todo cuanto había sacrificado.

Así es como el sacerdote se llenó de honor a los ojos de Dios y de los hombres; en cuanto al emperador, este acto le ha prestado más esplendor que su corona. Desde luego ha manifestado que concederá a los sacerdotes lo que no concedería a nadie; después ha mostrado el más vivo deseo de tenernos en su gracia y de acallar su cólera. Pero para que conozcáis mejor la magnanimidad del príncipe, la prudencia del sacerdote, y, sobre todo, la bondad de Dios, permitidme que os refiera algo de las entrevistas que han tenido. Os remitiré a lo que he sabido por uno de los que se encontraban en el palacio, pues nuestro padre no ha dicho ni poco ni mucho sobre el particular, sino que, imitando la grandeza de alma de San Pablo, oculta constantemente sus propios méritos; así, a los que le interrogaban por todas partes sobre lo que había hablado al emperador, sobre los medios de que se había valido para persuadirle y apagar todo su resentimiento, contestaba en estos términos: « Nosotros no hemos influido en nada: el emperador mismo, a quien Dios tocó en el corazón, ha depuesto su cólera y ha aplacado su enojo antes de que hubiésemos abierto la boca; hallaba de todo cuanto ha pasado y refería los detalles sin acrimonia, como si fuese otro el ultrajado». Pero cuanto ha callado por humildad, Dios lo sacó a la luz del día. ¿Cómo ha sucedido todo? Esto es lo que voy a referiros, empezando el hilo de mi discurso desde mucho antes.

Cuando salió de la ciudad, a la que dejaba en un estado de abatimiento general y profundo, sufría más que nosotros los que estábamos en el seno mismo del peligro. En medio del camino encontró a los comisarios enviados por el emperador para informarle de cuanto había ocurrido, y cuando supo de boca de aquéllos el objeto de su misión, previendo los males que iban a caer sobre la ciudad, tumulto, fugas, espanto, angustias y peligros, derramaba raudales de lágrimas y sentía como si se le desgarrasen las entrañas, pues los padres se afligen mucho más cuando no están presentes a los sufrimientos de sus hijos. Tal era, en verdad, el sentimiento de este padre lleno de ternura; lloraba doblemente porque veía los males que iban a aniquilarnos, y porque se encontraba lejos de nuestro lado en los momentos de la desgracia. Pero esta pena influía también en nuestra salvación, pues cuando oyó a los emisarios del empera-

dor, vertió amarguísimas lágrimas, se echó en brazos de Dios con abundantes plegarias, y pasó las noches en vela suplicándole que socorriese la ciudad en sus sufrimientos y dulcificase las resoluciones del príncipe.

Cuando llegó a la gran ciudad y penetró en el palacio, se mantuvo de pié lejos del emperador, mudo y llorando, con la cabeza baja y la frente turbada, como si fuese él mismo el autor de todos los desórdenes. Quería con su actitud, con su mirada, con sus gemidos, inclinar desde un principio al rey a la piedad, antes de hablarle de nosotros. No les quedaba a los culpables sino un solo medio de obtener el perdón: callarse y no abrir la boca para defenderse. Deseaba también, a la vez, hacer salir un sentimiento del alma del emperador y reemplazarlo con otro, desterrar su cólera y atraer la calma, para preparar los caminos del lenguaje de la apología; todo lo cual sucedió como deseaba. Y así como Moisés, cuando el pueblo pecó, subió a la montaña y se mantuvo mudo hasta que Dios le habló primero y le dijo: « Déjame hacer, y exterminaré a este « pueblo,» de igual modo obró nuestro obispo.

El emperador, viéndole llorar y bajar los ojos a tierra, se aproximó el primero y le manifestó con su lenguaje los sentimientos que le inspiraban las lágrimas del sacerdote. Sus palabras no acusaban cólera ni indignación, sino tristeza; no el arrebato, sino la calma, o más bien, un profundo dolor. Oyendo sus palabras, comprenderéis ser todo esto verdad. No decía: « ¿Qué es esto? ¿vienes a mí como embajador de éstos malvados, indignos de que se les perdone la vida; de estos rebeldes, « de estos sediciosos que merecen toda clase de castigos?» Lejos de usar de estas expresiones, hizo una apología llena de dulzura y de majestad; enumeraba todos los beneficios con que favoreció nuestra ciudad mientras duró su reinado, y añadía a cada uno de estos recuerdos: «¿Es este el galardón que « debía recibir? ¿De qué injusticia se ha querido tomar venganza? ¿De qué cosa seria o frívola se me tiene que hacer cargos, « para que hayan ultrajado no solo a mí, sino también a los « muertos? No les ha sido bastante el desencadenar su cólera « contra los vivos: si no insultaban también a los que están en « las tumbas, no creían que se mostraban bastante audaces. « Les hemos ofendido (al menos así lo creen); debían, pues, dejar en paz a los difuntos, que no les han hecho mal alguno, y « a quienes no podían dirigir iguales censuras que a mí. ¿No

« he preferido siempre esta ciudad a todas las demás? ¿No me
 « fué más querida que aquella que me vió nacer? ¿No significué
 « sin cesar la promesa de ver vuestra metrópoli, y no tenía
 « prestado juramento ante todos vosotros de visitarla?»

Entonces el sacerdote, lanzando un amargo gemido y ver-
 tiendo lágrimas ardientes, rompió el silencio, pues veía que la
 justificación del rey hacía más grande nuestro crimen, y, sus-
 pirando desde el fondo de su corazón con profunda tristeza,
 dijo: «¡Oh rey! reconocemos y no negamos este afecto que has
 « manifestado por nuestra ciudad, pero lo que nos aflige más
 « es que los demonios hayan echado una mirada de envidia so-
 « bre ciudad tan querida por tí, que hayamos parecido ingratos
 « para con nuestro bienhechor, y que hayamos irritado a un
 « príncipe cuyo afecto a nosotros es tan vivo. Destruye, que-
 « ma, mata, haz cuanto puedas imaginar, y no habrás tomado
 « de nosotros venganza proporcionada al crimen; nosotros va-
 « mos más adelante y sufriremos un suplicio peor que mil muer-
 « tes. ¿Hay nada más amargo que haber ofendido indigna-
 « mente a un bienhechor, a un amigo tan tierno, y reconocer
 « que toda la tierra lo sabe y nos echa en cara tan negra ingra-
 « titud?»

«Si los bárbaros hubiesen hecho una irrupción sobre nues-
 « tra ciudad, hubiesen arrasado sus murallas, incendiado sus
 « casas, hecho cautivos a sus habitantes, el mal sería menor.
 « ¿Porqué? Porque viviendo tú y dándonos tantos testimo-
 « nios de tu benevolencia, nos quedaría la esperanza de ver
 « terminar todos estos males, de recobrar nuestro pristino es-
 « plendor, de entrar de nuevo en posesión de nuestra libertad
 « con más fuerza aún. Pero ahora que tu afecto nos ha sido
 « arrebatado, que esa ternura, segurísima muralla nuestra, se
 « dispó, ¿en quién nos ampararemos en el porvenir? ¿a qué
 « parte dirigiremos la vista después de haber irritado a un rey
 « tan dulce, a un padre tan indulgente? Su atentado ha sido
 « horrible, pero han recogido terribles sufrimientos; no se atre-
 « ven a mirar a hombre alguno frente a frente ni pueden con-
 « templar el sol cara a cara, pues la vergüenza les hace cerrar
 « los párpados y les fuerza a cubrirse el rostro. Privados de
 « toda libertad, son hoy más infelices que el último de los es-
 « clavos, soportan la más afrentosa ignominia, y cuando piensan
 « en la enormidad de sus maldades, en la insolencia de sus
 « excesos, no pueden respirar; saben que han levantado contra

« sí a los habitantes del mundo entero, cuyas reconvenciones
« son más sangrientas que las del príncipe ultrajado.»

« Si quieres, príncipe, esta herida puede curarse, y hay un
« remedio para estos males. Muchas veces, entre personas par-
« ticulares, las más graves ofensas son el principio de una gran
« amistad. Así sucedió también con nuestra especie: cuando
« Dios creó al hombre, le colocó en el Paraíso y le colmó de
« venturas, el diablo no pudo soportar tanta felicidad, tuvo
« celos del hombre, y le hizo caer del lugar preeminente que
« Dios le había dado; pero entonces Dios, lejos de abandonar-
« nos, nos abrió el cielo en lugar del Paraíso, queriendo al mis-
« mo tiempo manifestar al hombre su bondad y castigar con
« más rigor al diablo. Obra así, príncipe! Los demonios lo han
« intentado todo para apartar de tu buena voluntad a una ciu-
« dad a quien tú querías sobre las demás; sabedor de sus ma-
« quinaciones, reclama de nosotros la venganza que quieras,
« pero no nos prives de tu antigua amistad. Es más, aunque te
« sorprenda lo que digo, demuestra por nuestra ciudad en este
« día más favor aún, y ponla en primer lugar entre tus ciuda-
« des amadas, si quieres castigar a los demonios que tal conju-
« ración tramaron. Si la destruyes, si la arrasas, si la borras
« de la tierra, habrás llevado a cabo lo que aquéllos desean
« largo tiempo ha; pero si aplacas tu enojo, si proclamas que
« quieres a esta población más que la querías antes, les darás
« un golpe mortal y les causarás el más terrible castigo, ha-
« ciéndoles ver que no sólo no han ganado nada con sus terri-
« bles maquinaciones, sino que todo se ha vuelto contra sus
« propios designios. Será muy justo que hagas esto y que ten-
« gas piedad de una ciudad a la que tu amistad excitó la envidia
« demoníaca: si no nos hubieses amado tanto, no hubieran te-
« nido celos de nosotros! Mis palabras te extrañarán, pero son
« verdaderas: por ti, por tu afecto sufrimos estos males. Y esas
« palabras que decías en favor nuestro al justificarte ¿no son
« más amargas que todos los incendios y que todas las ruinas?»

« Tú has sufrido—dirás—un ultraje como no sufrió nunca
« ninguno de los monarcas que te precedieron. Pues si quieres
« ¡oh rey clementísimo y el más prudente y más piadoso de
« todos los príncipes!, este mismo ultraje puede darte una co-
« rona más resplandeciente que esa diadema. La diadema es al
« mismo tiempo prueba de tu virtud y señal de la liberalidad
« del que te la dió, pero la corona que te teja la clemencia no

« la deberás sino a ti y a tu cordura: el universo admirará me-
 « nos esas piedras preciosas que alabarán el dominio de tu pro-
 « pia cólera. Si perdonas su crimen a los que te ofendieron, si
 « renuncias a toda venganza, no será una imagen de bronce,
 « oro o diamante la que te erigirán en la plaza pública, sino que
 « te levantarán un monumento más precioso que los más ricos
 « materiales y en donde aparecerás revestido de clemencia y
 « de bondad. Así es como cada uno llevará tu imagen en su
 « corazón, y contarás tantas estatuas como hombres hay y
 « habrá sobre la tierra. No es solamente nosotros: son nuestros
 « hijos y los hijos de nuestros hijos los que oirán esta historia,
 « y te admirarán y te readmirarán como si ellos mismos hubie-
 « ren recibido el beneficio. Y para hacerte ver que no hablo
 « así por adularte, sino que acaecerá verdaderamente esto, te
 « contaré un antiguo sucedido que te enseñará que los ejérci-
 « tos, la fuerza, la riqueza, la multitud de cosas y demás ven-
 « tajas de la naturaleza dan ordinariamente a los reyes menos
 « esplendor que la prudencia y la dulzura de alma.»

«Cuentan que la imagen del bienaventurado Constantino
 « había sido apedreada; de todas partes le excitaban a que cas-
 « tigase este ultraje, a que ejerciese venganza; le decían que
 « su rostro había sido maltratado a pedradas, pero él, pasándo-
 « se la mano por la frente y sonriendo con dulzura, contestó:
 « No veo que haya recibido herida alguna; ni mi cabeza ni mi
 « rostro han padecido». Se dice que tal respuesta hizo enroje-
 « cer a los que así le aconsejaban, que los llenó de confusión,
 « y que enunciaron a tan bajas insinuaciones. Todos celebran
 « hoy esta respuesta, y el tiempo no ha debilitado ni ha borra-
 « do el recuerdo de tanta prudencia».

«¿Qué trofeos darán tanto esplendor como esta contesta-
 « ción? Constantino ha fundado bastantes ciudades y ha com-
 « batido con muchos bárbaros, mas todo lo hemos olvidado,
 « mientras que su respuesta se celebra hoy en día y será cono-
 « cida de nuestros hijos y de nuestros nietos. Pero lo es
 « digno de admiración no es que las generaciones futuras la se-
 « pan, sino que los que la repiten y los que la oyen la acompa-
 « ñen de alabanzas y bendiciones. Nadie la escucha guardando
 « silencio, sino que todos prorrumpen en exclamaciones, hacen
 « el elogio del que la dió, y le desean las bienaventuranzas de la
 « otra vida. Si por esta respuesta gozó tanta gloria entre los
 « hombres, ¡qué coronas no recogerá del Dios de las bondades!»

«¿Pero hay necesidad de citar a Constantino y los ejemplos
« de otros cuando debería sacar mis exhortaciones de ti mismo
« en tus propios actos de virtud? Acuérdate que ha poco, en la
« época de esta misma fiesta, enviaste por toda la tierra una
« carta en la que mandabas poner en libertad a los prisioneros
« y perdonarles sus delitos; y, como si esto no fuese aún bas-
« tante para atestiguar tu bondad, decías en la misma: «¡Ojalá
« me fuese también posible llamar y hacer salir de sus tumbas
« a los que ya no existen! ¡ojalá pudiera volverlos a la vida!»
« Acuérdate hoy de esas palabras. He aquí llegado el momento
« de levantar los muertos, sacarlos de sus tumbas, devolverlos
« a la vida! Estos desgraciados están ya muertos, y, antes de
« que tu decreto sea puesto por obra, la ciudad entera se en-
« cuentra a las puertas del infierno; sácala de su tumba, tú pue-
« des hacerlo sin trabajo, sin demora, sin pena; te basta pro-
« nunciar una sola palabra para hacer salir a Antioquía de las
« tinieblas en que está sumida. Permite que tal palabra tome
« en este día un nombre que despierte tu clemencia; tal pala-
« bra será menos de agradecer para el primitivo fundador que
« para tu decreto que va a salvarla, pues aquél, después de ha-
« ber dado existencia a la dicha ciudad, dejó la tierra, en tanto
« que tú levantarás tan grande y poderosa metrópoli, repen-
« tinamente abatida después de largos días de prosperidad. Si
« hubiese caído en manos enemigas, si la hubiesen invadido
« bárbaros, serías menos grande salvándola del peligro que per-
« donándola hoy: de estas dos cosas, una ha sido ya mil veces
« puesta en obra por príncipes diversos; la otra será llevada a
« cabo por ti solo, tú serás el primero, y contra todo fin de ha-
« cer un acto de resonancia. Proteger a los súbditos no es tem-
« peramento sorprendente ni extraordinario, es lo que se viene
« haciendo a diario; pero domar la cólera después de haber su-
« frido tales ultrajes, esto sí que traspasa los límites de la na-
« turaleza humana!»

«Piensa que en este día no vas a deliberar sólo sobre la
« suerte de esta ciudad, sino también sobre tu propia gloria, o
« más bien, sobre el cristianismo entero. Los judíos, los genti-
« les, hasta los mismos bárbaros (pues saben cuanto ha suce-
« dido) tienen los ojos fijos sobre ti, aguardan el decreto que
« vas a fulminar contra los culpables. Si das una sentencia
« dulce y pia, todos te alabarán, glorificarán a Dios, y dirán
« entre sí: «¡Oh, qué poder el de la religión cristiana!; un hom-

«bre que no tiene igual sobre la tierra, que es dueño de trans-
«formarlo todo, de destruirlo todo, la religión le contiene y
«enfrena, le enseña una moderación que ninguna persona cons-
«ciente ha mostrado. El Dios de los cristianos es, en verdad,
«grande, pues transforma a los hombres en ángeles, y los eleva
«por encima de todos los sentimientos de la naturaleza.»

«No concibas vanos temores, no des oídos a esos hombres
«que te dicen que las demás ciudades te estarán menos sumi-
«sas, que menospreciarán tu autoridad si Antioquía no recibe
«un ejemplar castigo. ¡Ah! si no estuvieses en condiciones de
«castigarla, si los culpables hubiesen triunfado de ti por la
«fuerza, si su poder fuese igual que el tuyo acaso serían fun-
«dados esos temores, ¿pero si están heridos de terror y muer-
«tos de espanto, si se han prosternado ante tus pies casi en
«persona, si esperan caer cada día en un abismo, si les ves
«mirando al cielo dirigiendo a Dios sus plegarias en comuni-
«dad, unirse a mí, suplicando, ayudarme en esta empresa; si,
«semejantes a hombres que van a dar el último suspiro, pien-
«san cada uno en lo que más les interesa, no es vano seme-
«jante temor? Si hubieses dado la orden de que los degollasen.
«no sufrirían los males que sufren en estos momentos, vivien-
«do ya tantos días en continuo terror y en continua alarma:
«cuando viene la noche no esperan ver la aurora: cuando nace
«el día desesperan de llegar a la tarde. ¡Cuántos han caído en
«las garras de las bestias feroces al huir a los desiertos y al
«refugiarse en sitios inaccesibles; no sólo hombres, sino niños,
«y también mujeres libres y de alta jerarquía, ocultos tantas
«noches y tantos días en cavernas, en antros, en barrancos!
«Un nuevo género de cautividad envuelve la ciudad; sus edifi-
«cios y murallas están de pie, pero su condición es aun más
«miserable que la de las ciudades reducidas a cenizas; allí no
«hay bárbaros, allí no hay enemigos, pero sus habitantes son
«más desgraciados que los prisioneros, y la hoja que se mueva
«los hiela de espanto. Todos los pueblos saben esto y la vi-
«sión de Antioquía destruida no será para ellos lección tan
«grande como la historia de sus infortunios. No creo que las
«otras ciudades te estén más sumisas: aunque las derribases
«hasta sus fundamentos les darías enseñanza menor que este
«incierto esperar en el porvenir, lección más saludable que
«todos los castigos!»

«No prolongues más tiempo sus aflicciones, déjalos al fin

« respirar. Castigar éstos delitos, vengar sus faltas es cosa
 « fácil y sencilla; librar de persecuciones a los que nos han ul-
 « trajado, perdonar a aquéllos cuyo crimen excede al perdón es
 « lo que un hombre solo o dos a lo más son capaces de hacer,
 « sobre todo cuando es rey el ofendido. Es cosa fácil contener
 « una ciudad por el miedo, pero conquistar el amor de todos
 « los hombres, inspirar a todos afecto por la autoridad, unirlos
 « para formular sus votos no solo en común sino particularmen-
 « te por la gloria del reino, esto es lo que es difícil. El gastar
 « inmensos tesoros, el hacer maniobrar innumerables ejércitos,
 « el poner todo en ejecución no grangea sino difícilmente el
 « afecto de tantos hombres; pero tú, tú puedes hacerlo hoy có-
 « modamente y sin esfuerzo; los que experimenten tus beneficios
 « y los que oigan el hecho, todos a su vez estarán en igual dis-
 « posición de ánimo para contigo. ¿Al precio de cuántas rique-
 « zas y de cuántas fatigas no comprarías la ventaja de poder
 « adquirir en un instante toda la tierra y de persuadir a los que
 « existen y a los que nazcan en adelante para que hagan por
 « tu persona los mismos votos que por sus hijos? Pues si tal es
 « la recompensa entre los humanos, sondea la grandeza de la
 « que recibirás de Dios, no solo por tu acción noble, sino tam-
 « bién por las huellas de igual virtud de que el porvenir será
 « testigo.»

« Mas si alguna vez, lo que estoy bien lejos de desear, se
 « repitiesen las mismas circunstancias y el que los príncipes ul-
 « trajados quisiesen vengar sus injurias, tu dulzura y tu mode-
 « ración sería para ellos una gran enseñanza, una exhortación
 « poderosa; se enrojecerían tendrían vergüenza de quedar por
 « debajo de un ejemplo de prudencia tal. Tú serás, pues, el
 « que enseñes a los reyes del porvenir, y estarás sobre ellos
 « aún cuando se eleven al más alto grado de virtud, pues no es
 « lo mismo dar el primero el ejemplo de tal bondad que imitar
 « las acciones generosas de los demás, presentes ante nuestra
 « vista. También recibirás con ellos la recompensa de cualquier
 « acto de humanidad y de clemencia que tus sucesores puedan
 « hacer: hay que atribuir los frutos al que sembró el árbol. Na-
 « die puede hoy compartir contigo la gloria de una clemencia
 « que tú solo mereces, y si en el porvenir se encontrasen al-
 « gunos en el caso tuyo, también podrás compartir con ellos la
 « gloria por igual y llevar la misma parte que el maestro en el
 « éxito de sus discípulos; y si nadie te imita, entonces las ala-

«banzas y las bendiciones se te acrecerán de generación en generación.»

«Reflexiona también cuán hermoso será el que la posteridad sepa que en el momento en que tan gran ciudad mereció el castigo y la venganza, cuando todos temblaban de miedo, cuando los generales, los prefectos, los jueces espantados no se atrevían a abrir la boca en favor de estos desgraciados, un solo anciano fué hasta ti, revestido del sacerdocio de Dios, aplacó el alma del poderoso con solo su voz, con solo su esfuerzo, y que el emperador, respetando las leyes de Dios, otorgó al anciano la gracia que había denegado a todos los demás. La misma ciudad te ha hecho un gran honor eligiéndome para esta embajada; te ha rendido el testimonio más grande y más bello de todos: el que tienes en más estima, a pesar de su debilidad, a los sacerdotes del Señor que a todo el imperio sometido a tus leyes. Pero yo no vengo hoy solamente de parte de mis conciudadanos; antes que éstos me envía a ti el Padre común de los ángeles para repetir a tu dulce y clemente alma estas palabras: «Si perdonáis a los hombres las faltas que hicieron contra vos, vuestro Padre celestial os perdonará también los pecados». Acuérdate, pues, de este día en que rendimos cuentas de nuestras acciones; piensa que si has cometido alguna falta, puedes borrarlas todas sin esfuerzo con la sentencia que vas a dar.»

«Otros embajadores traen oro, plata y otros presentes semejantes; yo vengo solo ante tu trono con las santas Leyes que te presento en dones, y te exhorto a imitar a tu Divino Maestro que, insultado todos los días por nosotros, no deja de otorgarnos sus beneficios. No confundas nuestras esperanzas, no rechaces nuestras promesas. Quiero que tú lo sepas y que aquéllos lo sepan también: si te dignas reconciliarte con nuestra ciudad, concede-le tu antigua benevolencia, deponer tu justa cólera, me volveré a ella lleno de confianza; pero si destierras de tu corazón a Antioquía, no solamente no entraré allí jamás, no veré más su suelo, sino que renegaré por siempre de todo lo suyo y me haré inscribir en otra ciudad. ¡Lejos de mí el estimar como patria propia a una ciudad con la que no ha querido reconciliarse y hacer las paces el mejor y más clemente de todos los hombres!»

Estas palabras y otras que dijo más conmovieron de tal modo al príncipe, que le sucedió lo que en otro tiempo a José.

José, viendo a sus hermanos, quería llorar, pero ocultaba su ternura por no descubrir su interior; de igual modo lloraba el emperador desde el fondo de su alma, pero no lo manifestaba por los que estaban allí presentes. Empero no pudo disimular hasta lo último su emoción, y dejó ver su estado de ánimo contra su voluntad. Después de la arenga que acababa de oír no tuvo necesidad de largos discursos: sólo dijo estas palabras que proyectan sobre sí un resplandor más vivo que el de su diadema: «¿Y qué? ¡es tan admirable y tan maravilloso que otros hombres hagan enmudecer nuestra cólera contra los que nos ofendieron! Puesto que el Señor de la tierra, venido a este mundo, hecho esclavo por nosotros, crucificado por los que Él colmó de venturas intercedió con el Padre por sus verdugos diciéndole: «Perdónalos, que no saben lo que se hacen, ¿no es natural que nosotros perdonemos a nuestros compañeros de esclavitud?»

Estas palabras eran sinceras, como prueba cuanto sigue, y especialmente lo que voy a referir. Como el sacerdote quisiese quedar a su lado para celebrar la fiesta, él le forzó a apresurar su salida y a presentarse a sus conciudadanos. «Sé—le dijo—que sus almas están atormentadas, que la desgracia ha dejado huella en ellos: ve, consuélalos! Viendo a su piloto, no se acordarán ya de la tempestad pasada y borrarán de su memoria todos sus dolores». Y como el sacerdote insistiese y le rogase el enviar a su hijo, queriendo así demostrar claramente que había apartado de su corazón todo resentimiento, añadió: «Orad porque estos obstáculos desaparezcan, porque estas guerras concluyan, e iré yo mismo». ¿Puede concebirse nada tan dulce como esta alma? ¿Queden los gentiles confundidos, o más bien, que no queden confundidos, sino aleccionados; que renunciando a sus errores vuelvan al poder del cristianismo, y que el príncipe y el sacerdote les enseñen la sabiduría de nuestra ley!

No paró ahí el piadoso emperador, sino que, cuando el sacerdote salió de la ciudad y pasó el mar, le envió, en su viva solicitud, correos para que, sin pérdida de tiempo, celebrase la Pascua aquí y no privase a la ciudad de esta parte de alegría. ¿Que padre más tierno tomó tanto interés por aquellos hijos que le habían ofendido? Aún debo añadir un nuevo rasgo en alabanza de este sacerdote: cuando terminó con estas negociaciones, no se preocupó, celoso de gloria, en llevar por sí mis-

mo las cartas que debían disipar nuestra aflicción: como caminaba lentamente, quiso que un hombre experto en conducir caballos se le adelantase y anunciase a la ciudad la feliz nueva, para que las dilaciones de su regreso no prolongasen nuestro abatimiento. No latía en su corazón el sentimiento de no poder llevar por sí propio esta buena nueva tan fecunda en alegría, sino que nuestra ciudad respirase libremente cuanto antes!

Por todo esto habéis adornado la plaza pública con guirnaldas, habéis encendido luminarias, habéis arrojado ante vuestras casas lechos de follaje, habéis celebrado una fiesta como si Antioquía acabase de ser fundada de nuevo; estad siempre de fiesta en el porvenir, pero de distinta manera, coronando de virtud en vez de flores, encendiendo en vuestras almas la antorcha de las buenas obras, regocijándoos con alegría espiritual. No dejemos nunca de dar gracias a Dios por todo esto; démosle gracias con el más profundo reconocimiento, no sólo por haber disipado el peligro, sino por haber permitido que se condensase, pues se ha servido de ambos medios para dar una enseñanza a nuestra ciudad. Mantened, como dice el Profeta, a vuestros hijos en esta historia; que vuestros hijos la transmitan a sus descendientes y éstos a las generaciones sucesivas, para que todos los venideros aprendan, hasta la consumación de los siglos, las pruebas de bondad que Dios concedió a esta ciudad, nos estimen dichosos por haber experimentado los efectos de semejante favor, admiren al señor que acaba de levantar a una ciudad caída en el abatimiento, y encuentren por sí mismos en todo cuanto ha sucedido exhortaciones a la prudencia. También el conocimiento de nuestras desventuras podrá ser útil no sólo a nosotros mismos, sino también a los que nos subsigan. Penetrados en estas reflexiones, demos gracias continuas al Dios de las bondades, ya por nuestra liberación, ya por los males que ha permitido, adoctrinados todos por las Sagradas Escrituras y por nuestra propia experiencia en Él que ordena siempre todas las cosas para nuestro bien con aquella bondad que le es propia, para que así podamos, después de haber sufrido estas pruebas, alcanzar también el reino celestial en Jesucristo Nuestro Señor, cuya es la gloria por los siglos de los siglos.—AMÉN.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

HOMILIA EN FAVOR DE EUTROPIO. (1)



SIEMPRE en verdad y especialmente ahora es oportuno el exclamar: «Vanidad de vanidades y todo vanidad!» ¿Dónde están en este momento las brillantes insignias del consulado? ¿en dónde las resplandecientes antorchas? ¿dónde las aclamaciones, los bailes, los banquetes y los festines solemnes? ¿dónde las coronas y los tapices? ¿dónde el estruendo de la ciudad, las alabanzas, las carreras del circo y las adulaciones de los expectadores? Todo ha desaparecido, y un cierzo repentino ha echado por tierra las hojas, mostrándonos el árbol desnudo y agitado desde su propia raíz; ¡tal ha sido el vendabal que amenaza no solo desarraigar sino que hasta tronchar las fibras de este árbol! ¿En dónde están ahora los falsos amigos? ¿dónde las orgías y los festivales? ¿dónde el enjambre de parásitos, y el derroche cotidiano de vino, y los refinamientos de los cocineros, y aquellos cortesanos poderosos que no se movían ni hablaban sino para agradarte? Todo fué finieblas y ensueños que se han desvanecido al aparecer el día; eran efímeras flores primaverales

(1) Eutropio, esclavo de origen, habiendo llegado a ser ministro del emperador Arcadio y gobernando en su nombre el Oriente, se hizo carnizado rival de Rufino, y, haciéndole caer en desgracia, decretó destierros y persiguió cruelmente a los cristianos. Esta línea de conducta, contraria a los sabios consejos que el virtuoso Crisóstomo le daba, preparó su fatal ruina, pues Gaina, asesino de Rufino, y la emperatriz Eudoxia, mujer de Arcadio, se pusieron a la cabeza de un partido numeroso y sublevaron contra él al pueblo y a los soldados; exasperados por sus tiranías. Abandonado Eutropio de todos, proscrito por el emperador y próximo a ser preso, buscó asilo en una iglesia, de donde el pueblo quiso sacarle a viva fuerza; entonces San Juan Crisóstomo, que acababa de ser elevado al episcopado de Constantinopla, subió al púlpito y pronunció ante turba numerosa de fieles esta admirable ho-

que, pasado su tiempo, se han marchitado; eran sombras que han huído; era humo que se ha disipado; eran burbujas y se han roto; era una tela de araña y se ha rasgado. Por esto hemos de repetir y repetiremos siempre aquellas palabras del Espíritu Santo: «Vanidad de vanidades y todo vanidad»; es conveniente que este sagrado texto esté grabado sin cesar ya en las murallas, ya sobre nuestros vestidos, ya en la plaza pública, ya en las casas, ya en los caminos, ya en los pórticos, ya en los vestíbulos, ya, sobre todo, en nuestra propia conciencia, y que meditemos eternamente sobre su significado. Y como lo falaz de las cosas humanas y las apariencias y la hipocresía aparecen como cosas muy verdaderas a los ojos de muchos hombres, de aquí cuán conveniente sería que cada uno a diario repitiese al más cercano, en la comida, en la cena, y hasta en las conversaciones familiares, y a su vez escuchase del más próximo: «Vanidad de vanidades y todo vanidad».

¿No te advertía continuamente que la riqueza es fugaz? Tú, sin embargo, no hacías caso de nuestros consejos. ¿No te decía que la riqueza es un ingrato servidor? pero tú rehusabas el persuadirte. Mira ahora, pues, cómo la experiencia te demuestra con los hechos que no solamente es pasajera y veleidosa, sino también homicida, pues ella es la que te ha puesto en el duro trance de que tiembles y temas en estos momentos. ¿No te repetía cuando me reconvenías continuamente, porque te hablaba la verdad, que yo te amaba más que tus propios aduladores? ¿No te afirmaba que yo, que te censuraba, tenía más interés por ti que los que te divertían? ¿No te añadía a estas exhortaciones que «las heridas de los amigos son más dignas de confianza que los abrazos voluntarios de los enemigos?» Si hubieses conllevado mis heridas no te hubieran

milía. Eutropio fué salvado por Crisóstomo, pero cometió la imprudencia de salir, a los pocos días después, del asilo en que había hallado amparo, y, siendo preso, lo llevaron a Calcedonia, donde murió degollado en el año 599.

Esta homilía, salvo algunos giros de decadencia helénica propios de la época en que se escribió, se ha considerado con justicia como uno de los mejores monumentos de la arrebatadora elocuencia del incomparable Padre de la Iglesia Griega San Juan *el de la lengua de oro*. —Para conocer con más detalles las figuras del orador y de Eutropio y los hechos a que se refiere la presente pieza literaria, puede leerse con fruto el texto que le dedica César Cantú en su conocida «Historia Universal», edición de Gaspar y Roig.

traído esta terrible situación los abrazos de aquellos otros, pues mis heridas producen la salud, y los abrazos de los enemigos una incurable enfermedad. ¿Dónde están ahora los cooperos? ¿Dónde los que apartaban la gente en la plaza pública y te entonaban entre las masas mil y mil elogios? Todos han huido, y, renegando de tu amistad, procuran su seguridad personal en medio de tus angustias. No somos así nosotros; entonces no huíamos de ti cuando estabas colérico, y ahora te rodeamos solícitos y te cuidamos al verte caído. También la Iglesia, que ha sufrido persecución por ti, ha abierto amorosamente su seno y te ha cobijado: en cambio los teatros, a quienes tú tanto favoreciste y que fueron causa de que muchas veces tronaras contra nosotros, te han abandonado y te han perdido. Igualmente nunca hemos cesado de decirte: ¿por qué haces esto? Tú, sin embargo, te desencadenabas contra la Iglesia, y has ido a dar en un precipicio: corrías, en verdad, ciego a tu perdición. Los juegos hípicas, que han devorado tu fortuna, han aguzado la espada contra tí; pero la Iglesia, aquélla que fué blanco de tu cólera intempestiva, acude hoy a tu favor por todas partes, queriendo apartarte de las celadas que te amenazan.

Digo ahora estas cosas, no tratando de pisotear al que está caído, sino para librar de caídas semejantes a los que están en pie firme; no recrudesciendo las llagas del herido, sino conservando en buena salud a los que aun están invulnerados; no hundiendo en el proceloso mar al náufrago que lucha con las olas, sino instruyendo a los que navegan con viento bonancible para que eviten el sumergirse. ¿Cómo llegaremos a estos resultados favorables? Penetrándonos en la inestabilidad de las cosas humanas. Si hubiese temido un cambio de fortuna no le hubiera sabido soportar; pero ya que no ha sido mejor para sí propio que para con los extranjeros, al menos vosotros, los que estáis enfatuados con vuestras riquezas, sacad provechosa enseñanza de la desgracia de este desventurado, pues nada hay tan inseguro como las cosas humanas. Por esto cualquiera idea de ínfimo valor que se anuncie acerca de las referidas cosas humanas no representan sino un pequeñísimo átomo de verdad, ya se las llame humo, ya débil paja, ya ensueño, ya flores primaverales, ya otra cosa cualquiera; jde tal modo lo humano es más perecedero y más nulo que la misma nada, siendo evidente de aquí que media un gran abismo entre uno y

otro concepto! ¿Quién ha llegado a ser más poderoso que éste? ¿No sobrepujó en riquezas a todos los habitantes de la tierra? ¿No escaló la cumbre de las dignidades? ¿No le temblaron y le temieron todos los hombres? Y sin embargo, vedle ahí no sólo el más miserable de todos los cautivos, sino que también más digno de compasión que los esclavos y más indigente que los pobres que se mueren de hambre, creyendo ver a cada momento espadas afiladas, su sepultura, sus verdugos, y hasta el aparato de la muerte; no tiene conciencia de si ha vivido alguna vez en aquella prosperidad ni siente los rayos de esta luz, sino que, en pleno mediodía, como en noche tenebrosa y rodeado de estas paredes, se encuentra con los ojos cegados. Aunque tratáramos de esforzarnos, nunca podríamos pintar con palabras el sufrimiento que atormenta a este desdichado que espera de hora en hora que lo despedacen. Pero ¿qué falta hacen, en verdad, estas consideraciones nuestras si él mismo nos las ha presentado patentemente como en un cuadro? En el día de ayer, cuando vinieron a buscarle de la corte del emperador para arrastrarle a viva fuerza y corrió a refugiarse junto a los vasos sagrados, su rostro era lívido y aun todavía se asemeja a un cadáver; tiene un chocar y un rechinar de dientes y un temblor por todo su cuerpo, su voz es entrecortada, su lengua está parálitica, y su aspecto es tal que parece tener el alma petrificada. Hago esta descripción no para hollar y pisotear su desgracia, sino para calmar vuestra excitación de ánimo, moveros a piedad, y persuadiros de que os deis por satisfechos del castigo que le ha sobrevenido. Y como hay algunos entre vosotros tan poco indulgentes que hasta nos censuran porque hemos dado asilo a éste al pie del altar, por eso precisamente y para desarmar con mi exposición su dureza de alma ha sido por lo que yo he pintado sus sufrimientos.

—¿Por qué, pues, dime, te muestras irritado, mi amado hermano en Cristo?—«Pues porque—contesta él—se ha refugiado « en la Iglesia el que le hizo perpetua guerra».—Pues por eso nada más era preciso el glorificar a Dios, porque ha permitido el que éste se encuentre en tan urgente necesidad, a fin de que no solo conozca el poder de la Iglesia cristiana, sino también su amor a los hombres: he dicho *el poder*, porque ha preparado tan gran catástrofe como consecuencia de las batallas que se han librado contra ella; y añadí *su amor a los hombres*, porque habiendo sido combatida por tí, ahora te cubre con su

escudo y te recibe bajo sus alas y te ha colocado en lugar seguro olvidándose de los agravios pasados y hasta recibíendote en su seno con inefable ternura. Esto es más bello que todos los adornos; esto es una indiscutible victoria; esto confunde a los gentiles; esto avergüenza a los judíos; esto muestra la faz resplandeciente de la Iglesia de Dios, pues habiendo cogido al enemigo como prisionero de guerra, le defiende, y habiéndole visto todos en el mayor abandono, ella sola, como madre amantísima de sus hijos, le oculta bajo las cortinas del Tabernáculo, y allí le guarda contra la cólera del rey, contra la ira del pueblo, contra un odio insoportable: ¿este sí que es ornamento propio de un altar!

—«¿Pero qué ornamento es—me replica de nuevo—que el «malvado, el codicioso y el ladrón toque el ara sagrada?»—No digas estas cosas: también la pecadora tocó los pies de Cristo, y este sublime acto no sirvió de acusación contra Jesús, sino de admiración y de grande alabanza, pues la impúdica mujer no manchaba al sin mancilla, sino que el no mancillado y el que es fuente de castidad volvió pura con su contacto a la meretriz. Por lo tanto, no guardemos memoria del mal, ¡oh hombres!, pues somos hijos de aquel crucificado que decía: «Perdónalos, que no saben lo que hacen».—«Pero él mismo—in-siste otra vez—ha cerrado con fuerte muro este asilo con «decretos y con leyes diferentes».—He aquí—contesto yo—que prácticamente él ha comprendido cuanto hizo, y él mismo destruye las leyes que dió, y ha venido a dar un saludable ejemplo al mundo entero, pues al callar nos parece oír su voz aconsejando a todos: «¡No hagáis aquello para no sufrir estos «trances!» Hoy aparece aquí experimentado maestro por sus adversidades y el altar le circunda de una benéfica aureola, pareciendo a nuestros ojos este sitio un lugar terrible después de estos sucesos por tener al león encadenado; tal sería igualmente un adorno brillante para el retrato de un rey no solo el presentarle sentado en su trono vestido de púrpura y ceñidas sus sienes con la diadema, sino que también hollando bajo sus regios pies a los bárbaros maniatados atrás, prosternados y con sus cabezas humilladas hasta el suelo. Vosotros sois testigos con vuestro asentimiento y con vuestra presencia de que no os he persuadido con vanas palabras. Hoy, ciertamente, el espectáculo es tan edificante y el concurso tan crecido, que yo recuerdo haber visto al pueblo congregado en la Sagrada Pas-

cua en tan gran número como lo veo aquí ahora: es que éste con su silencio ha llamado a todos, levantando con sus hechos una voz más potente que el sonido de una trompeta. Y vosotras, jóvenes doncellas, mujeres y varones, hoy habéis abandonado vuestros hogares, vuestros gineceos y la plaza pública y habéis concurrido a este lugar para ver abatida la naturaleza humana, y la caducidad de la vida en su desnudez, y el rostro de la cortesana, radiante de hermosura ha poco (¡que a tal cosa es semejante la dicha de estas perfecciones!) mostrándose más ajado que el de una vieja arrugada, desapareciendo con este cambio, como con una esponja, los afeites y los coloretes. ¡Tal es, pues, la fatalidad de este día adverso, que ha hecho que éste, que era un hombre poderoso y prepotente entre los demás, aparezca ahora el más miserable de todos!

El rico que haya entrado hoy en nuestro templo gana grandes enseñanzas, pues viendo derrocado de la cumbre del poder al que disponía de toda la tierra y que, constreñido, parece más tímido que una liebre o una rana, sujeto sin lazos a esa columna, ahogado del pavor que le oprime a modo de cadena, y que, temeroso y trémulo, oculta su fatuidad pasada, ese rico, repito, reprimirá su vanidad, y, meditando en lo que conviene meditar, saldrá de aquí habiendo aprendido con la realidad las varias sentencias de que nos hablan las Sagradas Escrituras, como aquella de «Toda carne es heno, y toda gloria del hombre es como la flor del heno: y el heno se secó y la flor cayó»; aquella otra: «Ellos se secarán prontamente como el heno, y caerán prematuros como tallos de hierbas»; la que dice: «Los días de él son como el humo»; y otros mil pasajes semejantes. — A su vez el pobre que haya entrado y presenciado este espectáculo no se abatirá ni se afligirá en su miseria, sino que en verdad encontrará don celeste en su pobreza, porque es para él asilo seguro, puerto sin olas, muralla infranqueable; preferirá mil veces, viendo estas experiencias, seguir como está mejor que disfrutar las riquezas por poco tiempo y ver peligrar después hasta su propia vida. ¿Veis, mis amados hermanos, qué gran provecho habéis sacado de este lugar de asilo, lo mismo los que sois ricos que los que sois pobres, los humildes como los poderosos, los esclavos como los libres? ¿Veis cómo cada cual saldrá de aquí habiendo tomado la medicina que le sea provechosa y recibiendo total curación con esta dolorosa enseñanza?

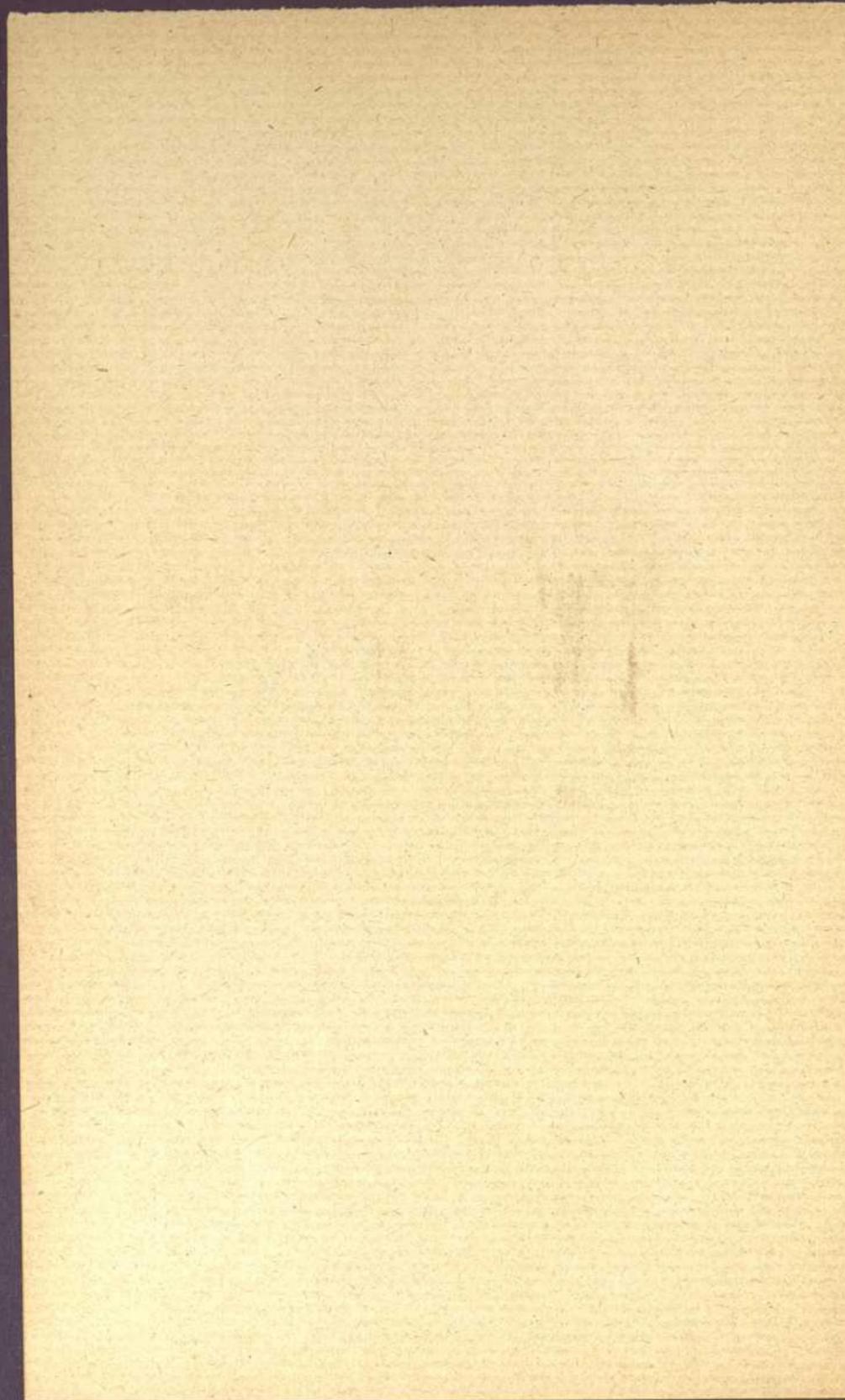
Ahora bien: ¿he logrado calmar vuestras pasiones y apagar vuestra cólera? ¿Conseguí extinguir vuestros resentimientos? ¿Acaso pude moveros a compasión? Creo firmemente que sí, y de ello me dan testimonio vuestros semblantes y vuestros raudales de lágrimas. Pues ya que la dura piedra se nos ha convertido en tierra fértil y abonada, tomémosla de buen grado arrojando en ella el fruto de la misericordia, y, habiendo producido la sazónada espiga de la conmiseración, caigamos de hinojos ante el emperador; pero entretanto imploramos al Dios de las misericordias para que aplaque la cólera del rey y ablande su corazón a fin de que nos conceda un completo perdón. Ya desde este día en que ese lacerado buscó aquí su refugio, han cambiado no poco las cosas, pues cuando el emperador mismo supo que se había acogido a este inviolable asilo, que el ejército, irritado por sus tiranías, le tenía sitiado y le reclamaba para darle muerte, levantó su voz reprimiendo la cólera de la soldadesca, les pidió que no pensasen solo en sus faltas pasadas, sino también en las buenas acciones que hubiese llevado a cabo, que no olvidasen esto, y que él les daría el ejemplo perdonándolo como a simple mortal de sus maldades pasadas. Mas como aquéllos insistiesen de nuevo en la venganza del rey ultrajado, gritando, agitándose, reclamando su muerte y blandiendo las lanzas, él, derramando copiosos raudales de lágrimas de sus serenos ojos y recordando la sagrada mesa eucarística a la cual se había refugiado, hizo cesar la cólera de aquéllos.

Ahora, pues, saquemos provecho de todo esto en nuestro favor. En efecto, ¿seríais dignos de perdón si el rey, que ha sido el ofendido, no se acuerda ya del mal, y vosotros, que ningún daño tenéis recibido, insistieseis en vuestra cólera? ¿Cómo, pues, cuando se disuelva esta congregación de fieles, os acercaréis a participar de los sagrados misterios del culto y elevaréis aquella plegaria en la que se nos manda decir: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», si insistís en reclamar el castigo para vuestros propios deudores? ¿Os ha causado algún grave daño, os ha ultrajado? No tratamos en modo alguno de negarlo, pero estos supremos instantes no son para constituirse en jurado, sino de clemencia; no de liquidar cuentas, sino de piedad; no de examinar, sino de conceder; no de sufragio y de justicia, sino de compasión y perdón. Nadie se exalte ni se muestre ofendido; todo lo contrario: roguemos a Dios misericordioso el

SAN JUAN CRISÓSTOMO

que conceda a este mísero larga vida y que le salve de la muerte que le amenaza, para que le sean perdonados sus pecados pasados, y asimismo elevemos unidas nuestras súplicas a este príncipe misericordioso para con la Iglesia y para con el ara santa, exhortándole a hacer gracia en un sólo hombre acogido al altar sagrado. Si hacemos esto, no sólo el emperador nos acogerá benévolo, sino que hasta Dios, que es mucho más poderoso que el rey, nos ensalzaré y nos pagará con largueza el precio de nuestra filantropía, pues así como rehuye y aborrece a los duros e inhumanos, así acoge y ama al caritativo y al de buen corazón, y si además es un justo, le teje inmarcesibles coronas, pero si es un pecador le perdona de sus pecados, concediéndole este óbolo de su misericordia como a compañero de esclavitud: «Yo quiero piedad—dice—y no sacrificios», y en todos los libros de las Sagradas Escrituras le vemos siempre exponiendo y manifestando que existe este modo de absolver los pecados. Por estas razones debemos hacerle inclinado al bien, y así honraremos a la Iglesia, y así el emperador, movido a compasión, nos alabará, como antes he manifestado, el pueblo batirá palmas, el orbe admirará nuestra piedad y la bondad de los habitantes de esta ciudad, y en todos los ámbitos de la tierra os vitorearán al saber vuestra línea de conducta. Con el fin, ciertamente, de que gocemos de tantas venturas, caigamos de rodillas, invoquemos, supliquemos, apartemos de los peligros al cautivo, al fugitivo, al suplicante, para que también nosotros alcancemos las bienaventuranzas futuras por la gracia y misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, cuya es la gloria y el poder ahora y siempre por todos los siglos de los siglos.—AMÉN.

ILUSTRACIONES AL TEXTO



I

Breves datos biográficos de los Santos Padres de la Iglesia Griega conteni- dos en esta ANTOLOGÍA.

QUIÉN FUÉ SAN BASILIO EL GRANDE?—Nació en Cesaréa (Capadocia), año 329 d. de J. C., de padres cristianos y estudió en Atenas elocuencia y filosofía con San Gregorio de Nacianzo y el futuro emperador Juliano, volviendo a su ciudad natal donde ejerció la profesión de abogado. Desengañado del mundo se retiró a Egipto, consagrándose a meditar sobre las verdades del cristianismo. Reinando Juliano se ordenó de sacerdote, y hasta la muerte de Eusebio, obispo de Cesaréa, vivió ya en la soledad, ya compartiendo la carga con el santo prelado, del que fué sucesor. Fué veinte años obispo de Cesaréa, y por tanto metropolitano de Capadocia, y, aunque se vió amenazado por Valente, no padeció persecución. Murió en 379 á los cincuenta años, y fué honrado con el sobrenombre de *el Grande* por su carácter y su genio. Su caridad fué inagotable, pues dió sus bienes no solo a los pobres, en un año de hambre, sino hasta a los judíos y a los paganos, y fundó un inmenso hospital, escuelas y talleres.—Los rasgos de la elocuencia de San Basilio son la poesía, rayana con la sencillez, y la dulzura; y entre los notables escritos que dejó está su obra maestra el «Hexamerón» donde cuenta al pueblo de Cesaréa los seis días de la creación.

QUIÉN FUÉ SAN GREGORIO DE NISA?—Era hermano de San Basilio el Grande y nació el 322 d. de J. C. Pronto entró en la vida profana, enseñando elocuencia, y ya comenzaba a formarse una reputación envidiable cuando fué tocado de la gracia. Abandonó a su mujer para abrazar el sacerdocio, pero

ILUSTRACIONES AL TEXTO

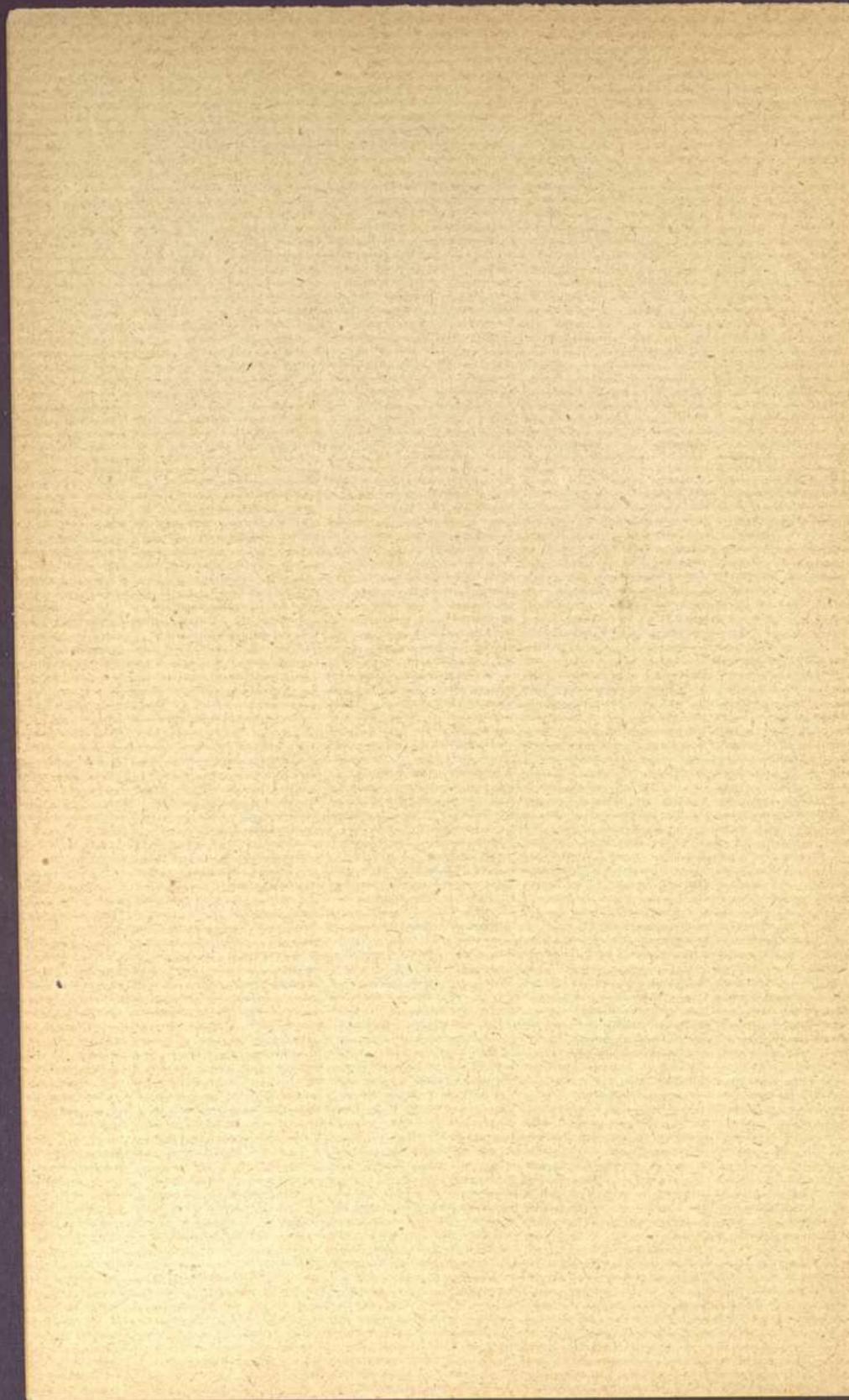
el amor a las letras y a la filosofía profana le engañaron más de una vez, llevándole de nuevo al mundo, hasta que San Basilio le hizo elegir obispo de Nisa, en la Capadocia, y desde entonces se consagró por entero a la defensa de la Iglesia. Auxiliar muy ardiente de San Atanasio contra el arrianismo, fué perseguido por Valente, pero más adelante gozó del favor de Teodosio. Tuvo gran autoridad en los concilios, principalmente en el de Nicea, y murió en 394. Nos quedan de él gran número de homilias, oraciones fúnebres, panegíricos, comentarios a la Sagrada Escritura, y un «Hexamerón» muy inferior al de San Basilio.—El obispo de Nisa no tenía, por lo general, como su hermano, gran imaginación ni sentimiento, siendo, por el contrario, seco y sutil; pero en ocasiones no carece de movimiento y de calor, de claridad, sencillez, y hasta de buen gusto literario.

QUIÉN FUÉ SAN GREGORIO DE NACIANZO?—Nació el 330 en Arianzo (Capadocia) de madre cristiana y de padre adicto a una secta y convertido más tarde al cristianismo. Gregorio estudió en Cesaréa, en Alejandría y después en Atenas, donde conoció a San Basilio y a Juliano. Cuando Basilio se retiró a la soledad se le unió Gregorio, pasando juntos muchos años en el estudio y en la meditación, y después que San Basilio fué nombrado obispo de Cesaréa, le nombró obispo de Sasima, sede que consideró San Gregorio como un destierro, y la que abandonó para ayudar a su padre en la administración de la Iglesia de Nacianzo. Muerto el padre y perseguido por los arrianos se retiró a Isauria, volviendo después a Constantinopla, donde fundó una capilla, restando partidarios al arrianismo con su elocuencia. Al advenimiento de Teodosio y triunfo de la fe de Nicea, San Gregorio se mostró lleno de dulzura con sus antiguos enemigos, y fué nombrado arzobispo de Constantinopla, sede que pronto dimitió. Murió donde había nacido, consagrado a las letras y a la poesía: año 390.—Su carácter literario es la melancolía, la reflexión, el ensueño, siendo por esto considerado como el poeta del cristianismo oriental.

QUIÉN FUÉ SAN JUAN CRISÓSTOMO?—Nació en Antioquía hacia el 344; su madre, viuda prematuramente, le inició en las virtudes cristianas, y su maestro el retórico pagano Libanio

ILUSTRACIONES AL TEXTO

presintió su futura gloria, aunque se quejaba de su cristianismo. Habiendo ejercido como abogado en su ciudad, pronto se consagró a la predicación evangélica influido por los buenos libros, siendo lector de la Iglesia de Antioquía, pero pronto se retiró al desierto. Para librarse de su popularidad creciente pasó de nuevo algunos años otra vez en la soledad, en la que escribió un tratado en el que se excusaba de no haber aceptado las funciones episcopales. Vuelto de nuevo a Antioquía llenó su ciudad y el Oriente con la fama de su elocuencia y de sus virtudes. En 397 le confió Eutropio, ministro de Arcadio, la sede de Constantinopla, sin que por esto pudiera hacerle instrumento de sus ambiciones. La ardorosa elocuencia de Crisóstomo y la libertad de sus censuras desagradaron a la emperatriz Eudoxia, la cual le hizo desterrar próximo al monte Tauro, y después al Ponto Euxino, falleciendo debilitado por la edad y por las fatigas en Comana, en 407.—La elocuencia de Crisóstomo es de una difusión asiática, de grandes imágenes, brillantez, variedad y esplendor, y, leyéndosele, no se le concibe tan próximo a la barbarie medioeval: es el genio de este gran hombre el que causa tal ilusión!



II

Doctrina de la Iglesia Católica sobre
el préstamo á interés.

CARTA ABIERTA. (1)

SR. D. JOSÉ VENTURA TRAVESET.

MUY señor mío y de mi mayor consideración: Accediendo a sus repetidas y para mí honrosas instancias escribo esta *Carta abierta* sobre el punto que usted desea, en relación con las notables HOMILÍAS que tan acertadamente ha vertido usted del griego al castellano.

La Iglesia Católica, hoy como siempre, condena la usura por considerarla opuesta al derecho natural y divino-positivo. Y en efecto, hoy como en los tiempos de San Basilio y San Gregorio de Nisa, la usura es el cáncer que corroe la vida de las familias y de los Estados. Así lo ha declarado en muchas ocasiones un testigo nada sospechoso, esa prensa periódica que se llama a sí misma «eco imparcial» de la opinión pública. Debemos, sin embargo, tener presente en el caso que no siempre es usurario el contrato de recibir algo más que el dinero que se presta. En todas las edades debieron reconocerse ciertos títulos que legitiman esa exigencia, como los de compensar el *lucro cesante* ó el *daño emergente* del préstamo. En cuanto a los otros que suelen alegar los economistas, la Iglesia, pru-

(1) Estimamos muy conveniente para la pureza de la buena doctrina la reproducción de la adjunta *Carta abierta* que suscribió un Ilustre Capitular de la Iglesia Compostelana, a instancias del traductor del presente volumen, con motivo de la publicación parcial de las dos *Homilias contra la usura* que se reproducen en las págs. 37 y 49 de esta ANTOLOGÍA.

ILUSTRACIONES AL TEXTO

dentísima en sus resoluciones, sin decidir por ahora cuestiones discutibles, parece admitir que el dinero en algunos casos es productivo y tolera por de pronto que se lleve algo más del capital prestado, dejando a la prudencia de los respectivos Ordinarios la tasa del interés. Esto en lo que en mi pobre juicio se deduce de una decisión de la S. Penitenciaria dada en Roma el 18 de Abril de 1889. (1)

Y con esto y animándole a continuar sus trabajos literarios para que se vulgaricen en nuestra patria los tesoros doctrinales de la elocuencia y patristica griegas, tiene la satisfacción de repetirse de usted afectísimo s. s.

q. b. s. m.,

JOSÉ M.^a PORTAL GONZÁLEZ,

Canónigo Lectoral de esta S. I. M.

Santiago de Compostela, Abril 16 de 1902.

(1) Cum fructus pecuniæ taxare per modum regulæ periculosum sit Venerabilis in Christo Pater Episcopus Orator in singulis casibus rem decernat juxta praxim... etc., etc.

III.

Fuentes de conocimiento, locuciones imitadas, citas, alusiones, etc. a que se refiere la materia de los Discursos precedentes.

PÁGINA 9, línea 15.—Hesíodo, *Labores y días*, 293 y sigs. || Pág. 11, lín. 30.—*Actas de los Apóstoles*, VII, 22.—Lín. 54.—Daniel, I, 3. || Pág. 12, lín. 3.—Homero, *Odisea*, 39-54 y 158-200.—Lín. 14.—¿Hesíodo, *Teogonía?*—*Iliada*. || Pág. 15, lín. 15.—*Labores y días*, 285.—*Odisea* VII. || Pág. 14, lín. 11.—Plutarco, *Vida de Solón*, cap. III.—Lín. 14.—*Poesía gnómica*. || Pág. 15, lín. 4.—*Odisea*, X, 494.—Lín. 19.—Eurípides, *Hipólito*, 608.—Lín. 22.—Platón, *República*.—Cicerón, *De officiis*, I, XIII.—Lín. 30.—Plutarco, *Vida de Pericles*, V. || Pág. 16, lín. 14.—San Mateo, V, 39.—Lín. 18 y 19.—Idem, V, 44.—Lín. 22.—Plutarco, *Sobre la curiosidad*.—Lín. 26.—San Mateo, V, 28. || Pág. 19, lín. 21.—Platón, *Fedón* y *Timeo*.—Lín. 55.—*Libro de los Reyes*, I, XVI, 25.—Lín. 37.—Posteriormente por Boecio, *Tratado sobre la música*. || Pág. 20, lín. 15.—San Pablo, *Epístola á los Romanos*, XIII, 14. || Pág. 21, lín. 7.—Heródoto, III, CII.—Pág. 15.—Teognis, *Sentencias*.—Lín. 22.—Heródoto, VII, XXVII.—Plinio el Viejo, XXX, XI.—Lín. 27.—Cicerón, *Tusculanas*, V, XII. || Pág. 22, lín. 6.—Platón, *Eutidemo*.—*Odisea*, IV, 455 y sigs.—Imitación en Virgilio, *Geórgicas*, IV, 386 y sigs.—Lín. 20.—Hesíodo, *Labores y días*, 361.—Lín. 28.—Heródoto y Plinio.—Lín. 29.—*Génesis*, V, 27.—Lín. 40.—Plutarco, *Preceptos de salud*.—Estobeo, XXIX.

PÁGINA 25, Título.—*Duteronomio*, XV, 9. || Pág. 27, lín. 3.—San Pablo, *I.ª Epístola á los Corintios*, IV, 5.—Lín. 7.—San Mateo, V, 28. || Pág. 23, lín. 7.—*El Eclesiástico* ó *Libro de la Sabiduría*, IX, 20.—Lins. 9 y 10.—*Proverbios*, VI, 5.—

ILUSTRACIONES AL TEXTO

Lín. 16.—II^o San Pablo, á *Timoteo*, II, 26.—Lín. 19.—Platón, *Fedón*. || Pág. 29, lín. 10.—San Pablo, á *los Gálatas*, V, 17.—Lín. 25.—¿Esquilo, *Prometeo*, 386?—Lín. 39.—San Pablo, II^a á *Timoteo*, XI, 20. || Pág. 30, lín. 1.—San Pablo, I^a á *Timoteo* III, 15.—Lín. 7.—Jeremías, XVI, 16.—Lín. 12.—Salmo CXVIII, 135.—Lín. 14.—Aristóteles, reproducido por Horacio, *Epístolas*, I, XVIII, 9, y *Sátiras*, I, I, 106.—Ibidem, San Pablo, I^a á *los Corintios*, III, 10-13.—Lín. 23.—San Pablo, II^a *Epístola á Timoteo*, I, 8.—Ibidem.—I^a á *Timoteo*, I, 18; lo siguiente, San Pablo, á *los Efesios*, VI, 11, II^a *Epístola á Timoteo*, II, 4-5, II^a *Epístola á los Filipenses*, III, 13, y I^a *Epístola á los Corintios*, IX, 24. || Pág. 31, lín. 39.—San Mateo, VII, 5. || Pág. 32, lín. 1.—San Lucas, XVIII, 10-14.—Lín. 18.—*Génesis*, III, 19.—Lín. 34.—*Proverbios*, III, 8. || Pág. 33, lín. 28.—San Pablo, á *los Hebreos*, II, 4. || Pág. 34, lín. 1.—Platón, *Fedro*.—Lín. 8.—El Infierno.—Lín. 24.—Platón, *Filebo*. || Pág. 35, lín. 13.—Jenofonte, *Pasatiempos memorables*, I, IV, y Cicerón, *De natura Deorum*, II, LVI y sigs.—Lín. 16.—Salustio, *Conjuración de Catilina*, I. || Pág. 36, lín. 2.—David, Salmo CXXXVIII, 6.

PÁGINA 38, línea 2.—Último versículo del Salmo XIV.—Lín. 3.—Ezequiel, XXII, 12.—Lín. 6.—*Deuteronomio*, XXIII, 19.—Lín. 7.—Jeremías, IX, 6.—Lín. 9.—Salmo LIV, 12.—Lín. 18.—San Mateo, V, 42.—Lín. 27.—Homero; fórmula de juramento. || Pág. 40, lín. 7.—Hesíodo. *Labores y días*, 501.—Lín. 16.—*Proverbios*, XXIX, 13.—Lín. 24.—*Idem*, V, 15.—Lín. 35.—*Idem*. XXIII, 27. || Pág. 41, lín. 32.—*Idem*. XXIV, 34. || Pág. 43, lín. 7.—Plinio, *Historia natural*, X, LXXXIII.—Lín. 24. *Idem*. X, LXXXII.—Lín. 32. Desenvolvimiento como en Plutarco, citado en la nota inicial del *Discurso*. || Pág. 45, lín. 29.—San Lucas, VI, 34.—Lín. 37.—*Proverbios*, XXIX, 17. || Pág. 46, lín. 15.—Isaías, V, 20.—Lín. 18.—*Jueces*, XIV, 14.—Lín. 20.—San Mateo, VII, 16-17.—Lín. 39.—San Mateo, V, 42.

PÁGINA 49, lín. 10.—Véase la Nota.—Lín. 14.—San Lucas, V, 8 y sigs.—Lín. 16.—Isaías, VI, 9. || Pág. 50, lín. 19.—San Mateo, III, 7, y San Lucas, III, 7.—Lín. 27.—San Mateo,

V, 42. || Pág. 51, lín. 13.—*Odisea*, IX, 109.—Lín. 37.—San Mateo, V, 42. || Pág. 52, lín. 9.—Por ejemplo, ídem, VI, 3 y 4.—Lín. 52.—Ídem, XIX, 27, 29 y 30. || Pág. 53, lín. 35.—*Éxodo*, XV, 23 y sigs. || Pág. 54, lín. 6.—Ídem, XXII, 25.—Lín. 9.—San Lucas, VI, 35.—Lín. 10.—San Mateo, XVIII, 23-35.—Lín. 18.—Ídem, VI, 12.—Lín. 41.—Amós, VIII, 4 y 5. || Pág. 56, lín. 22.—*Deuteronomio*, XXIII, 19.—Lín. 23.—Salmo XIV, 5.—Lín. 24.—*Éxodo*, XXII, 25.—Lín. 25.—San Mateo, XVIII, 32 a 34.

PÁGINA 59, línea 8.—San Pablo, *Epístola á los Filipenses*, I, 23. || Pág. 60, lín. 30.—San Mateo, XXII, 11 y 12. || Pág. 61, lín. 3.—San Pablo, *á los Corintios*, IV, 7.—Lín. 22.—Ídem, *á los Romanos*, XII, 15.—Lín. 23.—*Génesis*, I, = Lín. 32.—San Pablo, *á los Gálatas*, IV, 21 y sigs. || Pág. 62, lín. 2.—Job, I, 1.—Lín. 6.—Ídem, I, 7.—Lín. 27.—Isaías, XL, 7.—Lín. 29.—*Éxodo*, VII, 17-21. || Pág. 63, lín. 12.—San Mateo, II, 18.—Lín. 15.—Isaías, XXII, 4. || Pág. 64, lín. 13.—San Juan, *Evangelio*, II, 1-11.—Lín. 25.—Jeremías, IX, 17.—Lín. 31.—San Lucas, XVI, 20 y sigs.—Lín. 36.—*Los Reyes*, IV, cap. II. || Pág. 65, lín. 1.—Jeremías, *Lamentaciones*, I, 4.—Lín. 10.—Salmo CXXXVI.—Lín. 38.—*Génesis*, III, 21.—Lín. 40.—Salmo CXV, 15. || Pág. 66, lín. 2.—San Lucas, III, 25-32.—Lín. 3.—Salmo CXXXIII, 7.—Lín. 11.—San Pablo, *Iª Epíst. á los de Tesalónica*, IV, 13.—Lín. 17.—*Los Reyes*, II, VI.—Lín. 27.—*Proverbios*, XXXI, 6.—Lín. 32.—Salmo CIII, 15.

PÁGINA 68, línea 14.—*Proverbios*, X, 7.—Lín. 15.—*Eclesiástico*, XXXVIII, 16.—Lín. 37.—San Pablo, *Epístola á los Romanos*, XI, 24. || Pág. 69, lín. 14.—Ídem, *á los Romanos*, XI, 16.—Lín. 25.—El dominador del mundo, esto es, el diablo, segun los comentaristas.—Lín. 23.—*Odisea*, XIX, 337.—Lín. 29.—*Génesis*, XXV, 8. || Pág. 70, lín. 26.—¿Reminiscencia de Homero, *Odisea*, IX, 14? || Pág. 74, lín. 8.—San Pedro, *Epístola I*, III, 4. || Pág. 75, lín. 15.—*Evangelio de San Juan*, XVI, 33. || Pág. 76, lín. 1.—San Mateo, X, 23.—Lín. 20.—*Libro de la Sabiduría*, III, 15. || Pág. 78, lín. 7.—San Lucas, XVI, 22.—Lín. 17.—San Pablo, *Iª Epístola á los*

ILUSTRACIONES AL TEXTO

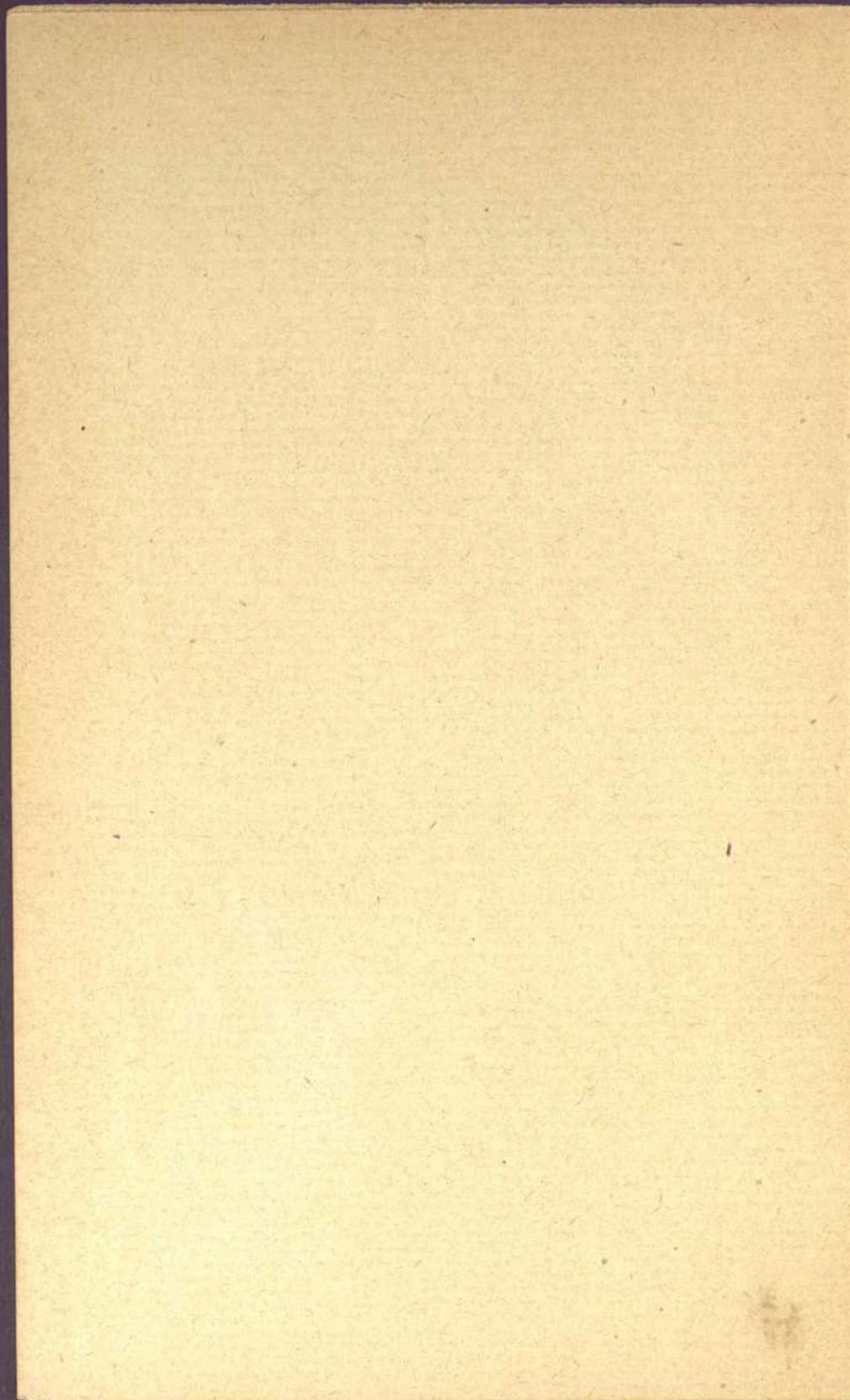
Corintios, XIII, 12. =Lín. 35. —Platón, *Fedón*. || Pág. 79, lín. 21. —Job, XX, 8, y la *Sabiduría*, de Salomón, V, 10 al 12. =Lín. 25. —Salmo CII, 15. =Lín. 28. —Idem, CI, 24. =Lín. 29. —Idem, XXXVIII, 6. =Lín. 30. —Jeremías XV, 10. =Lín. 35. —*Eclesiastés*, I, 14, y de otros pasajes del mismo libro. || Pág. 80, lín. 4. —Idem, I, 2 y 14. =Lín. 8. —Ibidem, XII, 15. =Lín. 34. —Pensamiento inspirado en un texto de Hipócrates. || Pág. 81, lín. 37. —Ezequiel, XXXVII, 5. =Lín. 38. —San Pablo, IIª *Epístola a los Corintios*, V, 1. || Pág. 82, lín. 2. =Idem, *Epístola a los Filipenses*, I, 25. =Lín. 18. —Salmo IV, 3. =Lín. 27. —Idem, CXIX, 5. =Lín. 30. —Pensamiento tomado de Heráclito. =Lín. 35. —Salmo CXVIII, 81, || Pág. 83, lín. 3. —San Pablo, *Epíst. a los Colosenses*, III, 5. =Lín. 5. —San Mateo, VII, 13. =Lín. 7. —Salmo VIII, 5. =Lín. 25. —San Pablo, *a los Gálatas*, III, 28. =Lín. 31. —Idem, Iª *a los Corintios*, XIII, 7. || Pág. 84, lín. 7. =Amós, V, 8.

PÁGINA 85, línea 1. —¿San Pablo, *Epístola a los Hebreos*, XI? || Pág. 86, lín. 20. —El tratado de Josefo, citado en la nota inicial. =Lín. 54. —San Pablo, *Epíst. a los Romanos*, XII, 1. || Pág. 88, lín. 40. —Fórmula del célebre juramento de Demóstenes en su *Discurso de la corona*. || Pág. 90, líns. 4 y 5. —*Éxodo*, XIII, 21, y XIV, 21 =Líns. 5 y 6. —Josué, III, 16, y X, 15. =Lín. 6. —*Éxodo*, XVI, 14 y 15. =Lín. 7. —Idem, XIV, 27 y sigs. =Lín. 9. —Daniel, XIV, 30, y III, 15 y sigs. || Pág. 91, lín. 6. —Salmo CXXXII, 1. || Pág. 93, lín. 31. —*Los Números*, XXV, 6 y sigs. =Lín. 39. —*Lamentaciones* de Jeremías, IV, 7. || Pág. 94, lín. 16. —Josefo, libro citado, cap. XVII. || Pág. 95, lín. 4. —*Jueces*, XI, 30 y sigs. =Lín. 8. —Daniel, VI, 16 y sigs. =Lín. 11. —Idem, III, 12 y sigs. || Pág. 96, lín. 12. —*Evangelio* de San Juan, X, 14. =Lín. 15. —San Mateo, X, 32, y *Los Reyes*, I, II, 30.

PÁGINA 99, línea 25. —Séneca, *De la Providencia*, cap. IV. || Pág. 101, lín. 11. —Plinio, *Cartas*, IX, XXI. =Lín. 18. —*Exodo*, XXXII, 10. || Pág. 108, lín. 20. —San Mateo, VI, 14. =Lín. 41. —*Exodo*, XLIII. || Pág. 109, lín. 14. —San Lucas, XX II, 34. || Pág. 110, lín. 19. —Joel, I, 5.

ILUSTRACIONES AL TEXTO

PÁGINA 111, línea 2.—*Eclesiastès*, I. || Pág. 112, lín. 28.—*Proverbios*, XXVII, 6. || Pág. 115, lín. 15.—San Lucas, VII, 37 á 50.—Lín. 22 —Idem, XXIII, 34. || Pág. 116, lín. 24.—Isaías, XLVI, 7.—Lín. 26.—Salmo XXXVI, 2.—Lín. 28.—Idem, CI, 4. || Pág. 117, lín. 33.—San Mateo, VI, 12. || Pág. 118, lín. 14.—Oseas, VI, 6.



ARZOBISPADO
DE
VALENCIA

Examinada de orden nuestra la obra titulada ANTOLOGÍA DE SANTOS PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA por D. José Ventura Traveset, Catedrático de esta Universidad Literaria, ha merecido la siguiente CENSURA:

«Ilmo. Señor: En cumplimiento del mandato de V. I. he leído atentamente la obra titulada ANTOLOGÍA DE SANTOS PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA por D. José Ventura Traveset, Catedrático de esta Universidad Literaria, y, lejos de encontrar en ella nada contrario a la regla de la fe y de las costumbres, he visto con satisfacción que es un libro excelente, a propósito para fomentar la misma fe y promover las buenas costumbres.—El libro del Sr. Traveset puede considerarse como obra de propaganda católica a la vez que de vulgarización de las más bellas producciones del espíritu cristiano. En ella se contienen los discursos escogidos de los Santos Padres griegos de los siglos IV y V, cuyos escritos descuellan no sólo por la profundidad de la doctrina teoló-

« gica sino también por la abun-
« dancia de la erudición profana.
« La época patristica de los si-
« glos IV y V es la edad de oro
« de la literatura cristiana, lo
« cual no es de extrañar si se
« tiene en cuenta que muchos Pa-
« dres de aquella época habían
« frecuentado las célebres escue-
« las filosóficas entonces flore-
« cientes, en las que todavía se
« conservaba el antiguo saber, se
« cultivaban las ciencias y las
« letras y se ejercitaban los in-
« genios en el arte de la elocuen-
« cia, de la bella literatura y
« hasta de la poesía. Doctores y
« oradores, adornados de vasti-
« simos conocimientos, de gusto
« exquisito y de elegancia en la
« expresión son los Padres grie-
« gos de aquella edad, maestros
« de doctrina, portentos de eru-
« dición, profundos filósofos y
« modelos de oratoria.—En las
« homilias y discursos de los
« Padres, traducidos y compila-
« dos por el Sr. Traveset, se
« contienen muchas preciosida-
« des literarias y profundos con-
« ceptos filosóficos dignos de ser
« meditados por los amantes del
« saber; exquisitas observaciones
« psicológicas se encuentran a
« cada paso en estos escritos en
« los que los Santos Padres re-
« velan un gran conocimiento del
« corazón humano; admirables
« pinturas y vivos cuadros de la
« realidad y de las costumbres
« de la época abundan en aque-
« llas homilias pronunciadas por

« los Padres y dirigidas a la re-
« forma de las costumbres; y to-
« das las galas de la elocuencia
« y recursos oratorios brillan en
« aquellos discursos encamina-
« dos a implantar virtudes y ex-
« tirpar vicios.—Al mérito cien-
« tífico y literario de las eminen-
« tes producciones de los Padres
« se añade en la obra del señor
« Traveset el trabajo y estudio
« personal del autor. Las notas
« bibliográficas, históricas y crí-
« ticas que preceden a los dis-
« cursos y homilias de los San-
« tos Padres, son muy luminosas
« y eruditas. En ellas se da a
« conocer la fecha, ocasión, mo-
« tivo y asunto del discurso, se
« expone en breve síntesis la in-
« dole é idea dominante del mis-
« mo y se aportan datos y noti-
« cias con él relacionadas.—Por
« ello creemos que el Sr. Trave-
« set ha realizado una obra me-
« ritoria, utilísima no sólo a los
« amantes del saber, a los lite-
« ratos y hombres de ciencia,
« sino también a los fieles y a
« las personas piadosas que en-
« contrarán en estos escritos de
« los Santos Padres alimento es-
« piritual sólido y substancioso,
« capaz de satisfacer abundan-
« tísimamente las ansias de su
« alma.—En su consecuencia, es-
« timo que puede permitirse la
« publicación de la obra del se-
« ñor Traveset, salvo el mejor
« parecer de V. I.—Dios guarde
« a V. I. muchos años.—Valen-
« cia 3 de Julio de 1913.—Doctor

« Constantino Tormo, Canónigo
« Penitenciario. »

En su virtud, conforme a la Censura transcrita, concedemos gustosamente nuestra LICENCIA para la publicación de la obra del Sr. don José Ventura Traveset titulada ANTOLOGÍA DE SANTOS PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA, considerándola utilísima por su ciencia y su piedad

Y lo participamos a V para su satisfacción y efectos oportunos.

Dios guarde a V. muchos años.—Valencia, 4 de Julio 1913.

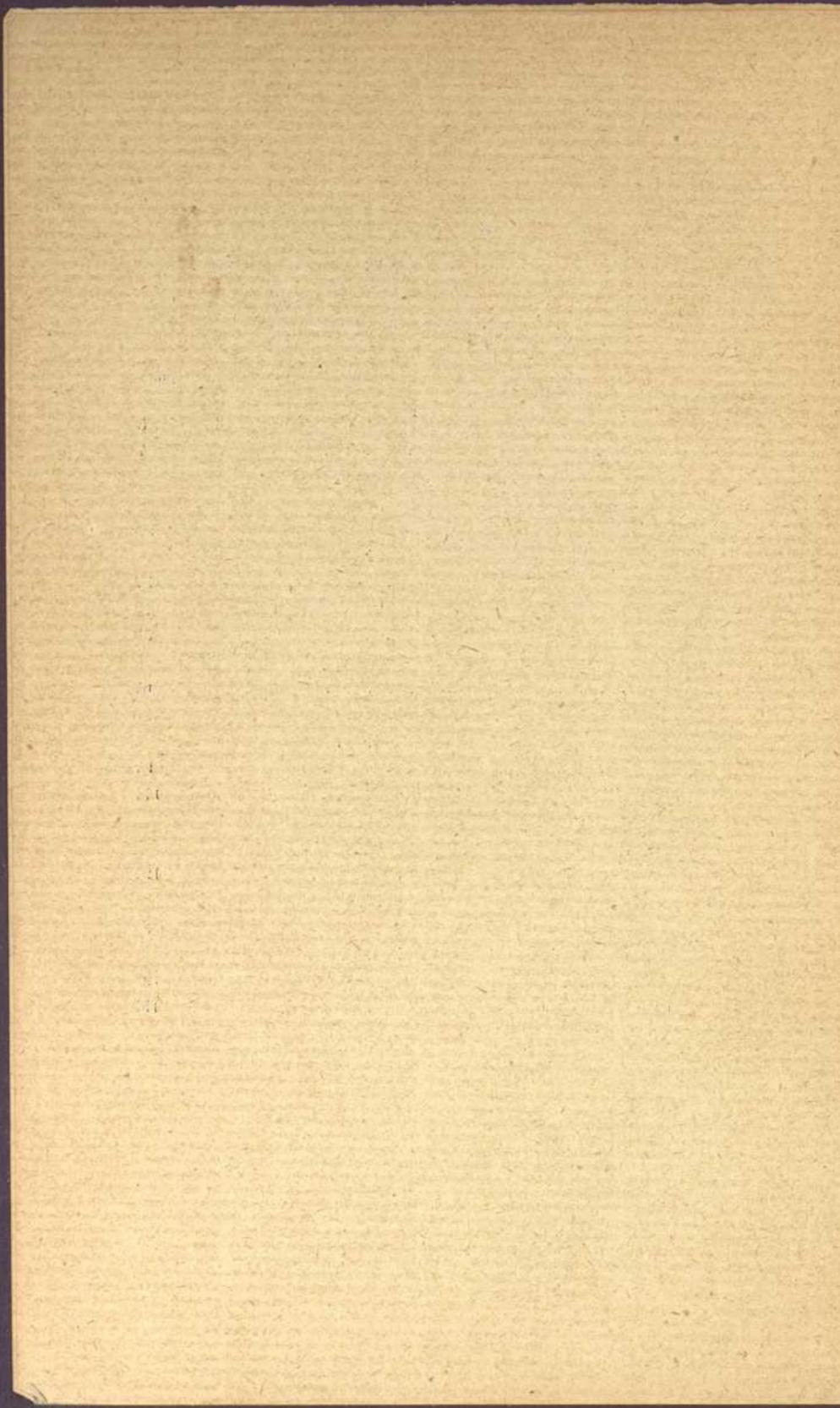
El Gob^r. ecco. S. P.

Dr. Juan B. Luis Pérez.

Sr. D. José Ventura Traveset, Catedrático de la Universidad Literaria de Valencia.

INDICE

	<u>Páginas</u>
(DEDICATORIA).	5
AL QUE LEYERE.	7
San Basilio el Grande. —Homilía a los jóvenes sobre la utilidad que pueden sacar de la lectura de los autores profanos.	9
Id. id. —Homilía sobre el precepto «Obsérvate a ti mismo».	25
Id. id. —Homilía sobre una parte del Salmo XIV y contra los que toman dinero a usura.	37
San Gregorio de Nisa. —Homilía contra los usureros.	49
Id. id. —Elogio fúnebre de San Melecio.	59
San Gregorio de Nacianzo. —Elogio fúnebre de su hermano Cesáreo.	67
Id. id. —Homilía sobre los Macabeos.	85
San Juan Crisóstomo. —Homilía sobre la vuelta del obispo Flaviano.	97
Id. id. —Homilía en favor de Eutropio.	111
ILUSTRACIONES AL TEXTO.	
I.—Breves datos biográficos de los Santos Padres de la Iglesia Griega contenidos en esta ANTOLOGÍA.	121
II.—Doctrina de la Iglesia Católica sobre el préstamo a interés.	125
III.—Fuentes de conocimiento, citas, alusiones, etc. a que se refiere la materia de los DISCURSOS precedentes.	127
(CENSURA Y LICENCIA ECLESIASTICAS).	133

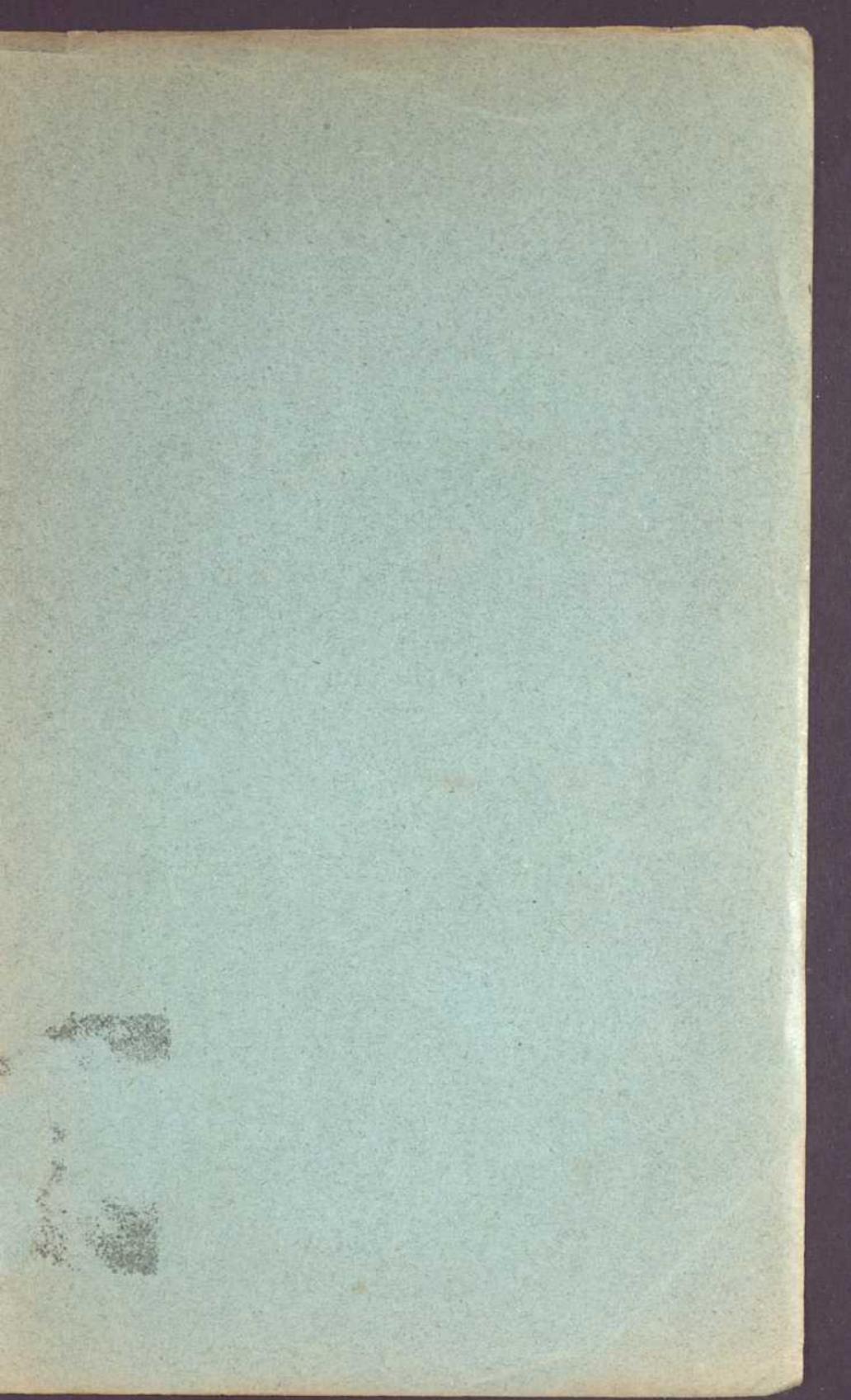


ADDENDA ET CORRIGENDA

Página	Línea	Dice	Léase
5	5	LUCEANT	LUCEAT
9	17	Profeta:	poeta:
16	28	exempto	exento
25	8 (Nota)	(consejos).	(consejos. literalmente <i>coloquios</i>).
25	10 (id.)	quinto	décimo quinto
32	7	publicado:	publicano:
35	22	marfil de	marfil del
34	8	Sehenna,	Gehena,
50	24	deleitosamente a	deleitosamente al
51	58	si no	sino

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA ANTOLOGÍA,
A EXPENSAS DE D.^A L. P. T. DE P., EN LA
IMPRESA VALENCIANA «LA GUTEN-
BERG», CALLE DE SALVADOR
GINER, N.º 19, A X DÍAS
DEL MES DE AGOS-
TO DEL AÑO
MCMXIII





Tirada aparte; ejemplar de regalo

ESTA edición de mil quinientos ejemplares, cedida por el traductor y generosamente costeada por Doña L. P. T. de P., es acervo común de los que sufren, de los menesterosos y desvalidos y de los pobres en general, pues se ha regalado íntegra a las Corporaciones benéfico-religiosas de *Caridad, Enseñanza y Salud de Valencia* no subvencionadas por el Estado, la Provincia o el Municipio y que viven notoriamente de la limosna particular, para que, con el producto del óbolo que obtengan a cambio del libro, remedien las necesidades de los que reciben amparo en tan humanitarias instituciones.

“¿Quién hará bien para sí mismo?”

(Sabia exclamación de San Juan de Dios, cuando pedía limosna para sus enfermos pobres en Granada.)

Precio de venta en las librerías valencianas: **DOS PESETAS.**—Para pedidos, a la Librería Maragat, Pintor Sorella, 16, **VALENCIA.**

FA

622